

FERNANDO NUÑEZ DE GUZMÁN (EL PINCIANO)

ESTUDIO BIO-BIBLIOGRÁFICO

I

No es el tema propuesto para este trabajo asunto de singular interés al pasado ilustre y heroico de la noble tierra valisoletana: avalórale importancia más general, recomendándose á nuestra consideración, cual preciado episodio de la vida de las letras en el Renacimiento; época gloriosa para España y tal vez la más brillante que se muestra en los anales del mundo.

Fué el ilustre *Comendador Griego*, cuya vida y obras he de dar á conocer en el presente estudio, escritor insigne, con reputación tan aventajada y notoria, que no cede en merecimientos á los más esclarecidos del siglo XVI. Aparte de estas condiciones, hállase unido su nombre á todo lo granado y notable que ocurre en los días en que florece, así en las empresas literarias como en las belicosas, ora concurriendo con sus tareas á la obra colosal de la *Biblia Políglota*, que acreditó nuestra ciencia clásica y oriental en toda Europa, ora interviniendo en la famosísima guerra de Granada.

No me parece desacertado señalar, para la figura principal de un cuadro literario, á personalidad tan grande, que al mismo tiempo que recuerde antiguas glorias de Valladolid, represente á un docto varón en la época en que Castilla y los Países Bajos daban los humanistas más insignes á Europa, y á un político y maestro sa-

pietísimo en los días en que la política y la ciencia española asentaban su influencia en el Universo.

No creo equivocarme al indicar que es oportuno, para obtener el resultado propuesto, sin distracción del que escribe y con aprovechamiento de los que leyeren, el ordenar y dividir la materia de su exposición en cuatro puntos capitales. Será objeto del primero dar una ligera idea del estado en que se hallaba la cultura literaria en España al aparecer el Pinciano (1); en el segundo tendrá cabida el estudio de la vida de Fernando Núñez de Guzmán; será consagrado el tercero á la enumeración de sus obras literarias y filológicas, y formará asunto del cuarto la exposición de los juicios que han merecido sus obras y la estima general que les pertenece.

II

El Renacimiento italiano, con su amor al arte clásico y con sus nuevas ideas y aficiones, influyó poderosamente en la cultura literaria española. Educábanse muchos españoles en Italia, asistían á las Universidades de aquél país, en particular á las de Bolonia y Padua, y era íntimo el trato entre ambos pueblos. Demás, la leyenda castellana como la italiana, eran hijas del idioma de Lacio. Deberá hacerse notar que el Renacimiento en España presenta dos fases: nuestros escritores miraban, unos al arte clásico, y otros al florentino, cuyos insignes representantes eran Dante, Petrarca y Boccacio. El Marqués de Villena traducía la *Eneida*, de Virgilio, y la *Divina Comedia*, de Dante; el Marqués de Santillana conocía los clásicos y estaba familiarizado con los tres grandes poetas de Florencia. Lo mismo sucedía con

(1) Después de él fué famoso con el mismo dictado sobre su apellido otro hijo de Valladolid, llamado el doctor Alonso López, médico cesáreo, autor de la *Philosophia antiqua poetica*, impresa en Madrid en 1596, año que se da por el de su muerte, y de un poema intitulado *El Pelayo*, impreso asimismo en 1605.

Juan de Mena, Alonso de Cartagena, Obispo de Burgos, y tantos otros, verdadera pléyade de esclarecidos ingenios de la corte de Juan II.

Este movimiento en favor de las letras clásicas fué alentado por los Reyes Católicos D.^a Isabel y D. Fernando. D.^a Isabel hizo venir de Italia á los dos hermanos Alejandro y Antonio Geraldino, á quienes dió el honroso encargo de educar á su hija primogénita Isabel y á las demás Infantas. Pedro Mártir de Anglería fué traído á España, en 1487, por D. Iñigo López de Mendoza, primer Conde de Tendilla, al regresar de su embajada á Roma, en competencia, según parece, con el altivo D. Fadrique Enríquez, ya Almirante de Castilla, quien había vuelto de Sicilia, en 1484, acompañado del docto gramático, historiador y poeta Lucio Marineo Sículo.

Con tanto entusiasmo llegó á cultivarse el idioma latino, que los eruditos tenían en menos la lengua castellana; hasta el punto que el sabio Antonio de Lebrija la calificaba de «pobre de palabras, que por ventura no podría representar todo lo que contiene el artificio del latín» (1), añadiendo el maestro Pero Ximénez de Préxamo: «Ocurrió otro grandísimo impedimento: que es el defecto de nuestra lengua castellana, en la qual por su imperfección no podemos bien declarar las cosas altas é sotiles, nin sus propiedades, assy como en la lengua latina, que es perfectísima» (2).

III

Corría el año de 1473, penúltimo del reinado de aquel Príncipe de Castilla á quien cupo la dicha de tener por sucesores á los monarcas más poderosos que han ceñido la corona de España. Valladolid, lugar del fallecimiento

(1) Proemio de su *Arte de Gramática*.

(2) *Lucero de la vida cristiana*, impreso en Burgos en 1495.

de Juan II y donde algunos años antes se había celebrado un acto de suma trascendencia para la unión de castellanos y aragoneses, veía á la sazón el nacimiento de un niño, destinado á ser, con el tiempo, varón de incomparable doctrina; el cual, con preciarse justamente de abolengo nobiliario é ilustre, se holgaría de honrarse á sí mismo, y de honrar á su afortunada patria, apellidándose con el que consideró nombre latino de su ciudad natal (1).

Recibió en el bautismo el nombre de Fernando (Ferdinandus, Ferdinandus ó Fernandus), que corrompía en Ferrand ó Hernán el lenguaje vulgar que se usaba entonces. Fué su padre Ferrand Núñez de Toledo, Escribano de Cámara de Enrique IV y Notario público, que reunía á estas funciones la de Tesorero y Secretario de la Princesa Isabel, mujer del Infante heredero de Aragón D. Fernando, y su madre una señora de la nobilísima familia de Guzmán, con la cual tenía aquél también deudo, al decir de reputados escritores. La intervención que tuvo el Tesorero de la Princesa en la boda de los futuros Reyes Católicos, ya asistiendo al acto de los desposorios, ya conviniendo y redactando en unión con el Notario apostólico Diego Rangel y con Ferrand López, vecino de Medina, Escribano de Cámara y también Notario público, el acta de las capitulaciones ma-

(1) Según las investigaciones de los geógrafos é historiadores modernos, puede entenderse que la *Pintia* de Ptolomeo se hallaba inmediata al emplazamiento de Pinzas, no lejos de Peñafiel. El error en que incurrieron Francisco Pedraza y Juan Villén de Biedma, movidos por entusiasmo de localidad, á poner al Pinciano entre los escritores granadinos, se explica por la circunstancia de que habiendo permanecido algún tiempo nuestro humanista en Granada, ya siguiendo á la corte con su familia, ya educando al hijo de su buen amigo el Conde de Tendilla, primer alcaide y gobernador cristiano de la Alhambra, es posible que hallasen en cartas y otros documentos irrefragables testimonios de su residencia en la ciudad de los Benu Nazar. No debe olvidarse que en la época de su nacimiento aún estaba Granada en poder de los musulimes.

trimoniales (1), le acreditó grandemente en la Corte y en el ánimo de los Príncipes, que no cesaron de protegerle durante su vida ni de dispensarle grandes ventajas y mercedes para él y para sus hijos. Fué el mayor de ellos Ramiro Núñez de Guzmán, señor del Toral y tronco de los Duques de Medina de las Torres, en quienes recayeron, andando el tiempo, sus fundaciones y estados, y aparece entre los personajes de la espléndida Corte de los Reyes Católicos mediando tristemente en un suceso (2) que narran los historiadores de D.^a Isabel como

(1) En el documento, según se conserva en el Archivo de Simancas y ha publicado Clemencín (Mem. de la Real Academia de la Historia, t. VI, págs. 585-591), se halla la confirmación de Ferrand Núñez con estas palabras: «E yo el dicho Ferrand Núñez, thesorero é secretario de nuestra señora la princesa e escribano e notario público e en la su corte e en todos los sus reinos e señoríos fuí presente á lo susodicho con los dichos Diego Rangel e Ferrand López del Arroyo e por mandamiento de los dichos señores príncipes este público instrumento fii escribir el qual va scripto en dos fojas de este pergamino de cuero e mas esta en que van nuestros signos e por ende fii aquí este mio signo en testimonio de verdad.—Está signado.—Ferrand Núñez.»

(2) Como ocurriesen diferencias y desabrimientos entre D. Fadrique, hijo del Almirante de Castilla, abuelo por parte materna del Rey D. Fernando, y el noble D. Ramiro Núñez, la Reina puso formal empeño en estorbar que viniesen á las manos, previniéndoles en 1481 no encargasen á la decisión de las armas ofensas en que debían entender, si necesario fuera, los tribunales de justicia. Menospreció el hijo del Almirante el mandato real y resolvió vengarse de una manera odiosa, emboscando tres villanos para que apalearan á D. Ramiro. Apenas llegó noticia de lo sucedido á D.^a Isabel, montó inmediatamente á caballo con riguroso temporal de lluvia, corriendo á galope la distancia que separa á Valladolid de Simancas, morada del Almirante, sin aguardar la comitiva de sus pajes, que no la alcanzaron hasta la entrada de la villa. Allí exigió al Almirante la entrega del hijo culpado, y dispuesta á hacer plena justicia, mandó conducirlo á la cárcel de Valladolid por un alcalde, con orden de pasearle antes por las calles más frecuentadas. Después de un mes de prisión fué desterrado á Sicilia. No por eso dejó también de mostrarse su justicia al propósito de imponer la corrección debida al proceder indigno del mencionado don Ramiro, quien pretendió todavía vengar en la persona del anciano Almirante la ofensa recibida de su hijo. Sabedora D.^a Isabel del ataque de que fué objeto aquel prócer por el vengativo hijo de Fernand Nú-

comprobación del carácter justiciero de aquella Reina. Admirador de la antigüedad é influido por la generosa afición al Renacimiento, llegó á ser no vulgar humanista, escribiendo en latín la vida del Cid Ruy Díaz y manteniendo comercio epistolar con Marineo Sículo y con Ginés de Sepúlveda, con quien se correspondía aún en 1533, á la sazón que el último se hallaba en Roma y no contaba Ramiro menos de ochenta años.

Siguiendo Fernando Núñez una costumbre de aquella edad y con frecuentes ejemplos en su familia en lo de dirigirse á la carrera de las letras los hijos segundos y menores de las casas ilustres (1), se consagró al cultivo de aquéllas como objeto de vocación de toda su vida, aprendiendo muy joven en Salamanca la Gramática y la Poética bajo la dirección de Antonio de Lebrixa y la len-

ñez de Toledo, dispuso prender á éste, que se vió obligado á acogerse á Portugal.

(1) Doña Leonor de la Vega (que descendía del noble cuanto desgraciado Garcilaso de la Vega, muerto por Pedro I en Burgos, año 1351), pingüemente heredada en las Asturias de Santillana, casó con D. Diego Hurtado de Mendoza, de cuyo matrimonio nacieron: D. García, D. Iñigo (en 9 de Agosto de 1398, después famoso Marqués de Santillana), D.^a Elvira, D.^a Teresa y D. Gonzalo. Garcilaso de la Vega, biznieta de D.^a Leonor de la Vega, madre del Marqués de Santillana, juntó á la honra de su prosapia la de ser Embajador de Castilla cerca de S. S. Alejandro VI, y tuvo de su mujer D.^a Sancha de Guzmán, emparentada con los Núñez de Guzmán por la rama de los Sres. de Batres, á Garcilaso de la Vega (1503), príncipe de los poetas líricos españoles. Del matrimonio de este insigne varón con D.^a Elena de Zúñiga nacieron cuatro hijos: uno igual al padre en el nombre, D. Francisco, D.^a Sancha y D. Lorenzo, los cuales tomaron como primero el apellido de Guzmán, que era el segundo del padre. Habiéndose dedicado Francisco á la carrera eclesiástica, trocó su nombre por el de Domingo, y quiso competir con Fray Luis de León en ingenio y sabiduría. El hijo de Garcilaso de la Vega debió ser aquel Fray Domingo de Guzmán que fué preso como sospechoso de herejía al mismo tiempo que Constantino Ponce de la Fuente. Es fama que Carlos V, al saber en Yuste ambas prisiones, dijo: *Si Constantino es hereje, será gran hereje.* Y hablando de Fray Domingo de Guzmán, exclamó: *A ese, por bobo, le pueden prender.* (Véase el tomo 32 de la *Biblioteca de Autores Españoles.*)

gua griega en Valladolid, donde daba primero su enseñanza Pedro Mártir de Anglería.

Después de la memorable guerra de Granada, en que tomó parte lo más florido de la juventud española y de que fueron testigos y narradores tantos hombres doctos, Fernando Núñez de García, que debió pelear en ella al lado de su padre (1) y hermanos, hubo de pasar á Italia á fines del siglo XV, movido del deseo de perfeccionar sus estudios en el conocimiento de las letras humanas. Residió en Bolonia como colegial de San Clemente de los Españoles, fundación debida al célebre Cardenal Albornoz (2), donde se habían formado varones tan insignes y verdaderamente doctos, cuales fueron Antonio de Lebrixa (Antonio Martínez de Cala y Jara-
ba de Loxo, apellidado *Nebrissense*, del nombre de su patria) y Juan Ginés de Sepúlveda. Allí se dedicó al estudio de las lenguas y de las antigüedades, proporcionándose libros y manuscritos (3) y frecuentando con asiduidad las aulas de latín y griego que regentaban en

(1) Éste, que llegó á ser también comendador de Santiago, acompañaba probablemente al maestro D. Alonso de Cárdenas, en calidad de caballero, en 1492. Es de observar que al incorporarse los maestrazgos á la Corona de Castilla (1487-1499) los Reyes acostumbraban á proveer las dignidades en personas que les fuesen afectas ó de grandes servicios, según se usa con las modernas condecoraciones. Aunque la familia de Fernand Núñez se recomendaba por su nobleza, es verosímil que antes que á ésta (cuya probanza no se exigió hasta 1507) debió atenderse á los servicios prestados á los Reyes por el tesorero y secretario Fernand Núñez para la concesión de encomiendas al Pinciano y á su padre.

(2) Sobre la puerta del colegio se halla la siguiente inscripción: *Collegium hispanorum fundatum anno MCCCLXV ab Aegidio Albornotis hispano S. R. E. Cardinale Archiepiscopo Toletano Italiae Legato qui rem romanam a tiranis oppresam virtute sua liberavit Pontificique restituit.*

(3) Entre los legados á la Universidad de Salamanca por el comendador Fernando Núñez se conserva un código manuscrito con las obras de Esopo, donde se lee: *Ego Fernandus Nognius commendatarüs ordinis Sancti Jacobi emi hunc codicem Bolonia pretio duorum aureorum.*

la Universidad Joviano Peloponeso y Filippo Beroaldo, llamado el *Antiguo*, cuyas lecciones aprovechó tan cumplidamente que en breve, según asegura D. Nicolás Antonio, igualó el discípulo á los maestros (1.) Probablemente al fallecimiento de éste, ocurrido en 1505, se hallaba ya de vuelta á España, adonde su deudo el Conde de Tendilla, segundo de este título y primer gobernador de Granada por los Reyes Católicos, le encargó de la enseñanza de uno de sus hijos que, á juzgar por las expresiones que usa Marineo Sículo diciendo que *le educó docta y santamente en ciencias y virtudes*, puede colegirse que fué el hijo segundo de dicho Conde, llamado Francisco, el cual llegó á ser Obispo de Jaén. Todo induce á creer que el sabio maestro permaneció en casa del expresado magnate hasta el año 1508, donde le trataría el Cardenal de España y Arzobispo de Toledo Fray Francisco Ximénez de Cisneros. Invitó éste al Pinciano á que viniese á Alcalá, concediéndole plaza de profesor de gramática en los Estudios de la Academia Complutense, inaugurada en aquel mismo año. Intervino con Demetrio Lucas Cretense, Nicetas Fausto y López de Astúñiga en la traducción latina de la versión de los *Setenta*, como afirma Álvaro Gómez, historiador de Cisneros.

Habiendo tomado parte el Pinciano en favor de las Comunidades, los enemigos del movimiento castellano le hicieron salir de Alcalá (2), y retirado á Salamanca, «ganó esta Universidad en gran parte con él lo que

(1) Peca de exageración y de inexactitud poco excusable el aserto de Lampillas al afirmar que el autor de la *Biblioteca Hispano Nova* expresó que nada tuvieron que enseñarle aquellos profesores. El texto del eminente bibliógrafo, t. I, p. 382, es como sigue: «*Bononiaeque incredibile contentione animi literis tan latinis quam graecis sub Ioviano Peloponnesi cive, Philippoque Beroaldo, bonas omnes collocavit horas, ut brevi praeceptoribus quoque ipsis paria facere posset.*»—Lampillas, *Ensayo Apologético de la literatura española*, t. III. págs. 147 y 148.

(2) En Alcalá cayó en las redes que le preparó el obispo Acuña y se comprometió en la defensa de las Comunidades.

había perdido con la muerte de Nebrija» (1). Consiguió aquí, en honroso palenque, la cátedra de lengua griega, y además fué encargado de explicar la Retórica y la Historia natural de Plinio. Por último, en Salamanca murió en el año 1553 y cuando contaba ochenta de edad, dejando su patrimonio á los pobres, su rica biblioteca á la Universidad salmantina (2) y la siguiente inscripción para su tumba: *Maximum vitæ bonum mors.* «Fué célibe, casto, cortés, festivo en el decir; pero sin malicia, y acérrimo reprobador de los vicios. En las conversaciones familiares usaba con gran oportunidad de los refranes castellanos, que había coleccionado cuando avanzó la edad, como honesto recreo de estudios más profundos; por lo cual todos los que gustaban del trato y ameno estudio concurrían á porfía á su casa» (3).

IV

Las obras que escribió el Pinciano en lengua latina son:

1.^a *Observaciones sobre las obras de Séneca el Filósofo.* Impresa en Venecia en el año 1536.

2.^a *Observaciones sobre Pomponio Mela.* Impresa en Salamanca en el año 1543.

3.^a *Observaciones sobre los pasajes oscuros y erróneos de la Historia natural de Plinio, con correcciones de algunos lugares de la Gramática de Pomponio Mela, y con exposición y enmiendas de muchos puntos de diversos autores latinos y castellanos.* Impresa en Amberes en 1547 y tal vez en Salamanca en 1544, en Francfort en 1593 y también en esta ciudad en 1603.

4.^a *Traducción latina de la versión griega de los setenta intérpretes.*

(1) La Fuente, *Hist. de las Universidades*, t. II, p. 85.

(2) Ibidem.

(3) Nicolás Antonio, *Bibl. hisp. nov.*, t. I, p. 382.

5.^a *Glosa de las obras de Juan de Mena* (1). Impresa en Sevilla en 1528, en Toledo en 1547 y en Alcalá en 1556.

6.^a *Refranes y proverbios glosados*. Impresa en Salamanca en 1555 y tal vez en la misma ciudad en 1578.

También escribió una traducción latina de un poema griego sobre la guerra de Troya, etc; y se conservan sus *Cartas* á Jerónimo Zurita, las cuales insertó Jos. Dormer en la obra intitulada *Progresus historice in regno Aragorum*, páginas 531 y siguientes.

V

En lo tocante á su mérito como humanista y literato, unánime es el juicio de los doctos, tanto nacionales como extranjeros, lo mismo en el siglo XVI que en los siguientes. Cumple á nuestro propósito dar cuenta de algunas opiniones que acerca del Pinciano emitieron insignes escritores. En el libro XV de las *Cartas* de Marineo Sículo se halla una dirigida á Fernando Núñez de Guzmán, en la cual refiere que tres años antes se había encontrado én Valladolid con el padre de éste, añadiendo: «Durante la comida, entre otras muchas cosas de que hablamos largo y tendido, conversamos minuciosa y detenidamente acerca de los varones doctos que había entonces en España, y como dijese yo que tú excedías en erudición á todos los demás, él—como hombre modesto y prudente—no quiso asentir sino haciendo dos excepciones, á saber: el poeta Sículo y Antonio el Gramático. Respondí yo á esto: ó ignoras lo que vale tu hijo en literatura, ó si lo sabes, disimulas á las mil

(1) «Glosa sobre las *Trescientas* del famosísimo poeta Juan de Mena, compuesta por Fernán Núñez, comendador de la Orden de Santiago, dirigida al muy magnífico señor D. Iñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, señor de la villa de Mondéjar, primero alcaide y capitán general de la nombrada y gran ciudad de Granada y su Alhambra y fortalezas.»

maravillas su mérito; tanto supera tu hijo á Sículo y á Antonio en sabiduría y en todo género de ciencias, cuanto Sículo y Antonio le exceden en edad, ó mejor aún, cuanto exceden los gigantes á los pigmeos, los elefantes á los ratones, las águilas á las golondrinas y las ballenas británicas á los delfines.» Y el mismo autor, al tratar de los españoles ilustres en literatura, en el libro XXV *de las cosas memorables de España*, dice: «Aún vive Fernando el Pinciano, comendador de la Orden de Santiago, sapientísimo intérprete de tres lenguas y conocedor de otras también extranjeras, á quien yo, ajeno á toda envidia, no solamente comparo con los hombres más instruídos de nuestra época, sino que le coloco entre los más célebres de la antigüedad.»

Justo Lipsio, en el capítulo 8.º del libro II *de los elegidos* (Electorum) le considera entre los más esclarecidos; y en el prólogo de los *Comentarios sobre Séneca* (Commentariorum in Senecam), aquel escritor le llama «modelo de la verdadera crítica.» Bastio escribe, en el capítulo 17 del libro XIV, que Fernando Núñez era «eruditísimo, hombre de ingenio y estimación inmortal en los estudios críticos»; Juan Federico Gronovio le nombra el *gran Pinciano* en el capítulo 8.º del libro IV de las *Observaciones*; Martín de Azpilcueta en su *Comentario acerca de las Horas Canónicas*, capítulo 19, y Cristóbal de Horozco en sus *Anotaciones á los intérpretes de Ecio*, no le escatiman aplausos y sinceras alabanzas.

Por mi parte haré notar que el valisoletano Fernán Núñez, «honra, como Lebrixa y Barbosa, de la escuela salmantina, y como ellos afortunado maestro de muy esclarecidos ingenios» (1), se halla adornado de cualidades que le hacen sumamente apreciable y digno de estima. Aunque entusiasta del griego y del latín, siempre

(1) Amador de los Ríos, *Historia crítica de la Literatura española*, tomo VII, pág. 208. Cítanse, entre otros, á León Castro, el Cardenal Francisco de Bobadilla y Mendoza, Juan Cristóbal Estrella, el médico Cristóbal de Orozco, Jerónimo Zurita, Lorenzo Balbo (el Tartamudo), Juan y Francisco Vergara.

se mostró aficionadísimo de la lengua y literatura patrias, ora comentando las *Obras de Juan de Mena*, del «Príncipe de los poetas de Castilla» ó «el Genio Español», como otros le apellidan, y ora también formando rica y numerosa *Colección de refranes castellanos*. Débese también al Pinciano una luminosa idea. En aquellos tiempos prevalecía la forma sobre el fondo, la imaginación sobre el raciocinio, lo ideal sobre la realidad. Reinaba el paganismo, lo mismo en el gobierno que en las costumbres, lo mismo en las artes que en las letras. Se buscaba la belleza y se despreciaba la verdad. Todo lo que no fuese griego ó latino era calificado de bárbaro, sin embargo de que bajo este epígrafe se designaban las doctrinas de la nueva, robusta y verdadera civilización. El Pinciano, con recto juicio, se separó de las creencias dominantes, colocándose en un terreno firme y seguro. Así lo escribe el doctor Martín de Azpilcueta en su *Comentario acerca de las Horas Canónicas*, capítulo 19. «Muéveme además á escribir esta obra la citada autoridad de aquel varón tan erudito y versado, como los primeros sabios de Europa, en los autores profanos, así griegos como latinos, de Fernando Núñez de Guzmán, catedrático de Retórica y de Plinio en la celebérrima Universidad de Salamanca, y en la cual, como práctico en estas cosas, enseñaba lo conveniente que era para la religión cristiana que se tradujese, en las cátedras de Gramática, como se hacía antiguamente, los himnos y oraciones de la Iglesia». Por último, los ricos habían hecho un monopolio de los buenos libros extranjeros, y Fernando Núñez, no contento con abrir su copiosa biblioteca á la juventud estudiosa, «introdujo en España, como escribe Lipsio, el uso de los buenos libros» (1).

En suma, consérvanse íntegras las obras de Séneca, merced, en gran parte, á la inteligencia y laboriosidad del Pinciano; y para las ediciones que se han hecho de aquéllas, como también con respecto á la *Geografía*

(1) Libro II, cap. 8.

de Pomponio Mela y á la *Historia Natural* de Plinio, se han tenido siempre presente los luminosos comentarios del profesor de Salamanca. Rica, variada y prodigiosa erudición manifiesta en las glosas que puso á las obras de Juan de Mena y á los *Refranes y proverbios*, pudiéndose afirmar que él tenía en su cerebro toda la ciencia antigua y de la Edad Media, lo mismo la profana que la cristiana.

Mucho ganaría nuestra juventud, deseosa de saber, si volviendo la vista á lo pasado, estudiara con detenimiento nuestras glorias literarias y nuestros grandes escritores (1). Vería entonces que Fernando Núñez de Gúzmán es uno de los más esclarecidos del siglo XVI, y el primero, sin duda alguna, con que se honra Valladolid.

JUAN ORTEGA RUBIO.

(1) Véase el *Diario de los literatos*, correspondiente al año de 1738

BOCETOS FILOSÓFICOS

VII

ARTURO SCHOPENHAUER

Arturo Schopenhauer (nacido en Dantzig en Febrero de 1788), por su vastísimo saber, por su hondo humorismo, por su genio paradójico y por la ictericia moral que sombrea su carácter contradictorio, es una de las figuras de más relieve en la nación sin fronteras, que se denomina la patria de las ideas.

Mezcla indigesta ó aleación bien combinada del sentido práctico, *tèrre à tèrre*, del inglés, con la perceptibilidad plástica del francés y el seductor idealismo de nuestros clásicos del siglo de oro, envolviendo elementos tan complejos en la densa nebulosa del Nirvana indio, siendo filósofo de la voluntad ilógica y maestro del pesimismo, Schopenhauer vive siempre *dentro de su propia piel*, acentúa su personalidad, moldea, cual hábil escultor, su genio individual y propio, y se ofrece como penumbra del sincretismo que ha de ser característica constante de la cultura moderna.

Considera Schopenhauer lo *que se es* superior á lo *que se tiene* y á lo *que se representa*, y declara que «las verdaderas ventajas personales, tales como un gran talento ó un gran corazón, son á todas las ventajas del rango, al nacimiento, aun de estirpe real, á la riqueza y á otras, lo que los verdaderos reyes son á los reyes de teatro». Si, según Schopenhauer, quien corta una cabeza destruye un mundo, la exaltación de la personalidad individual, la superioridad de lo personal sobre lo im-

personal es lo que distingue las colectividades humanas de los rebaños de animales.

Pero el individuo, encerrando el mundo dentro de sí, es molde pequeño ó vestidura estrecha, á no crecer indefinidamente como la túnica del Redentor, para que el equilibrio inestable de su existencia no se convierta en deleznable apariencia fenomenal, que se desmorona y pulveriza en la terrible enfermedad que Nordaw llama *degeneración*, lucha incesante entre la plasticidad de lo vivo y la petrificación de lo muerto. ¿Padeció Schopenhauer de mal tan extendido en su tiempo y á la hora presente?...

Nacido Schopenhauer de un matrimonio de conveniencia, en el que por ninguna de ambas partes entró para nada el sentimiento, hijo de un padre suicida y de una madre optimista (más sabia que discreta), con un desvío creciente á la profesión del comercio y un anhelo insaciable por el estudio y la meditación, con largos viajes por Suiza, Bélgica, Italia, Francia é Inglaterra, con el trato sucesivo de los más grandes talentos de la época, incluso de Goethe, único compatriota al cual admiró sinceramente, refugiado los últimos años de su vida en el retiro de Francfort, «tan á propósito para un eremita», es el gran pesimista un ejemplo de que «si nadie es completamente equilibrado, todos lo somos un poco».

¿Desequilibrado Schopenhauer? Por desplantes é indicios de delirio de grandezas debían tomar los contemporáneos sus continuas quejas de una soñada «conspiración del silencio», fraguada contra él por las reputaciones oficiales en Filosofía. Con desequilibrio innegable hemos de juzgarle cuantos hemos leído sus diatribas contra «los charlatanes y caníbales intelectuales» que vivían de la Filosofía y no para ella, y á la vez el prólogo de su obra fundamental (*El Mundo como Voluntad y representación*), donde profetizaba que su enseñanza era para los biznietos de sus contemporáneos y no para éstos, que no podían ó no querían comprenderle. *Le*

mot de la fin la pronunciaba el propio Schopenhauer repitiendo con frecuencia: «Mi extremaunción será un bautismo; se espera mi muerte para canonizarme».

¿Equilibrado Schopenhauer? Fué sin duda algo equilibrado, porque, precursor y profeta de sí mismo, previó en perspectiva no muy lejana el alcance de su obra. Esperó con impaciencia, pero no sin éxito, la apoteosis que comenzaba, reconociendo que le pertenecía por derecho propio. Vidente y con la inquieta zozobra del que sueña despierto, logró en su vejez verse admirado, respirando una atmósfera de incienso y adulación. Se solicitaba que concediese, como un honor, audiencias á sus admiradores; se festejaba su natalicio con lluvia de felicitaciones, regalos, flores y versos. Comparado con el rey Arturo de la Tabla Redonda, proclamado *der einsige*, el único que podía ejercer el mero y mixto imperio en la Filosofía, se vió lisonjeado, al extremo de que un admirador opulento pensó en construir una capilla para venerar en ella, como imagen sagrada, el retrato del célebre pesimista. Amargado por semejante infierno de dolores, pastosa y bonachonamente exclamaba Schopenhauer: «Es la primera vez que se me consagra. ¿Cuántas veces seré consagrado antes que termine el siglo?»

Desequilibrado y á la vez equilibrado, paradoja de carne y de intelecto, Schopenhauer goza como un sibarita y predica como un asceta. Se siente dominado por una misantropía que se agiganta con los cuarenta años de vida obscura que agrían su carácter, y le hacen temer que se malogre aquello de que posee más clara conciencia, su propio valer.

La moral ascética, que abstractamente predica con su principio de la piedad universal, es una teoría más, pero el aperitivo de su pesimismo ha estimulado y á la vez estragado muchas energías morales.

Fueron las doctrinas de Schopenhauer (y quizá aún son) la savia nutritiva de las altas y de las bajas clases sociales; para las primeras especie de mostaza que des-

pertara su gastado, por hartó, apetito, y para las segundas acíbar que sobreexcitaba el acicate de las necesidades, vivamente sentidas y casi nunca satisfechas. El sombrío pesimismo que Schopenhauer llevó de la esfera sentimental á la especulativa, sirvió á la vez de indeciso anhelo de los que agotaron todos los placeres de la vida, declarándolos humo y ceniza, y de grito de desesperación de los que sólo alcanzaron, como desheredados, la bola negra de la existencia. Ahora como siempre resulta verdad que los extremos se tocan; aristócratas y anarquistas, las notas más desiguales de este mal engendro de organización social, tuvieron y aún tienen como Biblia y Evangelio de su pensar y sentir el Nirvana del asceta teórico. Porque á pesar de tales teorías, Schopenhauer vivió la vida dulzona de *burgués aburrido*, sin percatarse para nada de practicar la continencia que abstractamente predicaba, ni de la castidad cósmica, señuelo ó engañabobos que indicaba como tierra de promisión á los pesimistas convencidos.

Schopenhauer, budhista de mesa redonda, padecía (pero grandemente atenuada) la enfermedad que se respiraba en la atmósfera. Aunque el pesimismo suele ser cuestión de temperamento, y Schopenhauer lo poseía con tonos muy acentuados de melancolía y aun de misantropía, pues dice «cuando no tengo nada que me alarme, me alarmo con un peligro ignorado ó imaginado», es lo cierto que los gritos de desesperación ó argumentos que manan sangre no los pudo tomar Schopenhauer de sí mismo. Supo *nadar y guardar la ropa*, sistematizar el pesimismo y evitar sentirlo ó vivirlo. Presintió con previsión certera (distintivo del hombre, á diferencia del animal que *vive sólo en el presente*) el estado hacia el cual se encaminaba la conciencia colectiva. De él se contagió y de él nutrió su intelecto, armándose con el ariete formidable de su terrible crítica, especie de dinamita moral, contra los que habían fraguado, en desdoro suyo, la pretendida «conspiración del silencio».

Más previsor Schopenhauer que Sansón, sintió crujir las columnas del templo, empleó trabajo de zapa y de mina precipitando su caída, y prudentemente se desvió de sus ruinas y del polvo de los escombros para no manchar sus vestiduras de *niño endomingado*, como alguna vez le apellida Kuno Fischer. Convirtió en cabeza de turco, donde descargó todos sus odios, la filosofía de Hegel, llamada en su apogeo catedral del pensamiento. Los juegos malabares del idealismo panlogista de Hegel, que con un intelecto desviado por completo de la realidad pretendía infundir nuevos moldes á las cosas merced al desarrollo dialéctico de la idea (al límite de considerar las estrellas excrescencias parecidas á las de la epidermis) declinaron en la fe de los imbéciles, en un optimismo insustancial. De él se burló zumbona y saladamente Voltaire en su novela *Cándido*. De él hizo Schopenhauer centro de sus iras, triuchera atacada y hecha polvo por su profundo humorismo, vasto saber y aguda crítica.

La razón del uno es la sinrazón del otro y á la inversa. Huyendo lo abstracto y huero del optimismo el pensamiento según su ley ingénita de la contradicción, que, exagerada termina en la paradoja, gravitaba hacia la doctrina contraria. Presintió Schopenhauer la reacción impuesta á la conciencia colectiva por la marcha del mundo, verdadera lógica visible. Se anticipó al pesimismo sentido y vivido por la generación presente con su pesimismo pensado y lógico. Adivinó que en ciencia y en arte las notas extremas son las que adquieren plasticidad y relieve, y que la opinión, como la cortesana, se prenda de la conquista violenta y se hastía del cortejo y de la galantería; prefiere ser subyugada y sugestionada á ser convencida y reflexivamente guiada.

Pero (el mismo Schopenhauer lo dice) *sólo en teorta conviene adelantar el tiempo*, previendo su efecto y no prácticamente, pues no hay usurero más intratable que el tiempo. Cuando se le pide préstamos ó anticipos, cobra intereses más cuantiosos que el judío más vil. Para

Schopenhauer la vida es transacción y evolución. Así pensó como pesimista para satisfacer el hartazgo de los unos, sin dejar de servir de válvula de seguridad á la desesperación de los otros, viviendo como un burgués dulzona y tranquilamente satisfecho del asiento nada despreciable que le deparó la suerte en el banquete de la vida. Si el mundo ó el infierno, según él, se divide en almas atormentadas y diablos atormentadores, cuidó de no figurar entre las primeras. Profesa *ein schemergloser Pessimismus*, un pesimismo sin dolor, pensado que no sentido, igual al descrito magistralmente en *Los buenos* y *Los sabios* y aceptado por su ilustre autor, Campoamor, que sobrellevó con su avellanada vejez y con su desesperación habitual la inmensa carga de la vida, durmiendo mucho, riendo más y pensando á toda hora... para rejuvenecerse en un pacto menos ficticio y más correcto para su ortodoxia que el del *Doctor Fausto*.

Concibe Schopenhauer como una etapa necesaria en el desarrollo de la conciencia social la percepción de la *nada de todo*, especula con el claroscuro de la melancolía, entiende que el ojo ve todo lo que mira, pero no puede verse á sí mismo, como se lleva el peso del propio cuerpo sin sentirlo, y en un rasgo de humorismo, al acercársele en Dresde el guarda de un jardín, porque le oyó hablar á solas, le dice: «Si me pudierais decir quién soy, os lo agradecería». Y en medio de un nihilismo tan sombrío para el intelecto, vive con la resignación de aquel á quien todo le satisface menos la hora del gran tributo y del gran misterio (la muerte).

Es el mundo una lógica visible (así lo reconoce Schopenhauer); pero la misma vida mental no se puede reducir enteramente á la lógica, ya que en ella reside un fondo apetitivo, y desde luego toda vida resulta indiferente á la lógica abstracta. *Primum vivere, deinde philosophari*. La conciencia sutilizada puede aprehender los cambios más delicados y dejar preteridos los estados entre los cuales han tenido lugar dichos cambios. Nada más ilógico que la lógica; ejemplo de ello la mu-

jer, verdadera encarnación de la lógica real en medio de aparentes contradicciones (caprichos y coqueterías). Espíritu femenino revela Schopenhauer, no sólo cuando discute apasionadamente con su propia madre, para que no le robe la gloria (toisón de oro de los elegidos) literaria, sino también cuando se le ve con frecuencia afectado por el sentimiento nada honroso de *la tristeza del bien ajeno*. Él, que recomienda (y aspira á ello) que cada cual viva dentro de su propia piel y no en la opinión del prójimo; él, que compara la riqueza y la gloria con el agua salada, que cuanta más se bebe, más sed da; él, que escribe páginas magistrales comentando el *aurea mediocritas* de Horacio, se preocupa, hasta el límite de la obsesión, del juicio de los demás, anhela las riquezas y las guarda sigilosamente (á veces debajo de un tintero para evitar el robo) y disputa la gloria á su propia madre.

Pruebas del *dualismo entre el pensamiento y la vida* de Schopenhauer, datos que justifiquen cómo pudo sistematizar el pesimismo, menospreciar especulativamente la vida y gozar sus dulzuras con prudencia previsoras; actos que revelan cuánto y cuán duramente censuró á la mujer en la paradoja ingeniosa *Metafísica del Amor*, y cuánto y cuán avaramente prestó culto á los encantos del *Eterno Femenino*, ofrece á granel, en verdadera legión, la existencia desahogada, de placeres calculados, de precauciones pueriles del célebre pesimista. Huye de la viruela de Nápoles y del cólera de Berlín; duerme siempre, ante el temor de una sorpresa, con una pistola debajo de la almohada; se instala, por temor al fuego, en el primer piso de los hoteles; se hace afeitar con su propia navaja, á fin de evitar contagios; no bebe nunca más que en un vaso de cuero que lleva en su bolsillo; considera el patriotismo la más tonta de las pasiones y la pasión de los tontos, y se ocupa, al par que del éxito de su inquieta manía de la gloria, en afianzar y capitalizar sus rentas.

El misántropo Schopenhauer, el que hace mención en su testamento de su más fiel compañero, el perro

Atma, el apóstol de la castidad universal, el misógino inflexible, el que apellida á la mujer niño grande, de cabellos largos y entendimiento corto, paga tributo al grito de la carne con amores fáciles y ligeros durante su juventud en Hamburgo, tiene en Dresde un hijo natural que murió pronto, en Venecia una querida, sustituida por una actriz de Berlín, y á los sesenta años de edad se enamora como un cadete de la escultora Ney. Nunca ha podido decirse mejor que ahora «prescindid de lo natural, que elio os dominará». «El que se jacta de su olímpico desprecio del hombre, el que apellida «filisteo, canalla soberana, vulgo imbécil, cerebro cuadrado» á las gentes que carecen de su peregrino ingenio, cae en *la cursilería moral* (lucha inocente entre el quiero y no puedo), preocupándose de lo que piensa de él la canalla, al punto que envía por hoteles, casinos y bibliotecas á uno de sus partidarios para que recoja juicios, copie críticas y le trasmita apreciaciones de cuanto de él se dice, y declara que siente morir sin leer siquiera la mitad de lo que se ha de escribir acerca de él y de su obra.

Es bien complejo y digno de estudio el carácter de Schopenhauer. Solitario y taciturno, misántropo completo de la inferioridad del intelecto, prestaba culto á la insociabilidad, se preciaba de figurar en la minoría y anhela con ansia indomable la adhesión de los más. Su disonancia moral se engendra, porque carece de la tranquila dignidad de una superioridad consciente y confiada en sí misma. Su melancolía procede de una contradicción constante entre sus teorías y sus impulsos. Asceta *pour rire*, su sensualidad le arrastraba á ser víctima de la ironía de la suerte. Desequilibrado Schopenhauer en su acentuado egoísmo, equilibrado en la intuición vidente del triste espectáculo que ofrece el mundo, oscilando entre los polos extremos de su pensamiento y de su vida, con aparentes y numerosas contradicciones, revestidas de lógica inflexible; espíritu femenino en sus desplantes y salidas de tono; humorista que exalta el

desorden para buscar en él el orden, con un talento envidiable, de que hace ostentosa gala; opulento en la censura, parco en el elogio, pietista teórico y ególatra práctico, es el verdadero precursor de los tormentos y amarguras, de las luchas y contrariedades de esta informe sociedad en que vivimos.

El divorcio de la idea y del hecho, de la teoría y de la práctica, hace que sobre inteligencia y falte carácter, que el sabio se sobreponga al bueno, que se denoste sin más al ignorante y se disculpe al listo. De tal caos, de tanto material amorfo como amontona nuestra cultura de aluvión, sólo surgirá la luz cuando la obra y la palabra, el pensamiento y la vida, marchen paralelos. Y en el ínterin, si no se ha de romper el ritmo y la continuidad de la existencia, y hasta que la vida se subordine al pensamiento, obligado es reconocer contra la preocupación de la despreocupación (hipocresía del vicio) la relativa superioridad del bueno respecto del sabio. Tal enseñanza moral debe recogerse de la paradoja de carne que revelan el pensamiento y la vida de Schopenhauer. Una biografía detallada del pesimista, después de lo indicado, equivaldría, según él mismo dice, á la obra de aquel que, ante un cuadro, se ocupa con preferencia del marco y de las molduras.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

COSTUMBRES DE TORRENTE (VALENCIA) 1902

NACIMIENTO, MATRIMONIO, DEFUNCIÓN (1)

I

Nacimiento.

Poco se puede decir referente á este primer punto del cuestionario, pues existen muy pocas prácticas dignas de mención, y las costumbres, con respecto á esta materia, no se apartan gran cosa de las generales.

A. Concepción:

a) No existe creencia ni superstición alguna relativa á los medios de conseguir la fecundidad.

B. Gestación:

a) Tampoco durante el periodo de gestación existe costumbre alguna.

b) Se dice que cuando una embarazada no puede cumplir algún capricho, el ser que nace lleva marcado en su cuerpo el objeto deseado por la madre; por eso se procura cumplir todos los antojos de las mujeres en cinta.

c) No es costumbre hacer vaticinios respecto del sexo del que va á nacer. Se cree que los que nacen en Jueves

(1) Este trabajo fué leído en la clase de Derecho administrativo de la Universidad de Valencia, á cargo del Sr. Decano de la Facultad, D. Eduardo Soler y Pérez. Lo motivó, como el de otros alumnos, la información abierta por el Ateneo Científico de Madrid acerca de las costumbres relativas á los puntos sobre que versa el trabajo presente.

Santo, mientras el Señor está en el monumento, lo mismo que en la Nochebuena á las doce, *curan de gracia*; esto es, que su saliva tiene la eficacia de curar todas las enfermedades.

C. Alumbramiento:

a) La asistencia se hace por mujeres, que ostentan el título de profesoras en partos, llamadas «comares», comadronas, cuyo cargo regularmente pasa de madres á hijas. Cuando se presenta el parto difícil se llama también al médico; pero en las familias acomodadas asiste siempre á la paciente el médico juntamente con la comadrona.

b) En el acto del parto existen prácticas religiosas, como encender luces, empleo de escapularios, relicarios, etc.

c) No se hacen vaticinios respecto al recién nacido.

d) No existe ninguna superstición relativa al mal de ojo.

e) La parida guarda cama, por regla general, siete ú ocho días, asistida por la comadrona, y sale á misa á las dos ó tres semanas, llevando al recién nacido á la iglesia; cuando concluye la misa y la ceremonia religiosa, se invita á la comadrona á tomar chocolate. Esto en las familias acomodadas; en las pobres, la mujer hace cama tres ó cuatro días, y se dedica en seguida á las tareas domésticas, procurando salir á misa lo más pronto posible, acompañada también de la «comare.»

Se dice que una gallina enteramente negra es más nutritiva para la recién parida.

D. Bautizo:

a) Los padrinos del primer hijo son, por regla general, el abuelo paterno y la abuela materna; caso de haber fallecido, lo son los tíos ó parientes más cercanos, regla que se observa para los demás hijos. Con relación á los invitados, tiene el padrino la obligación de obsequiarles con un convite.

b) Ceremonial del bautizo.

a') La ceremonia religiosa:

1) Únicamente van á la iglesia, casi siempre á pie,

los padrinos y la comadrona, que lleva al recién nacido.

2) El traje de éste no ofrece ninguna particularidad; es blanco con adornos de encajes y cintas, según la posición de los padres, y tienen obligación de regalarlo al primer hijo los abuelos paternos.

3) Es costumbre ponerle varios nombres, aunque únicamente se llama por el primero. Al primer hijo, por regla general, se le pone el de los abuelos según el sexo, y al segundo, el de los padres; para los demás no hay regla fija, y se les suele dar el de los padrinos ó el del santo del día del nacimiento. Los nombres preferidos son, para varones, Vicente, Pascual, José y Francisco (á éste llaman *Quico*); y para mujeres, los de María, Dolores, Vicenta y Asunción (la Virgen de la Asunción es la titular de la iglesia parroquial).

4) No existe práctica alguna religiosa peculiar de esta población.

b') La ceremonia familiar:

1) Como he dicho antes, á la ceremonia religiosa no se invita á nadie; pero al convite se suele invitar á la familia y á los amigos y regularmente al sacerdote que ha administrado el sacramento.

2) Tiene obligación el padrino de regalar á la madrina un cucurucho de confites y pagar también el gasto del convite, como queda dicho.

3) Presiden el convite los padrinos, y si se ha invitado al sacerdote, lo preside éste.

4) Existe una circunstancia digna de notarse: los bautizos se hacen siempre por la tarde, á no ser que peligre la vida del recién nacido.

E) Hijos ilegítimos:

a) Se dan muy pocos casos del nacimiento de hijos ilegítimos, pues las madres van á dar á luz al Hospital Provincial ó exponen sus hijos en la Inclusa.

c) No se ha dado ningún caso de reconocimiento de un hijo natural.

F) Refranes y consejas:

Algunos se conocen tales como:

Lo que en la camiseta es pren
en la mortalleta es deixa.

Que indica que los hábitos que se adquieren desde muy pequeño no desaparecen más que con la muerte.

Lo que no ve de natura,
tararura.

Significa que las cosas fingidas nunca pueden hacerse bien, y algunos otros.

II

Matrimonio.

A) Noviazgo:

a) No existe en esta población, exceptuando las cofradías, asociación alguna de solteros con carácter permanente y con su *rey de los mozos* á la cabeza, pero sí ejecutan algunos actos los solteros en los cuales no permiten la ingerencia de ningún casado; se consideraría delito de lesa costumbre que les acompañara alguno que no fuese soltero en la poética cuanto tradicional fiesta de la «Entrá de la flor.» Tal vez sea ésta la costumbre más genuinamente torrentina y la que con más pureza se conserva. El día primero de Febrero, víspera de la Purificación de Nuestra Señora, se reúnen por la mañana los mozos, y todos juntos se dirigen en carros, arrastrados por cinco ó seis asnos cada uno, al sitio ya fijado. Del más hermoso y florido almendro cortan una gran rama, que depositan en una casa de la entrada del pueblo.

Al toque de ánimas, acompañados de una banda de música, entran en la población el blanco y florido almendro, y entre el estruendo de los cohetes, se dirigen á la iglesia y desde aquí á casa del clavario, donde es-

tán las andas de la Virgen del Rosario, depositando «la flor á los pies de la Reina de los ángeles, ofreciéndole de este modo las primicias de sus flores. Cumplido ya este deber religioso que la costumbre impone, empiezan «les albaes», cantándose la primera por todos juntos á la puerta de la Abadía y la segunda á la de la casa del Alcalde. Entonces se dividen ya en rondallas, las cuales pasan la noche cantando «les albaes» á las puertas de cada una de las novias de los que las componen, y sin cesar de disparar cohetes, rayan con ellos las paredes de las casas de sus amadas («rallaes»). Con la flor del almendro que llevan á la casa del clavario se adornan las andas de la Virgen, y el resto lo ofrecen á las novias.

b) Existía una cofradía de solteras dedicada al Niño-Rey de los frutos, y se decía que las clavarias lo eran por encontrar novio. Otra creencia existe aún hoy, aunque poco arraigada. Cercana al vecino pueblo de Albal, hay una ermita dedicada á Santa Ana, en cuya sacristía se halla una campana; las solteras que no tienen novio, el día 26 de Julio, fiesta de la Santa, acuden á la ermita á tocar la campana como remedio eficaz para encontrarlo. También se cuenta, como medio seguro de encontrarlo, rezar á San Antonio de Padua y darle algunas limosnas para el pan de los pobres, establecido en esta parroquia.

No existe la llamada feria de novias, ni ninguna otra costumbre que se le parezca.

c) La virginidad de la mujer se tiene en mucho aprecio; tanto es así, que la que públicamente se sabe que la ha manchado, ya es casi imposible que se case.

d) Los enlaces entre parientes son poco frecuentes; se dan algunos casos aislados de consanguíneos de cuarto grado, siendo rarísimos los matrimonios en que los contrayentes estén ligados por el segundo y tercero.

e) Las relaciones tienen comienzo generalmente en el mes de Mayo, con motivo de las «enramaes» que se hacen la noche anterior al primer domingo de este mes (Domingo de rosas). Consisten en adornar la puerta y balcones de la casa de la novia, ó de la que se pretende

que lo sea, con flores, y especialmente con rosas, después de la correspondiente serenata y «albaes» y las indispensables «rallaes». Los que han sido despreciados por alguna, también les hacen su obsequio en este día; les ensucian las puertas con barro ó cualquier otra cosa peor. Esta costumbre va cayendo en desuso, especialmente respecto á la segunda parte.

También suelen empezar frecuentemente las relaciones por Pascua de Resurrección «florida», en cuyo segundo y tercer día salen á merendar al campo las jóvenes acompañadas de sus familias y de sus novios, acudiendo del mismo modo los que sin serlo aspiran á ello.

f) No se puede afirmar que constituye una costumbre el que los padres arreglen el casamiento de los hijos sin contar con la voluntad de éstos, aunque se dan algunos casos; si bien se ha de decir, en honor á la verdad, que los hijos hacen en este asunto lo que les place, aunque á despecho de sus padres, que acaban por ceder.

g) Las formas de declaración son las directas y de palabra; algunas, muy pocas, se hacen por escrito.

h) Relación de los novios:

1) Las ocasiones de verse y hablarse varían mucho, según lo adelantadas que estén las relaciones. Nadie se libra de pasar por las horcas caudinas de las relaciones callejeras; aunque los padres deseen las relaciones, ningún novio se exime, por lo menos las primeras semanas, de tener que buscar las ocasiones para ver á la novia cuando sale de casa, hasta que alguna persona de la familia de ésta les admite en la suya, donde á sus anchas pueden hablarse, desde luego con el asentimiento de los padres, que aparentan, sin embargo, no saber nada. Esta situación dura hasta que falta poco tiempo relativamente para el casamiento, entrando entonces lo que pudiéramos llamar relaciones oficiales, que empiezan por una fórmula de la que nadie puede excusarse: «Demagnar l'entrá.» El novio manifiesta á los padres de la novia sus relaciones, y desde entonces pueden verse y hablarse dentro de casa. He dicho que es una mera fórmula,

puesto que al novio, cuando se atreve á dar este paso, le consta ya el asentimiento de los padres. Se fija en este acto los días que se han de ver, que ordinariamente son los miércoles, sábados y domingos.

2) Además de los agasajos que hacen á las novias con motivo de «la entrá de la flor» y les «enramaes», ya descritas, es obligación de los novios durante los «porrats» de San Antonio (17 Enero) y de San Blas (3 Febrero), «fer el mocaor». En estos dos días ofrecen á las novias, en elegantes pañuelos de seda, torraos, almendras, avellanas, turrone, etc.

Son también frecuentes las serenatas con que se les obsequia.

3) No se diferencian los mozos que tengan relaciones de los que no las tienen á no ser en que aquéllos, en los bailes, sólo pueden danzar con su novia.

i) Es poco frecuente que el novio sea forastero, como también el que los mozos tengan relaciones fuera, pues dicen «qu'el que fora del seu poble es va á casar, ó ó va á que l'engañen ó á engañar».

No es costumbre que los mozos impongan un tributo al novio forastero.

j) No se da gran importancia á las condiciones físicas de los novios, dándose la mayor á las económicas, pues es extraño que se unan dos familias de posición social y económica diferentes. La edad más frecuente para casarse en el hombre oscila entre los veinticuatro y veintisiete; en la mujer entre los veintiuno y veinticuatro años.

k) Otra práctica durante el noviazgo podemos hacer notar: «La demaná.» Con cinco ó seis meses de anticipación al casamiento, los padres del novio van á pedir la mano de la novia, y fijan, de acuerdo con los padres de ésta, el día de la boda. Antes se ofrecían en este acto recíprocamente los regalos que tienen obligación de hacerse el novio y la novia; pero ahora se hacen la víspera del casamiento, cuando se celebran las capitulaciones matrimoniales. Con este motivo se obse-

quia á los padres y familia del novio con un convite.

B. Capitulaciones matrimoniales:

a) Los padres tienen intervención muy directa en estas capitulaciones, pues los novios sólo se enteran del contrato para firmarlo.

b) Este contrato siempre se formaliza mediante escritura pública.

c) Las condiciones que se establecen son las generales de esta especie de contratos.

d) Se otorga esta escritura en casa de la novia, á cuyo acto se invita á ambas familias; la del novio lleva entonces los regalos que tiene obligación éste de hacer, que son un pañuelo para la cabeza, un par de botas, medias y ligas, un abanico, un pañuelo de bolsillo, el de Manila y «el or», aderezo de oro; estos regalos, especialmente el último, varían mucho de valor, según la posición de la familia. La novia tiene también la obligación de regalar al novio la camisa con la correspondiente botonadura y un pañuelo de bolsillo. Se obsequia á los invitados con tortas cóncavas en forma de plato, llamadas «primas», en las que se ponen confites, dando seis al notario, cuatro al escribiente de éste y dos á cada uno de los invitados; generalmente se hace el contrato la víspera de la boda. En las familias pobres se hace en casa del notario, sin ninguna de las prácticas anteriormente descritas, y los regalos se llevan antes ó después á casa de la novia.

e) La dote:

1) La dote consiste en las ropas y vestidos de la novia y los objetos que tiene obligación de adquirir, según veremos en uno de los puntos siguientes; en las familias acomodadas se le da además 400 pesetas ó 500 en metálico ó alguna finca equivalente.

2) Se constituye la dote por medio de las cartas dotedales, en escritura pública, llamándose á este acto «fre les cartes».

3) La entrega se hace sin ninguna formalidad, una vez hecho el contrato.

f) Como quiera que las capitulaciones se celebran la víspera de la boda, es difícil que no se contraiga el matrimonio. No se ha dado ningún caso.

C. Amonestaciones:

a) Únicamente se publican en la iglesia.

b) Existe la costumbre de avisar á las familias, con algún tiempo de anticipación, de que se van á publicar las proclamas.

D. Boda:

a) Por regla general los padrinos son los que fueron en el bautizo padrino del novio y madrina de la novia; si éstos no viven, se nombra el padrino por el novio á uno de su familia ó amigo, y la madrina por la novia. La costumbre no impone ninguna obligación especial á los padrinos.

b) No existe ninguna práctica que se celebre antes de la ceremonia religiosa. Tampoco es costumbre que el novio se despida de los demás mozos con un convite.

c) Las invitaciones se hacen de palabra á los individuos de ambas familias y amigos.

d) No hay personas que tengan obligación de regalar determinados objetos ó cantidades. Existe, sin embargo, una práctica que va cayendo en desuso; después del convite de la boda, se colocan en la mesa algunas bandejas y cada uno de los invitados deposita la «estrena», que varía según el parentesco que los une á los novios.

e) No se altera en nada estas costumbres aun cuando el novio sea forastero.

f) La comitiva del novio se organiza en su casa, formándola el padrino, familia é invitados, que se dirigen á casa de la novia, donde á la vez les esperan la madrina, familia é invitados de ésta, y todos juntos van á la iglesia.

g) La ceremonia religiosa:

1) El día preferido y casi el único, en el que se celebra el matrimonio, es el sábado, contrayéndolo muy pocos dentro del tiempo que están cerradas las velaciones.

2) El acompañamiento se compone de dos comitivas, la de las mujeres y la de los hombres: en la primera, que es la que va delante, se colocan á la cabeza la novia, la madrina y una hermana de la novia; los demás se ponen por orden de preferencia según el grado de parentesco que les una con los novios. La comitiva de los hombres se organiza de la misma manera, saliendo todos de casa de la novia. Al salir de la iglesia se sigue el mismo orden que antes, excepto en el acompañamiento de las mujeres, en la que en vez de ir presidiendo juntamente con la madrina y la novia una hermana de ésta, va una del novio.

3) El traje de los desposados no ofrece nada de particular: el del hombre es siempre negro, y la novia luce el pañuelo de Manila, regalo del novio. No llevan ninguna prenda de vestir determinada para ir á la ceremonia.

4) El desposorio no se celebra nunca á la puerta de la iglesia.

5) No se conoce ninguna práctica religiosa que sea peculiar de esta población.

h) Fiesta de la boda:

La fiesta de la boda se reduce hoy á obsequiar en casa del novio á los invitados, después de celebrada la ceremonia religiosa, á un desayuno, pues luego se trasladan los novios, acompañados de los padrinos, á la próxima capital, donde comen. Si son de familias ricas, emprenden este mismo día el viaje de boda, y si no pueden hacer este dispendio se vuelven al anocheecer á casa, donde cenan con toda la familia é invitados.

No existe ninguna costumbre digna de notarse en lo que hace referencia á los números de este epígrafe.

i) Es obligación del novio amueblar la casa, siendo únicamente de cuenta de la novia llevar un colchón, dos almohadas, las sábanas, los portiers («goteres»), las cortinas y una cómoda; todo lo demás le corresponde adquirirlo al novio; inútil es decir que el lujo y valor de los muebles varía, según la diferente posición, pero en

nada se alteran estas costumbres, cualesquiera que sean las condiciones económicas de los novios;

j) No es costumbre que se celebren las segundas bodas.

h) La costumbre de las cencerradas podemos decir que ya no existe, pues apenas si se da algún caso aislado. Se hacían únicamente en las bodas de viudos, y no en las de viejos, como en otras partes; y consistían en una serie de serenatas con que se obsequiaba á los novios desde que empezaban las amonestaciones hasta la víspera de la boda, usando, como instrumentos, carracas, latas vacías de petróleo, cascabeles, cencerros, etc. Cuando salían de la iglesia, les obligaban á recorrer toda la población bajo palio que formaban con un cañizo y cuatro ó seis palos, y, entre una gritería infernal, les acompañaban á casa.

E. Sociedad familiar:

a) En cuanto á las personas:

1) La mujer tiene igual consideración social que el hombre. No se ocupa más que en las faenas domésticas y toma gran iniciativa en la dirección de la casa, pues el marido, que pasa todo el día en el campo, no puede ocuparse detenidamente de ella.

2) Los hijos, mientras son pequeños, se les manda á las escuelas municipales; después, cuando son mayores, los varones, como quiera que esta población es completamente agrícola, los dedican á las faenas del campo, y las jóvenes á sus peculiares labores; algunas hay que se dedican, las de clase menos favorecida por la fortuna, durante las épocas propias, al embalaje de la naranja y tomate para el embarque.

Son igualmente considerados los hermanos que los medio hermanos.

b) En cuanto á los bienes:

En todo lo relativo á los bienes de la sociedad conyugal, de los hijos y herencias, en nada se alteran las disposiciones del Código civil.

F. Adopción:

Es rarísimo caso alguno de adopción.

G. Adulterio:

- a)* Por fortuna, este hecho es poco frecuente.
- b)* La consideración social de los adúlteros no puede ser más baja.
- c)* No existe ninguna forma de sanción popular para el adulterio.

H. Separación de los cónyuges:

- a)* Muy pocas ó casi ninguna son las demandas de divorcio que se intentan.
- b)* Pues los que se separan lo hacen por mutuo consentimiento.
- c)* Cuando ocurre la separación, los hijos varones quedan con la madre y las hijas con el padre.

I. Uniones ilegítimas:

- a)* Son poco frecuentes.
- b)* Los amancebados son considerados como la hez de la población, y no se les admite en manera alguna á las relaciones de los hombres honrados.
- c)* No se conoce ningún caso de amancebamiento por toda la vida.
- d)* La prole suele ser muy desgraciada.

J. Asociaciones de casados:

No existen agrupaciones ó asociaciones de casados ó casadas más que con un carácter religioso.

K. Refranes y consejas:

El ya citado

«El que fora del seu poble es va á casar,
ó va á que l'angañen ó á engañar»,

y algún otro de los que generalmente se usan.

III

Defunción.

A. Prevenciones para la muerte:

- a)* Consuetudinarias:
 - 1) No es costumbre hacer encargos á la familia para el caso de muerte.

2) Muy frecuente es la adquisición en vida del nicho que ha de servir de sepultura, como también, aunque no tanto, la mortaja y cruz para la tumba.

3) Existen varias cofradías, en las que los adscritos tienen obligación de acompañar á la última morada al cadáver del cofrade difunto, con la bandera ó insignia enlutada de la corporación.

4) Si bien no se puede decir que los que ejercen la misma profesión que el fallecido tienen la obligación de acudir al entierro, sin embargo, se observa que los individuos del mismo gremio van casi siempre á honrar la memoria del que fué su compañero.

5) No existen otras costumbres dignas de mención.

b) Testamentarías:

1) La defunción *ab intestato* únicamente ocurre cuando el difunto no tiene bienes de fortuna ó cuando la enfermedad no ha dado tiempo á otorgar testamento, si no lo tenía ya otorgado.

2) El testamento que más comúnmente se otorga, y casi podemos decir el único, es el abierto ante notario y tres testigos.

3) No existen casos de testamentos otorgados ante el común de vecinos.

4) La más frecuente y muchas veces la única disposición que se establece respecto al funeral es el que sea lo más modesto posible, haciéndose muchas mandas piadosas al Hospital, Beneficencia, etc.

En lo referente á institución de heredero, tutela, legados, etc., son tan varias las disposiciones que no pueden reducirse á una regla fija; pero sí podemos consignar como segura la prohibición de la intervención judicial en las operaciones de la testamentaría.

5) Tanto de los muebles, herramientas, cosechas, como del dinero, etc., no suele disponer el testador, pues es costumbre que tanto éste como aquéllos se repartan por igual entre los herederos; este reparto se hace sin ninguna solemnidad.

B. Defunción:

a) Agonía:

1) Es costumbre, cuando entra el período agónico, encender dos cirios que ya lo han estado ante una imagen de Santa Úrsula, mientras se celebra el Santo Sacrificio de la Misa, habiéndose rezado con anterioridad, durante un año, diariamente, una oración á la misma Santa (*l'añá de Santa Ursola*). También se suele rociar la cama con agua bendita, poner al enfermo escapularios, relicarios, etc.

2) La agonía, por regla general, la presencian muy pocas personas. Está únicamente con el agonizante el sacerdote que le recomienda el alma. No existe el toque de agonía, aunque sí el del sacramento de la Extremaunción, tocándose nueve campanadas para los hombres y ocho para las mujeres.

b) Muerte:

1) Las prácticas más usuales para la comprobación de la muerte son: el ponerle un cristal cerca de la boca ó una luz, para ver si con la respiración mueve ésta y empaña aquél; también se le pone delante un objeto brillante, cambiándolo de posición, observando si lo sigue con la vista, y algunas otras.

2) Ocurrido el fallecimiento, se coloca el cadáver en tierra, encargándose inmediatamente el ataúd y la mortaja, usándose siempre los hábitos de las distintas órdenes religiosas, especialmente el de las terceras órdenes de Nuestra Señora del Carmen y San Francisco de Asís. No existe ninguna creencia ó superstición referente á la manera de dejar el cuerpo del difunto, el cual queda expuesto á la entrada de la casa.

3) Contrasta notablemente con la tristeza de la familia del difunto la expansión de los que acuden al velatorio no uniéndoles lazos íntimos con el finado. Sin embargo, se respeta el justo dolor de la familia, pues una vez cumplido el deber religioso de rezar todos juntos el Santo Rosario y algunas otras oraciones por el alma del difunto, se separan del círculo de las personas más allegadas á éste y pasan el resto de la noche, si no

alegremente, lo menos aburridamente posible, ahogando la hilaridad que les producen los cuentos ó dichos de alguna graciosa.

Esto ocurre en los de adultos; en los de párvulos (al-bats) el velatorio se convierte en una fiesta; los padres, que naturalmente han de sentir la muerte de sus hijos, por pequeños que sean, no toman parte en ella, retirándose á una habitación.

4) En la cortina de la casa mortuoria se coloca á lo ancho de ella, una vez ocurrido el fallecimiento, una lista negra que no se quita mientras dura el luto.

5) No existe ninguna costumbre mientras está el cadáver de cuerpo presente, á no ser el rezo del Rosario ú otras prácticas piadosas.

C. Entierro:

a) Prevenciones para el entierro:

1) La convocatoria en las familias medianamente acomodadas se hace por medio de esquelas mortuorias; en las pobres, de palabra, á los parientes y amigos del finado y vecindario.

2) No es costumbre hospedar á los invitados forasteros que acuden al entierro en la casa mortuoria.

b) Conducción del cadáver:

1) Se le lleva en caja, siempre cubierto, no siendo costumbre colocar dentro de ésta ningún objeto.

2) El acompañamiento lo forman únicamente hombres, guardando en la comitiva el orden de preferencia, según el parentesco que les una al finado; no existen personas que se dediquen, mediante retribución, á ejercer ningún oficio en los entierros y funerales.

3) Á la salida de la casa mortuoria no se practica ninguna ceremonia especial.

4) El traje de los que asisten al entierro es regularmente negro. Antiguamente la prenda obligada de vestir, tanto para asistir á los entierros como á cualquier acto solemne, era la capa; hoy únicamente se usa como prenda de abrigo.

5) No hay nadie que no se descubra al paso de un

cortejo fúnebre, y algunos tienen la costumbre de rezar un padre nuestro.

6) La comitiva ha de pasar precisamente por el calvario, hasta donde le acompaña el clero; aquí se despi- de el duelo; sin embargo, muchos, aun no siendo de la familia, acompañan al cadáver al cementerio.

7) Antiguamente se llevaba el cadáver á la iglesia; pero ahora, como he dicho, se le lleva al calvario y se le coloca al pie de una cruz que existe á la puerta de la iglesia del convento de franciscanos, que está enclavado en el mismo calvario, donde se le reza el último res- ponso.

c) Sepelio:

1) El sepelio lo verifican á presencia de los indivi- duos de la familia; cuando se hace en tierra, los parien- tes más próximos arrojan un puñado de ella antes de cubrir la sepultura. No se coloca en posición determi- nada el cadáver ni se deposita en la tumba ningún ob- jeto.

2) No se verifica ningún reparto con motivo del en- tierro.

D) Prácticas posteriores al entierro:

a) Regresan únicamente á la casa mortuoria los in- dividuos de la familia.

b) Las visitas de pésame se hacen después de los nueve días siguientes al fallecimiento, siendo la fórmula más usual y casi la única la de «Molts anys que vixquen pera encomanarli l'anima á Deu», á lo que se contesta «en vida de vosté.»

c) No es costumbre que coman en la casa mortuoria los que han acudido al entierro.

d) Prácticas religiosas:

1) Á ser posible, se celebra el funeral al día siguien- te de la defunción, antes del entierro, haciéndose única- mente la ofrenda de dos cirios enlutados.

2) En la casa mortuoria, durante los nueve días si- guientes al entierro, se reza el *Santo Rosario*, á cuyo acto acude la familia y vecindario.

3) También se hacen limosnas á los establecimientos benéficos en sufragio del alma del difunto, según la posición de la familia.

E) El culto de los muertos:

a) Ideas populares respecto á los muertos:

1) Entre la gente del campo, principalmente las mujeres, se cree á puño cerrado en las apariciones, fantasmas, ánimas en pena, etc. De muy reciente (dos meses hará) se cita un caso de una aparición de una joven, muchos años ha muerta, á una amiga suya, encargándole dijera en su casa que le faltaba el sufragio de cuatro misas para salir del purgatorio y que las mandasen celebrar á su intención. También dicen que hay casas en las que se oyen por la noche grandes ruidos, los cuales se deben á que las almas de los difuntos arrastran grandes cadenas y hierros. Los medios para librarse de todo esto consisten en cumplir todas las mandas pías que hayan dejado los difuntos y aplicar en su sufragio misas y rosarios.

2) No existe ninguna creencia relativa á los muertos violentamente. En lo antiguo, en los sitios donde era muerto alguno, lo mismo que cuando lo era de desgracia, se colocaba una cruz; los transeuntes rezaban un *padre nuestro* por el alma del difunto y colocaban una piedrecita en su pedestal, acudiendo de cuándo en cuándo la familia á recogerlas. La revolución de Septiembre, que repercutió fuertemente en esta población, después de destruir una hermosa capilla dedicada á la Virgen del Rosario é intentar hacer lo propio con la iglesia del convento, acabó con todas las cruces, respetando únicamente una, que aún existe, llamada de Pere Mora.

b) Conmemoración de los muertos:

a') Conmemoraciones durante el año:

1) La conmemoración que se hace durante el año por los difuntos en la familia puede reducirse al rezo de oraciones en su sufragio.

2) También se celebran á su intención misas, principalmente en los días del mes en que ha ocurrido su fa-

llecimiento, sin que se fije el número de candelas que se encienden.

b') Al primer aniversario del fallecimiento se celebra una *Misa de Requiem*, á la que se invita á la familia, amigos y vecindario, dándose también el pésame, como en el funeral, á la salida de la iglesia.

c') El día de Difuntos:

1) La visita del cementerio se hace la víspera del día de Difuntos por la tarde y dicho día por la mañana para oír la misa que se celebra en su capilla.

2) Regularmente no se adornan más que las sepulturas de los niños; en las de los adultos sólo se encienden luces.

3) No hay ninguna casa en la que en este día no se rece el Rosario y otras oraciones en sufragio de los difuntos. Se encienden al toque de vísperas, y no se apagan hasta concluídos los oficios del día, luces de aceite, encendiendo algunos tantas como fallecidos haya en la familia.

4) Existe desde tiempo inmemorial la costumbre de celebrar la víspera del día de Difuntos, al toque de almas, un solemne Rosario público, que recorre las principales calles de la población, acudiendo á él gran número de fieles. En esta noche los serenos no anuncian las horas.

5) No existe ninguna otra costumbre, creencia ni superstición dignas de notarse.

F Cementerios:

a) El cementerio está situado á unos diez minutos del pueblo, habiéndose prohibido edificar más hacia allá.

b) Tiene orientación Norte, no observándose en los de los pueblos vecinos ninguna determinada.

c) Disposición interior:

1) En la actualidad existen dos clases de sepulturas, en nichos y en tierra. Se han empezado ya las obras para dar más capacidad al cementerio y está en proyecto la construcción de algunos panteones.

2) Se indica la sepultura en los nichos por medio de

lápidas con sus correspondientes inscripciones, y en tierra, por medio de cruces, que son de mármol ó de madera. No se adornan las sepulturas, á no ser las de los párvulos, en el día de Difuntos, como queda indicado. No existiendo ningún sitio destinado á la cremación de los huesos, ésta se verifica en cualquier punto del cementerio.

d) Disposición exterior:

1) Están incrustados en las paredes de los ángulos exteriores azulejos con alegorías de la muerte y otros que representan almas del purgatorio con inscripciones y versos adecuados.

2) No es costumbre empotrar en las tapias huesos y calaveras.

e) No existe ninguna creencia ó superstición respecto á los fuegos fatuos, etc.; pero sí que infunde profundo respeto y veneración este recinto.

G) Refranes y consejas:

Se usan algunos refranes tales como:

Al qu'es mor, terra damunt.

Que indica que no se siente la muerte de álguien, y se emplea cuando el que muere, por sus cualidades morales y sentimientos, es una escoria social.

También se usa con mucha frecuencia el siguiente:

El mort á la terra
y el viu á la guerra.

Y el ya dicho:

Lo qu'en la camiseta es pien
en la mortalleta es deixa.

ALFREDO TORRENT.

ALGUNAS CONTESTACIONES

PARA

EL AVERIGUADOR POPULAR DE "EL LIBERAL"

VII

493.—**Arquímedes y los espejos ustorios.**

De tiempo inmemorial conócense estos espejos. Los atenienses servíanse de un vaso cóncavo de oro pulimentado, que exponían á los rayos del sol cuando deseaban encender el fuego sagrado.

Los espejos ustorios pueden ser de varias materias y presentar distintas formas, con tal de que sirvan para reflejar en un punto más ó menos lejano, llamado foco, los rayos solares cuando á ellos se expongan.

El célebre geómetra griego Euclides, autor de los *Elementos de Arquitectura*, que floreció trescientos años antes de la era cristiana, fué el primero que expuso la teoría de los espejos ustorios, y Arquímedes, matemático, griego también, parece haber sido quien puso en práctica la teoría para un hecho célebre en los Anales de la Historia. Dícese que Arquímedes, valiéndose de un espejo ustorio de grandes dimensiones, incendió la flota romana que doscientos quince años antes de Jesucristo fué á sitiar la ciudad de Siracusa donde á la sazón residía el citado matemático.

No nos extraña, pues, que por medio de « El Averiguador Popular » se pregunte aún si es cierto el hecho que acabamos de referir, del cual nos hablan algunos historiadores antiguos y mencionan varias obras de Fí-

sica, hecho cuya veracidad tantas polémicas ha levantado, dando lugar á una infinidad de pruebas, sobre todo en los tiempos modernos, para cerciorarse de la « posibilidad » del resultado alcanzado por Arquímedes, « según cuentan las Crónicas ».

I

Los hombres capaces de comprender á Arquímedes admiran menos los inventos de los modernos.

LEIBNITZ.

Pocos datos tenemos de la juventud é instrucción de Arquímedes. Nació en Siracusa, capital del reino de Sicilia, doscientos ochenta y siete años antes de la era cristiana, época en que dicha isla estaba en muy buenas relaciones con Cartago. Su padre, Fidias, conocido matemático que se ocupó en precisar la distancia que media entre la Luna y la Tierra, fué el primer maestro de su hijo hasta que éste pasó á Egipto, probablemente para ir á estudiar en la Escuela de Alejandría.

En Egipto, donde permaneció Arquímedes muchos años, inventó varios aparatos entre los cuales figura el tornillo que lleva su nombre y hace oficio de sifón, sirviendo admirablemente entonces para sacar el agua de los campos inundados por el Nilo; hoy tiene el espiral muchísimas aplicaciones en la Mecánica. Sin embargo, no faltan autores que opinan que Arquímedes perfeccionó únicamente dicho tornillo, por estar ya en uso cuando él fué á Alejandría; pero esto no puede probarse.

Después de su larga permanencia en el país de los Faraones, donde trabó amistades con el geómetra y astrónomo alejandrino Conón y con el sabio matemático griego Dositeo, á quien está dedicada la mayoría de las obras que de Arquímedes conocemos, regresó á Sicilia, estableciéndose en Siracusa, la capital, bajo la protección del rey Hierón, su pariente y admirador, quien le ofreció condiciones y ventajas capaces de colmar las

ambiciones de un hombre; pero Arquímedes, de natural sencillo y modesto, como todo sabio, no desempeñó jamás cargo alguno del Estado y se ocupó únicamente de trabajar en el invento y construcción de varios aparatos útiles á su pueblo. Era tanto el amor de Arquímedes para el estudio, que « vivía encantado por una especie » de sirena doméstica, por la cual se olvidaba de beber » y de comer, descuidando hasta su propio cuerpo », según nos dice Plutarco en la *Vida de Marcelo*.

Las aplicaciones de la mecánica preocupaban preferentemente la atención de Arquímedes, y, sin cesar, iba construyendo nuevos aparatos.

— Si existiera otra Tierra, — dijo un día al rey, — y pudiera trasladarme á ella, con el auxilio de una sencilla palanca levantaría yo esta que habitamos.

Sorprendido el rey de semejante aserto, contestó al atrevido mecánico:

— Á ver, pues, cómo me lo demuestras moviendo una masa considerable con poca fuerza.

Transcurridas algunas semanas, veíase en un hermoso día de primavera, en que el sol brillaba con todo su esplendor, concurridísima la dorada playa de Siracusa. En ella estaba pomposamente el rey Hierón rodeado de su servidumbre, y no lejos de él hallábase Arquímedes con su sin igual sencillez y característica abstracción, sentado junto á un juego de cuerdas y poleas clavado en la arena, las cuales movía el célebre mecánico con facilidad suma por medio de un torno, mientras se aproximaba hacia la orilla una embarcación de las de mayor tonelaje del puerto, cargada hasta los topes y llena de gente. A medida que la galera arrastrada por una cuerda iba deslizándose sobre aquel pacífico mar de turquesa y se acercaba cada vez más á las manos de Arquímedes, aumentaba la admiración y crecía el aplauso entre los siracusanos, sin conseguir por eso distraer al ilustre mecánico, que, con la vista fija en la nave, proseguía rodando el torno sin esfuerzo ni dificultad alguna.

Cicerón y Claudiano hablan con verdadera admiración de una esfera celeste construída por el geómetra siciliano. Esa esfera, movida por un mecanismo ingenioso, representaba los movimientos de los astros con relación á su velocidad respectiva.

También mandó construir para su rey una embarcación inmensa cuya disposición nos ha legado Ateneo. Y nada imposible parece que esa nave tuviese como agente motor una hélice ó tornillo de Arquímedes.

Arquímedes hizo en la hidrostática descubrimientos notables, por ejemplo: el fijar las leyes del equilibrio de los cuerpos sumergidos en el agua. Él fué, como se leerá perpetuamente en todos los tratados de Física, quien descubrió la ley: « Todo cuerpo sumergido en un flúido » pierde un peso igual al del flúido que desaloja », principio fundamental de hidrostática y conocido con el nombre de « principio de Arquímedes ».

Dícese que el hallazgo de este principio se debe á haber entregado el Rey á su geómetra una corona que se había mandado hacer, — dando él el oro, — con objeto de averiguar si el platero había mezclado en ella plata, quedándose el precioso metal, lo cual sospechaba Hierón; mas siendo exquisito el trabajo, no quiso mutilarlo, y para cerciorarse de su sospecha, decidió acudir á su pariente el ilustre físico.

Muchos días habían transcurrido sin que Arquímedes pudiese complacer al rey, no obstante de sus muchos deseos é incesantes trabajos para conseguirlo, cuando una mañana, hallándose Arquímedes en el baño, observó que sus piernas sumergidas en el agua perdían gran parte de su peso, y su genio entrevió en el acto los elementos de su gran principio hidrostático referido. En medio de su entusiasmo, dícese que salió del baño precipitadamente y, á medio vestir, cruzaba la calle de su casa corriendo y gritando en griego, que era su lenguaje: ¡*Eureka!* ¡*Eureka!* (¡Lo hallé! ¡Lo hallé!) Y, efectivamente, halló el medio de determinar el peso específico de todos los cuerpos tomando el peso del agua por

unidad. Fuéle entonces cosa fácil analizar la corona de Hierón sin mutilarla, y eso le dió lugar de complacer una vez más á su monarca, precisando la cantidad de plata que el astuto platero habia puesto en la corona en cambio del oro que defraudó.

Después del tiempo transcurrido desde que vivía el célebre Arquímedes, difícil es hoy poner en claro la verdad de los hechos que se le atribuyen (1), así como imposible es ya de conocer el orden cronológico de sus descubrimientos ó la época en que escribió las obras que han llegado á nuestros tiempos. Éstas se publicaron por primera vez en Basilea, el año 1544; después las reimprimió Torelli en Oxford, 1792, y últimamente Heiberg ha hecho, en Leipzig, una edición mejor y más completa que las anteriores, ordenándolas del siguiente modo:

- 1.º — *Primer libro del equilibrio de los planos.*
- 2.º — *Cuadratura de la parábola.*
- 3.º — *Segundo libro del equilibrio de los planos.*
- 4.º — *Sobre la esfera y el cilindro. (Dos libros.)*
- 5.º — *Sobre los espirales.*
- 6.º — *Sobre los conoides y los esferoides.*
- 7.º — *Medida del círculo.*

Á la muerte del rey de Sicilia, que no dejó de contristar á su geómetra y pariente, sustituyóle Jerónimo, hijo de Hierón, el cual murió al poco tiempo de haber ocupado el solio de su padre. Entonces el general siciliano Hipócrates quiso usurpar el trono y, por merecer

(1) Algunos biógrafos modernos de Arquímedes descartan todos estos hechos tan conocidos y que aparecen en casi todas las biografías del sabio siracusano. No habiendo hasta ahora nuevos motivos para rechazarlos ni para afirmarlos, hemos optado por insertarlos tal como han llegado á nuestros tiempos, dándoles siempre carácter de positivos. Una vida de Arquímedes sin estos hechos, reales ó legendarios, nos parecería incompleta.

De todos modos, no debemos perder de vista que la vida y seriedad de los sabios de nuestros días han de ser « muy » distintas de las que llevarían los sabios de la antigüedad, y que ciertas cosas que hoy parecerían ridículas en un hombre de ciencia, distarían mucho de parecerlo dos mil doscientos años atrás.

este favor y agradar á la aliada Cartago, rival de Roma, principió por pasar á cuchillo todos los romanos que se hallaban alrededor de la ciudad de Leoncio (Cicilia) (1).

Ignórase cómo recibió Cartago esta noticia, pero sí sabemos de qué modo fué apreciado en Roma tal ultraje: con un grito unánime de dolor y de venganza. Roma juró destruir Siracusa, é inmediatamente envió fuerzas á Sicilia al mando del general Apio, y no se hizo esperar allí el cónsul Marcelo, quien se puso al frente de un poderoso ejército y armada.

Pronto tomaron los romanos por asalto la ciudad de Leoncio, sin molestar en lo más mínimo á los leontinos una vez ganada la plaza, pero apalearon y quitaron la vida á los desertores, según ordenó Marcelo.

Azorado huyó Hipócrates ante la victoria de Marcelo, y fué á refugiarse en Siracusa, ciudad bien amurallada y capital de Sicilia, diciendo al entrar á ella, que Marcelo hacía degollar sin compasión á todos los leontinos. Esta impostura del general gobernador siciliano era con intento de levantar los ánimos de los siracusanos contra Roma y hallar el apoyo de la ciudad, como lo obtuvo en efecto.

No tardaron los romanos en presentarse ante Siracusa y, por medio de sus enviados, hicieron saber á la ciudad lo ocurrido en Leoncio; pero todo fué inútil, puesto que el traidor Hipócrates había ya revolucionado á los siracusanos contra Roma, con objeto de lograr el intento de coronarse.

En vista de la actitud hostil de Siracusa, la cual se negó á someterse á los romanos, decidió Marcelo sitiarse por tierra y por mar. Las disposiciones del cónsul estaban tan bien dadas y poseía tan buenas máquinas para atacar las murallas de la ciudad y asaltarlas, que los romanos creían en la ruina inminente de Siracusa.

Pero ellos no habían contado con que allí vivía el sa-

(1) *Leontium*, ciudad antigua de Sicilia y situada al Norte de Siracusa.

bio Arquímedes. Entonces fué cuando el distinguido geómetra y mecánico á la vez desplegó toda su actividad científica para contrarrestar el sitio impuesto á Siracusa por los romanos en el año 215 antes de J. C.

Varios de los aparatos mecánicos inventados por el matemático siracusano durante su juventud, y que no habían pasado de inofensivos juegos de mecánica, sirvieron de base al autor del centro de gravedad para convertirlos en armas poderosas defensivas y ofensivas contra los sitiadores. Arquímedes construyó unas máquinas con las cuales arrojaba, como lluvia, gran cantidad de proyectiles de mucho peso y eran lanzados con tal impulso, que sembraban la muerte y el espanto entre los sitiadores capitaneados por el valeroso cónsul Marcelo.

Arquímedes, sólo con sus máquinas, sus invenciones y su táctica, sostuvo la plaza contra los ejércitos que por tierra y por mar la sitiaron ó bloquearon tres años seguidos, consiguiendo muy pronto que el enemigo se contentara con bloquear Siracusa, pues de ningún modo podía acercarse á sus murallas sin experimentar desastrosa derrota. Cedamos ahora la palabra á Plutarco quien, en la citada *Vida de Marcelo*, nos dará á conocer la magia de los aparatos del invicto mecánico siciliano, y el efecto que éstos producían al acercarse los romanos á la ciudad sitiada:

« Marcelo se aproximó al mismo tiempo por tierra y » por mar. El ejército estaba bajo las órdenes de Apio, » y Marcelo mismo se adelantó al frente de sesenta ga- » leras á cinco hiladas de remos, provistos de proyecti- » les y de toda clase de armas, además de ocho bar- » cos unidos entre sí, formando un gran puente sobre el » cual se levantaba una máquina especial para derribar » las murallas. De este modo bogaba hacia la ciudad, » confiando en el gran tamaño y potencia de sus pertre- » chos, lo mismo que en su propia reputación.

» A todo esto, Arquímedes desconocía completamen- » te el valor é importancia de esas máquinas que, de

» todos modos, nada significaban comparadas con las su-
 » yas. »

.....
 « Al doble ataque de los romanos enmudeció Siracu-
 » sa presa de estupor y azoramiento. Nada tenía para
 » oponer ante un ejército tan poderoso; pero Arquíme-
 » des principió entonces á hacer maniobrar sus má-
 » quinas.

» En seguida el ejército de tierra se vió acometido
 » por una lluvia de proyectiles de toda especie y de
 » piedras enormes arrojadas con tal impetuosidad é
 » increíble fuerza, que nadie podía resistir el choque y
 » echaban al suelo á cuantos alcanzaban, sembrando
 » el desorden en las filas. En cuarto á la armada, pue-
 » de decirse que tan pronto eran maderos lo que apa-
 » recía á lo alto de la muralla y se precipitaba sobre
 » las naves, pesando por su propio peso y por el im-
 » pulso que se les daba, como garfios de hierro seme-
 » jantes al pico de las grullas que levantaban las naves
 » y las mantenían derechas con la proa al aire y la popa
 » baja, hundiéndolas en las olas, ó bien las atraían
 » arrastrándolas y las hacían dar vueltas sobre ellas
 » mismas, ó las estrellaban contra los escollos y las
 » puntas de rocas que bordaban el pie de las murallas,
 » y la mayoría de los que las tripulaban perecían aplas-
 » tados por los mismos golpes que recibían. A cada mo-
 » mento veíase alguna nave así levantada, oscilando so-
 » bre el mar, espectáculo que hacía estremecer. Allí
 » estaba suspendida dando vueltas en el aire y los hom-
 » bres rodando precipitadamente por el puente, siendo,
 » por fin, lanzados con violencia, como por una honda.
 » Una vez vacía la nave, estrellábase ó hundíase en el
 » mar, cuando los garfios soltaban la presa. »

« La máquina que Marcelo hizo adelantar sobre su
 » gran puente, se llamaba « sambuca » (1). Dirigiase

(1) Máquina antigua de guerra formada por un armazón de made-
 ros, cuerdas y poleas, sosteniendo una plataforma que subía y baja-

» hacia la muralla, pero antes de llegar á ella Arquí-
 » medes le lanzó una piedra del peso de diez talen-
 » tos (1), en seguida una segunda y después una terce-
 » ra, las cuales al caer sobre la máquina con la impetuo-
 » sidad del rayo, producían gran estallido y trituraron
 » la base haciendo sacudir de tal modo el armazón del
 » puente, que bien pronto hizose anicos. Marcelo, no sa-
 » biendo ya qué hacer, no tardó en alejarse, con su flota,
 » y dió orden al ejército de retirarse también. Tuvieron
 » su consejo y resolvieron ensayar, durante la noche, si
 » les era posible llegar hasta las murallas. Las máquinas
 » empleadas por Arquímedes, — decían ellos, — tienen
 » tanta fuerza, que lanzaban los proyectiles por nuestras
 » cabezas; si nos acercamos estaremos perfectamente
 » al abrigo de ellos.

» Mas parece que Arquímedes había tomado de ante-
 » mano sus medidas hasta contra ese inconveniente,
 » pues disponía de máquinas cuyo alcance fuese propor-
 » cionado á todas las distancias que se colocara el ene-
 » migo y, desde cerca, las descargas se sucedían casi
 » sin interrupción. Había hecho numerosos agujeros en
 » las murallas, muy cercanos unos de otros, y prepara-
 » do escorpiones (2) de regular fuerza, pero á propósi-
 » to para herir de cerca é invisiblemente al enemigo.»

« Una vez llegados los romanos junto á la muralla
 » creíanse á cubierto, cuando estaban expuestos preci-
 » samente á más peligros y amenazados por mil dardos,
 » pues las piedras les caían de lo alto sobre sus cabezas,

ba, y era además giratoria, con objeto de poder servir de puente so-
 bre las murallas de una ciudad y asaltarla, al propio tiempo que faci-
 litar el poder abrir boquetes en muros y edificios. Tomó el nombre de
 la sambuca, instrumento con cuerdas ó arpa antigua, debido á su se-
 mejanza en la forma

(1) Unos 300 kilos.

(2) Máquina de guerra en forma de ballesta que usaban los anti-
 guos para arrojar piedras, las cuáles cogía la misma máquina con una
 especie de tenazas que parecían los palpos del escorpión; de ahí el
 nombre que se dió á dicho aparato, no muy bien conocido aún, qui-
 zás por haberlos de varias clases.

» y de todos los puntos de la muralla se lanzaban proyectiles contra ellos. Retiráronse por fin los romanos, pero á medida que iban alejándose de las murallas, otras piedras les alcanzaban en su retirada, perdiendo mucha gente. Sus barcos chocaban con violencia, siéndoles imposible hacer daño alguno al enemigo. Arquímedes había dispuesto la mayoría de sus máquinas detrás de las murallas, y era una mano invisible que hacía llover toda clase de calamidades sobre los romanos. Aquello parecía un combate contra los dioses. »

« No obstante, Marcelo escapó del peligro, y cambiando de sus operarios é ingenieros, les dijo: « No cesaremos por esto de hacer la guerra á ese geómetra, que toma nuestros barcos por copas para sacar agua del mar, que abofetea ultrajosamente y derriba la sambuca, y que sobrepuja á ese gigante mitológico de cien brazos al lanzar contra nosotros tantos dardos á la vez. » En fin, toda la población de Siracusa era el cuerpo y Arquímedes solo el alma la cual hacía mover y funcionar todas las máquinas, mientras las armas descansaban, pues sólo empleaba las suyas tanto para el ataque como para la defensa. Por último, fué tal el miedo de los romanos, que cuando veían colgar de la muralla el menor cabo de cuerda, ó salir la punta de algún madero, cambiaban de rumbo y huían gritando: « ¡Será otra máquina que Arquímedes prepara contra nosotros! » En vista de lo dicho, Marcelo renunció á dar más combates é intentar nuevos asaltos, resolviendo cambiar el sitio en bloqueo » (1).

Mucho, pues, se prolongaba el bloqueo de Siracusa sin poder asaltarla ni rendirla, gracias á Arquímedes, cuando habiendo caído prisionero un tal Damipus, espartano, que salía de Siracusa por mar, deseando mucho rescatarle los sitiados, lo propusieron á Marcelo, y con este motivo hubo necesidad de parlamentos entre este

(1) *Vida de Marcelo.*

cónsul y uno de los jefes que defendían la plaza; mas al acercarse aquél con objeto de conferenciar, fijóse en que una de las torres de la muralla estaba guardada con cierto descuido. En consecuencia hizo Marcelo preparar escaleras, y aprovechando la obscuridad de la noche, penetraron sus tropas en la citada torre, rompieron una puerta, y ocuparon, sin ser vistos, aquel lado de la ciudad, mientras los siracusanos, muy confiados, estaban celebrando un gran festín dedicado á Diana.

Júzguese, pues, del asombro de los sitiados al verse así sorprendidos por las armas de Marcelo, quien principió el ataque y no tardó en apoderarse de la ciudad, aun cuando dicese que la traición ayudó á favorecer su empresa.

Arquímedes fué precisamente una de las primeras víctimas del furor de los romanos, según nos refiere Plutarco en la citada obra. Oigamos sus versiones:

« Solo estaba Arquímedes reflexionando con respecto
 » á una figura de geometría, teniendo los ojos y el pensamiento embebidos en la meditación, sin haberse
 » aún dado cuenta del ruido que hacían los romanos al
 » correr por la ciudad, ni de que ésta hubiese caído ya
 » en manos de los sitiadores, cuando se le presenta un
 » soldado dándole orden de seguirle para presentarlo
 » á Marceio. Arquímedes quiso resolver antes el problema y establecer su demostración, pero encolerizado
 » el soldado sacó su espada y lo mató. Otros dicen que
 » el romano se precipitó directamente hacia él con la
 » espada desnuda para matarle y que Arquímedes le
 » rogó y suplicó aguardara un instante, para no dejar
 » su problema sin concluir y sin la consiguiente demostración; pero el soldado, desentendiéndose de problemas, lo degolló. Existe aún una tercera narración:
 » Arquímedes traía á Marcelo instrumentos de matemáticas, como relojes de sol, esferas, ángulos para medir
 » á ojo el tamaño del Sol; pero habiéndolo encontrado
 » algunos soldados, quienes se figuraron que era oro lo
 » que llevaba en la caja, lo mataron. »

Cuando pereció el físico de Siracusa contaba ya setenta y cinco años de edad.

Asegúrase que Marcelo sintió la muerte de Arquímedes, cuyo saber admiraba sinceramente, y trató con particular distinción á su familia. En cuanto al soldado que asesinó al venerable anciano, Marcelo le odió tanto, que lo entregó al suplicio.

El entierro del infatigable defensor de Siracusa se celebró con gran pompa, y vencedores y vencidos pagaron el tributo de sentimiento y admiración por el inmortal geómetra siciliano. Sobre su tumba grabóse una esfera dentro de un cilindro para designar los descubrimientos que Arquímedes más apreciaba, conforme lo había prevenido en su testamento.

Murió, pues, Arquímedes en el año 212 antes de J. C.

Un siglo después de la muerte del ilustre siciliano había degenerado tanto la ciudad de Siracusa que, hallándose en ella Cicerón en calidad de Magistrado, y deseando visitar la sepultura del gran ciudadano y sabio famoso para tributarle el homenaje merecido, nadie de la ciudad supo enseñársela por ignorarse ya su paradero. Cicerón mismo tuvo que buscarla y mostrarla aún á los descendientes del célebre geómetra, como así nos lo dice en su obra *Tusculanes*, « disertaciones sobre el desprecio de la muerte y el destino del alma »:

« Hallándome en Sicilia en calidad de Magistrado,
» hice cuanto pude para descubrir la tumba de Arquí-
» medes. Los siracusanos afirmaban que no había exis-
» tido nunca, pero por fin la hallé rodeada de espinos.
» Hice este descubrimiento guiado por una inscripción
» que se decía haberse grabado en su monumento, la
» cual decía que estaba coronada por una esfera y un
» cilindro. Recorriendo con la vista las numerosas tum-
» bas que se encontraban hacia la puerta de Agrigente,
» me fijé en una pequeña columna que, levantándose
» entre zarzales, hallábase en ella la figura de una es-
» fera y de un cilindro. En el acto exclamé delante de
» los principales habitantes de Siracusa que estaban

» conmigo: « ¡He aquí lo que buscaba! » Varias personas se encargaron de cortar los zarzales para descubrir el monumento y vimos la inscripción medio borrada debido á la acción del tiempo. »

« Así la más noble y en otro tiempo la más docta ciudad de las ciudades de Grecia ignoraba ya dónde se hallaba la tumba del más ilustre de sus ciudadanos, si un hombre de Arpio (1) no se la hubiese enseñado. »

II

Sea lo que fuere, este invento hallase en el caso de muchos otros de la antigüedad que han desaparecido porque, ante la dificultad de volver á hallarlos, se ha preferido la facilidad de negarlos; y los espejos ustorios de Arquímedes estaban ya tan desacreditados, que parecía imposible restablecer su reputación.

BUFFÓN.

Los varios aparatos mecánicos que Arquímedes construyó no podemos conocerlos por no haberlos descrito, al menos en las obras que de él han llegado á nuestros días. Algunos los conocemos por referirnoslos Plutarco, Polibio y Tito Livio, aunque somera é imperfectamente, pues desconociendo estos excelentes historiadores las ciencias físicas, nos dan muy vagas noticias de esos aparatos, sin enseñarnos nada con respecto á su disposición.

Es cierto que los tres graves y concienzudos historiadores antiguos que acabamos de nombrar, griegos los dos primeros y latino el otro, nada dicen del espejo ustorio de Arquímedes, y ello ha dado lugar á que otros escritores medios y modernos lo nieguen rotundamente; pero hay que atender á que nos lo dan como cierto el

(1) Se refiere á él mismo, que era hijo de Arpio (*Arpinum*).

matemático griego Herón de Alejandría, que vivía tres siglos antes que J. C., Diodoro de Sicilia, historiador griego del primer siglo de nuestra era, y Pappo, geómetra griego residente en Alejandría el siglo cuarto de la era actual. Estas autoridades en contra y en favor del consabido hecho del eminente físico siracusano se balancean mutuamente; pues mientras que Herón era anterior á Polibio, y Diodoro y Tito Livio eran contemporáneos, Pappo es posterior á Plutarco.

Verdad es que la obra de Herón en la cual nos habla del sitio de Siracusa ha desaparecido ya; mas se conservaba aún en el siglo XII, y los pasajes que al espejo ustorio de Arquímedes se referían fueron consultados por Zonaras y por Tzetzes, escritores del citado siglo.

Eustato, historiador griego que vivió probablemente en el siglo VII, refiere el hecho de Arquímedes con respecto á su famoso espejo ustorio, en su obra sobre las *Antigüedades de Capadocia, su cuna y otros países*.

Juan Zonaras, historiador bizantino, muerto en el año 1130, que no era suficientemente instruído para inventar cosa alguna y menos de física, cuenta en sus *Anales* (1),— que abarcan desde la creación del mundo hasta la muerte de Alejandro Comeno, en 1118, según los antiguos textos,—el incendio de la escuadra de Marcelo por el sabio Arquímedes « por medio de los rayos solares » reunidos y reflejados por un espejo ». Y añade que « Proclo, en tiempo del emperador de Oriente, Anastasio I, tomando ejemplo del gran geómetra de Siracusa, en el año 514 se sirvió de los espejos ustorios para abrasar, al frente mismo de Constantinopla, la flota del bárbaro Vitelio que pretendía apoderarse de la citada ciudad ».

Juan Tzetzes, gramático y poeta griego del siglo XII, apoyándose en las mencionadas autoridades, y otros textos al efecto consultados, explica del siguiente modo el mecanismo del espejo ustorio de Siracusa:

(1) Siete vol. en fol., impresos en Basilea, 1557.

« Las naves de Marcelo estaban fuera del alcance de
 » los proyectiles, cuando Arquímedes giró sobre ellas
 » un espejo exágono compuesto de varios espejos pe-
 » queños, teniendo cada uno 24 ángulos, los cuales po-
 » dían moverse por medio de charnelas y de algunas
 » planchas de metal. Colocó dicho espejo de suerte que
 » el meridiano de invierno y el de verano pasasen por
 » su centro, de manera que los rayos del sol al herir la
 » superficie del espejo y cruzarse después, encendieran
 » gran fuego, con el cual redujo á cenizas las embarca-
 » ciones romanas, aun cuando estuviesen alejadas de
 » los disparos de la plaza. »

El sabio geómetra francés Carlos Bossut, que ayudó á Dalember en la Enciclopedia, en su *Essai sur l'histoire des Mathématiques*, nos relata el hecho del espejo de Arquímedes admitiéndolo como verdadero, sin ocuparse de la explicación que de él nos da Tzetzes. La movilidad de las embarcaciones no le parece inconveniente alguno para la acción de los espejos.

Una vez, hallándose en Siracusa el P. Kircher, jesuíta alemán del siglo xvii, bien conocido por la extensión de sus conocimientos, recordando á Arquímedes, trató de estudiar el hecho de su discutido espejo ustorio, pero acabó persuadiéndose de que éste, en vista de la situación de la escuadra enemiga, debía de tener dimensiones prácticamente imposibles. Sin embargo, dice Kircher, en su obra *Ars magna lucis et umbræ*, que se mandó construir un espejo ustorio conforme á la disposición que nos da Tzetzes del de Arquímedes, y consiguió acumular en el foco un calor considerable.

Pero Buffón quiso aclarar las dudas acerca del expresado espejo, y en 1747 construyó uno compuesto de 168 vidrios planos azogados (1), de ocho pulgadas de largo

(1) Los espejos egipcios, griegos, etruscos y romanos eran de metal: cobre, bronce y diversas aleaciones de plomo, plata, etc. Hasta la segunda mitad del siglo xiii no empezaron á fabricarse espejos de vidrio, los cuales vieron la luz primera en la adelantada Venecia. En

por seis de ancho, provistos de charnelas para moverles; y él mismo nos dice que, expuesto á los no muy ardientes rayos del sol de Abril, en París, consiguió encender la madera colocada á 150 pies de distancia del espejo, y derretir el plomo á 140 pies. La excelente *Memoria* (1) presentada por Buffón á la Academia de París dando cuenta de los resultados alcanzados por su espejo ustorio, promovió verdadero entusiasmo en favor de Arquímedes y contra Descartes, porque éste físico y filósofo había declarado imposible el hecho que nos ocupa.

Un sabio llamado Hoesen compuso en 1755 un potente espejo ustorio ó incendiario. Cubrió con finas láminas de latón un gran armazón cóncavo, resultando un perfecto espejo de un diámetro de cinco pies y tres pulgadas. Lo puso al sol, y colocando un trozo de amianto en el foco que proyectaba, en tres segundos lo convirtió en vidrio amarillo verdoso; en un segundo, el talco blanco se volvía vidrio negro; y en pocos instantes, las substancias más refractarias sufrían la vitrificación.

En 1775 Luis Dutens dió á la estampa, en París, un manuscrito de Antemio, arquitecto mecánico griego nacido á últimos del siglo v, manuscrito que existía en la Biblioteca Nacional de la nación vecina, y llevaba por título *El espejo ustorio de Arquímedes*.

Dos años después, ó sea en 1777, Dupuy, miembro de la Academia de Bellas Letras de Francia, publicó la traducción de un fragmento de Antemio, conteniendo cuatro problemas de Mecánica y de Drióptica, en los cuales háblase también de Arquímedes y de su espejo.

Antemio, que vivía en tiempos del emperador Justiniano I y era muy entendido en Matemáticas y Mecánica, puesto que construyó solo y en parte con Isidoro de Mileto la famosa Basílica de Santa Sofía, de Constantinopla, en la primera mitad del siglo vi, principia por

el siglo xiv los había ya en España, y así sucesivamente fueron introduciéndose en los demás estados de Europa.

(1) *Expériences sur la lumière et sur la chaleur qu'elle peut produire.*

hacer observar que Arquímedes no pudo emplear un espejo cóncavo, sino exágono, compuesto de varios otros, teniendo cada uno veinticuatro ángulos. 1.º Porque semejante espejo hubiera tenido que alcanzar dimensiones desmesuradas. 2.º Porque para hacer uso de esa clase de espejos es preciso que el objeto que se desea quemar se encuentre entre el espejo y el sol, y que precisamente la posición de las embarcaciones romanas, con relación á la ciudad de Siracusa, excluía esta disposición. Y en seguida explica Antemio el mecanismo empleado por Arquímedes, que es, á poca diferencia, el mismo que expuso Tzetzes, y tal como Buffón lo puso en práctica.

Después de los ensayos citados para demostrar la « posibilidad » del hecho de Arquímedes con su famoso espejo, que en caso debía de ser monstruo, se han construído otros, cuyos más notables son el de Septala, el de Villette y el de Tschirnhausen, en el siglo XVIII.

El primero era un espejo parabólico que incendiaba la madera á la distancia de 15 y 16 pasos.

El segundo es el del francés Villette, que se hizo célebre construyendo *miroirs ardents*, ó sea espejos ustorios, cóncavos ó incendiarios, como se dice en castellano. Uno de los espejos de Villette se expuso públicamente en Inglaterra, y se vió que en siete minutos fundía una moneda de plata.

El tercero, muy potente, era de cobre y medía 3,60 metros de diámetro. He aquí lo que se dice de él en las *Acta eruditorum* de Leipzig: « Incendiaba al instante la madera recién cortada del árbol; hacía hervir el agua; derretía el estaño y el plomo; ardía ó agujereaba todos los metales en pocos momentos; quemaba la piedra y todas las materias infusibles; blanqueaba la pizarra y la volvía vidrio negro; fundía el vidrio blanco y le transformaba en piedra pómez, y convertía el hueso en vidrio opaco ».

Sin embargo de lo dicho y de los autores citados que se han ocupado del célebre espejo de Arquímedes, que

tanta fama le ha conquistado al través de los siglos transcurridos, ese espejo monstruo ha sido discutido y aun negado. Mas si en la época moderna el espejo ustorio no ha abrasado escuadras enemigas, ha dado lugar á varias pruebas y ha encendido no pocas discusiones, aun en nuestros días, en los cuales se mira como una *filfa* histórica el renombrado espejo del célebre Arquímedes.

A pesar de los esfuerzos practicados, demostrando desde luego la energía del mencionado espejo, y, por tanto, la posibilidad del hecho que tratamos de esclarecer, y de los ensayos de Edison para aprovechar por medio de espejos ustorios el calor solar para la industria, y de cuanto nos ha dicho Flammarión sobre lo mismo, hasta el presente sólo hemos conseguido los apreciables resultados que nos complacemos en poner en conocimiento de los curiosos lectores, con objeto de que conozcan los espejos ustorios y su ya larga historia.

De lo expuesto se infiere, sin ningún género de duda, que Arquímedes, conocedor de la teoría de los espejos ustorios sentada por Euclides, la aplicaría desde luego cuando la flota romana sitiaba su ciudad natal, así como sabemos que echó mano de cuantos inventos y mecanismos estaban á su conocimiento y alcance para rechazar el sitio durante tres años con infatigable actividad, á pesar de su edad ya avanzada.

Que no consiguió Arquímedes su objeto con el espejo ustorio, aun cuando tal vez molestara con él al enemigo, parece ser lo más verosímil después de cuantos hechos y versiones hemos pasado en revista. Pero aun cuando Arquímedes no hubiese conseguido arder la escuadra de Marcelo,—no obstante de haber jugado con ella, como nos dice Plutarco,—no quita ello mérito alguno al insigne patricio siracusano que ha sido uno de los creadores de las ciencias Matemáticas en la antigüedad, á quien debe grandes descubrimientos la Geometría, y la Física importantes inventos, siendo además el verdadero fundador de la Hidrostática.

*
* *

Como nadie ha contestado á esta interesante pregunta, nos hemos decidido á hacerlo nosotros con objeto de esclarecer un hecho histórico y científico del cual todos tenemos noticia, pero que tan deficiente y mal expresado se halla en las Enciclopedias nacionales y extranjeras. Creemos, pues, que vale la pena de estudiarlo con alguna detención é imparcialidad en bien de todos, y éste ha sido nuestro único propósito al escribir esta contestación.

EL CURIOSO BARCELONÉS.

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA ⁽¹⁾

EL VAGO, EL VAGABUNDO Y EL MENDIGO

IV

Defender la ociosidad, la vagancia, sean los que se quieran el fin que se persiga y el alcance que se dé á la defensa, equivale á sostener, como ya hemos dicho, el mayor y el más dañoso de los absurdos, pues según con tanta razón cuanto buen sentido expresaba el Rey Sabio en su inmortal código las Partidas, del *home baldío*, esto es, del vago, *ningún bien resulta á la tierra*; y vituperar, envilecer y presentar cual indigno del hombre al trabajo, al empleo inteligente y continuado de la actividad humana en la producción, aun no llegando al extremo de algunas repúblicas de la antigüedad en determinadas épocas de su existencia, es buscar inevitablemente la ruina, la desaparición, pues del trabajo productivo viven, y por él se desarrollan, prosperan y se perpetúan las sociedades. y se perpetúan las sociedades. La ociosidad, sea de todos, lo cual es un imposible, sea de un número mayor ó menor, aunque los ociosos pertenezcan á la clase pudiente, produce inmensos males morales, económicos y sociales, no tan sólo á la colectividad en general, sino también á los individuos. Refiriéndose á ellos, ha dicho el notable antropólogo Mr. Descuret en su *Medicina de las pasiones*: «Nada bueno puede esperar la sociedad del perezoso, pues no hace ni más ni menos que un abispón en una colmena. Ciudadano inútil y que de

(1) Véase la página 459 de este tomo.

nada sirve al Estado, moriría como ha vivido, sin dejar señales de haber pasado por la tierra, si sus vicios ó la suma necesidad no le proporcionasen muchas veces la energía y la triste celebridad del crimen. En efecto, el juego, el robo, el asesinato, que prefiere al trabajo, le conducen con harta frecuencia de la cárcel al presidio y del presidio al cadalso. De 38.421 acusados perseguidos por los tribunales franceses del 1832 al 1841, vivían 11.369 en la ociosidad.»

Otro antropólogo que ha conquistado merecido renombre, Mr. Ch. Feré, abunda en las mismas ideas que Mr. Descuret respecto al particular que nos ocupa, si bien apreciando los efectos deletéreos de la ociosidad y los males á que dan lugar los vicios, bajo el punto de vista de la teoría degenerativa de que es sostenedor ilustre. Con efecto, en su *Degeneración y criminalidad* establece que «toda destrucción, sin transformación ulterior, de una cosa útil al hombre, constituye para la humanidad una pérdida cuyas consecuencias podrían encadenarse hasta llegar á la destrucción del mundo; que todo lo destructor, desde la ociosidad pasiva hasta los apetitos más monstruosos, constituye un acto dañoso; que todo autor de un acto de este género es un dañador; que por el solo hecho de vivir todo hombre consume cierta cantidad de materia útil, y es dañoso á toda la especie si no concurre material ó intelectualmente á la producción ó á la distribución de las materias de satisfacción; que la ociosidad no es más legítima que el suicidio; que no hacer nada, ó consumir superfluamente, produce inevitablemente un retardo en la acumulación de las cosas útiles, y de consiguiente en la adaptación progresiva; que la ociosidad fué la que perdió á las repúblicas griega y romana, á pesar de haber sido enérgicamente condenada por sus legisladores, y que Solón asimilaba la ociosidad al delito, y Sócrates preguntaba cómo podía ser honroso para los hombres libres el ser más inútiles que los esclavos».

Mr. Feré, refiriéndose al célebre reformador y escritor Luis Blanc, manifiesta que queriendo éste «sustituir con el honor del trabajo el móvil del interés, á fin de llegar á la justificación de la igualdad de los salarios, pretendió que en cada taller se colocara esta inscripción: «En una asociación de her-

manos trabajadores *todo perezoso es un ladrón*»; palabras que muy bien podrían extenderse á la colectividad general, pues todos los hombres, que son sus componentes, constituyen una á modo de hermandad, debiendo cooperar sin excepción alguna á la consecución del fin social común, por lo que aquel ó aquellos que á este fin no concurren y, sin embargo, consumen, roban á los demás cooperadores aquello de que precisan.

Marcando después todavía más sus ideas, añade: «*La ociosidad es, pues, un vicio*, y la sabiduría de las naciones ha reconocido que es la madre de los demás. Pero hay que reconocer que la pereza, más que los demás vicios, no está sometida á lo que se llama la voluntad; se halla en relación con los estados orgánicos inmediatos, á los que se denomina parálisis psíquicas». «La pereza tiende con frecuencia á una enfermedad particular de la voluntad, dice Alibert en la *Fisiología de las pasiones*. Por eso es un fenómeno común á muchas formas de la degeneración, á las neurasténias, al histerismo, á la hipocondría y á los estados análogos, á la epilepsia, á la criminalidad, á todos los estados de debilidad irritable. Por eso se la ve asociada con la ligereza, con la movilidad, con las manifestaciones explosivas. *El impotente que se deja llevar por la pereza está en camino de la criminalidad*. Las convulsiones sociales que con frecuencia suceden á las crisis comerciales, debidas, no como todavía se dice, no al exceso de producción, sino al exceso de consumo, tienen sus analogías en la vida moral de los individuos. Riqueza es poder, ha dicho Hobbes, y en sentido inverso, impotencia es pobreza, y el hambre es mala consejera. El dañoso por falta de producción es también, como el alienado y el criminal, consecuencia necesaria de sus antecedentes. Los impotentes, los alienados, los criminales, los decadentes de todo orden deben ser considerados como las mermas de la adaptación, como los inválidos de la civilización.»

Estas breves consideraciones de uno de los escritores de reconocida autoridad científica, y al mismo tiempo de los que por sus bien dirigidas y perseverantes investigaciones y experiencias mejor han comprendido y apreciado las deficiencias y los vicios de los individuos y de las colectividades y

sus causas, son, por una parte, cumplidísima contestación á las extrañas teorías de Beccaria, Garofalo y Lafargue y de algunos otros, y además, confirmación de cuanto venimos sosteniendo. La ociosidad determina un daño evidente para la sociedad y el individuo, y el ocioso, que consume y aun disipa, sin producir, es un dañador. Aquélla constituye un vicio, es madre de los demás, y conduce casi fatalmente al crimen; éste es un vicioso que con frecuencia suma, por una gradación ascendente, del vicio pasa al delito pequeño y de él al de mayor transcendencia. La ociosidad en los pueblos, una de las causas eficientes de su ruina, y la ociosidad de los individuos, obedecen á causas muy distintas, étnicas, orgánicas, fisiológicas, económicas, etc. El ocioso suele ser producto de un organismo débil ó viciado, de su perturbada ó atrofiada inteligencia, de los hábitos que contraiga, de los ejemplos que reciba, del medio ambiente en que se halla sumido. Dejar que la ociosidad se extienda por la sociedad es favorecer el desarrollo de los gérmenes de muerte; dejarla que se arraigue en el individuo es matarle. Esto es lo que confiamos en dejar bien establecido.

CAPÍTULO III

Desarrollo actual y caracteres de la vagancia y de la mendicidad, según Du Puy y Raoult de la Grasserie.—A juicio del Sr. Lorenzana, las cuestiones de la mendicidad y la vagancia forman una sola, la del pauperismo.—La pereza, la dejadez y la haraganería en sus relaciones con la ociosidad.—Causas de la pereza y caracteres del perezoso á juicio de Mr. Descuret.—Caracteres de los vagos y de los vagabundos, según Lombroso, Marro, Locattelli, Destrpwski y Despine.—Distinciones que á juicio de Mr. Benidikt y del Sr. Vida deben hacerse entre los llamados vagos, y cuáles son los elementos constitutivos de la vagancia y relaciones de ésta con la criminalidad.

I

Antes de entrar de lleno en el estudio antropológico y sociológico del vago, del vagabundo y del mendigo, considerándolos bajo sus distintos aspectos fisiológico, psicológico y social, y de hacerlo también, por su íntimo enlace, de la

vagancia, de la vagabundez y de la mendicidad, expondremos algo de lo manifestado en la *Revue Sociologique*, de París, por el distinguido sociólogo Mr. Raoult de la Grasserie, al apreciar el libro de Mr. Glubert du Puy referente á la vagancia y á la mendicidad, del desarrollo que han alcanzado y de los caracteres que en la actualidad revisten estas dos plagas que desde tiempo inmemorial, atenuadas unas veces, y exacerbándose otras, vienen fustigando á todos los pueblos.

Con mucha razón entiende Mr. de la Grasserie que «la cuestión de la mendicidad está á la orden del día», pues no tan sólo los hombres científicos, los Gobiernos y los legisladores, aunque aquéllos más que éstos, se preocupan de los términos en que se produce y se desarrolla en todos los países civilizados, siendo uno de los factores más poderosos de la delincuencia, especialmente de la profesional, sino que tal preocupación llega á personas al parecer las más indiferentes á tales cuestiones. Pero en este como en los demás problemas sociales, se han emitido muy distintas opiniones, y de esa divergencia ha provenido el apoyo de los unos á las actuales disposiciones legislativas, muchas de ellas durísimas, y las censuras, por parte de los otros, á tales preceptos, creciendo ó disminuyéndose una ú otra de estas direcciones en consonancia con los cambios experimentados por la opinión pública.

¿Cuál es la más robusta corriente de ésta en la actualidad? Á ello se refiere Mr. de la Grasserie en las siguientes líneas: «El vagabundo se ha hecho de moda, y el mismo mendigo es buscado. Por de pronto han sido los literatos, y los mejores de éstos quienes, buscando motivos nuevos, se han apercebido de ello. Comenzaron por la *demi mundana*, descendieron algo más, y concluyeron rehabilitándola más de lo que podía esperar; en seguida pasaron á la mujer adúltera, pero agotado el terreno, hubieron de dejar el elemento femenino para acudir al masculino. Entonces fué cuando se explotó al criminal, y como lo precisaban heroico ó inocente, primero de ópera cómica, después más real, hubieron de llegar al fin al *vagabundo*, ó si se quiere al *rondacaminos*, porque también, como este último, el vagabundo trabaja cuando el trabajo le agrada. Á los novelistas sucedieron los *politiquillos*, que encontraban

una mina fecunda—un juego de palabras,—que no cedía á las de los mineros, y en la categoría de los miserables, el vagabundo tenía derecho á cierto rango: no es por independendencia de carácter por lo que no quiere fijarse en ninguna parte, y si mendiga, es porque pertenece á un orden mendicante definido. Pero lo más curioso es que, sobre todo los magistrados, son los que, después de haber condenado en sus libros á esta clase interesante de ciudadanos, han intentado no menos metódicamente justificarla, lo cual prueba su buen natural y su flexibilidad de espíritu. Por de pronto, fué un presidente quien por este hecho se hizo célebre, alegando multitud de razones para una absolucíon; en seguida fué un abogado general quien manifestó conmiseración profunda por estos miserables, los cuales por su larga paciencia habían merecido este socorro de arriba, y últimamente sigue tal marcha en otro libro un honorable magistrado». Este último libro es el que Mr. La Grasserie somete á su escalpelo.

Novelistas, dramaturgos, politicastros y funcionarios del orden judicial, tales son los que, según el autor, siguiendo la débil corriente favorable á los vagos y á los vagabundos, han obrado algo sobre la opinión general, determinando hasta cierto punto una reacción de ésta en el sentido de que tales miserables, cual Mr. La Grasserie los llama, no son merecedores del rigor con que en ciertas épccas se les ha tratado, habiéndose producido con ello, cual lógica consecuencia, una muy perceptible agravación del mal. No nos detendremos discutiendo ahora esta cuestión, esencialmente jurídica; pero sí diremos que, al menos en nuestro país, no existe esa opinión favorable á los vagos y vagabundos, no se ha manifestado la literatura tan en correspondencia con la francesa, apenas se han cuidado nuestros numerosos políticos profesionales de este particular, y tampoco los funcionarios de la justicia histórica, en lo poquísimo que escriben, hacen estudio de ella, mencionándola tan sólo al glosar los Codigos. Pero sí es cierto que han desaparecido de éstos las penas y la represión de los vagos y vagabundos, y que á consecuencia de esta lenidad la plaga crece y va haciéndose más dolorosa.

Dicha cuestión adquiere cada día mayor importancia, no

solamente porque en las sociedades modernas son mucho más perceptibles que en las anteriores los males de todos los órdenes á que los vagos, los vagabundos y los mendigos dan lugar, no solamente porque tales estados del hombre se hallan en oposición abierta con la precisión, cada día mayor, del trabajo, sino porque la reacción contra sentimentalismos y teorías incomprensibles aumenta su significación ante la conciencia pública. Muchos son los estudios que, ya considerando el mencionado problema como uno solo, ya como tantos cuantos son sus elementos, han venido publicándose. De algunos de ellos vamos á hacernos cargo.

Á juicio del que fué notable publicista D. Juan Álvarez Lorenzana, la cuestión es una sola, pero de carácter eminentemente social, «cual lo demuestra el fenómeno de que lo mismo en la abigarrada legislación antigua que en la artística codificación moderna, el delito de la vagancia y el de la mendicidad válida y voluntaria, andan envueltos y confusos, y unidos por natural y estrecho vínculo; lo mismo por la antigua que por la moderna disciplina de la Iglesia, lo mismo desde que San Pablo dijo «el que no quiera trabajar, que no coma», que desde que la ley de Partidas, copiando la Novela ochenta de Justiniano, estableció que «los pobres baldíos fuesen echados de la tierra, á no ser que sean tan cuitados que estén para morir de hambre, en cuyo caso deben facerles algo magüer sean malos»; desde entonces hasta ahora, y mucho más ahora que entonces, la cuestión de la vagancia y de la mendicidad son dos cuestiones que marchan paralelas, son, mejor dicho, dos aspectos de una misma cuestión, del pauperismo ó *pobrisimo*». Fundados en ello, en este íntimo enlace y en la no menor relación que con la producción de los delitos tienen, es por lo que con frecuencia apreciaremos juntos los tres aspectos del con razón llamado por el Sr. Lorenzana problema del pauperismo, en el que, si tienen misión no secundaria el moralista y el jurisconsulto, la tienen más transcendental el antropólogo y el sociólogo.

II

La pereza, debida á causas orgánicas, es la principal determinante de la ociosidad y la vagancia, como el ocioso llega casi siempre, y aun podría augurarse que siempre, á tal estado por efecto de su pereza física y psíquica. Entre otros publicistas, así lo ha sostenido Mr. Descuret en su ya citada obra. «Llamábase en otro tiempo *paresia*—dice—á una pesadez, en la que había privación del movimiento y no del sentido. Puede decirse la pereza una habitual inclinación á permanecer en inacción y una complacencia en mantenerse en ella.» Según Gerard, «la pereza es un vicio menos intenso que la *haraganería* ó *desidia*; la primera parece efecto de temperamento, y la segunda, del carácter del alma». Según el mismo gramático, el término pereza debe aplicarse tanto á la acción del espíritu como á la del cuerpo, y la *haraganería* sólo á este último. El perezoso teme la pena y la fatiga que con el trabajo se experimentan, es lento en sus operaciones y más tardo en completar su obra. El *haragán* desea estar desocupado y huye del trabajo. La *dejadez*, la *indolencia* y la *haraganería* son, á mi ver, tres especies del género *pereza*, y el hábito de ellas da origen al *perezoso*. Por una disposición muchas veces involuntaria, el *dejado* no se mueve sino con suavidad y lentitud, el *indolente* trabaja, pero con indiferencia, y el *haragán* tiene una aversión concentrada á toda ocupación, tanto del cuerpo como del espíritu. De un modo general puede decirse que la *dejadez* procede de falta de fuerzas, la *indolencia*, de falta de sensibilidad, y la *holgazanería*, de falta de fuerza física y moral».

Todos estos caracteres que Mr. Descuret, ajustándose á los principios de la ciencia antropológica, asigna al *dejado*, al *indolente* y al *haragán* se encuentran reunidos en el *vago* en general, predominando los unos ó los otros, más ó menos, según que sea, ó meramente *vago*, ó *vago vagabundo*, ó *vagabundo mendigo*, y agregando á ellos otros elementos ó *estigmas* degenerativos, de debilitación física y moral en los nume-

rosos individuos que de estas categorías pasan á la de vagos, vagabundos y mendigos delincuentes. Tal viene á ser la opinión del mismo escritor. «La *desocupación*—dice,—estado de los que nada tienen que hacer, la *inacción*, estado de los que nada hacen, y la *ociosidad*, abuso de tiempo, estado de aquellos que lo emplean en cosas frívolas, son tres estados tan funestos á las sociedades como la misma pereza, con la que se han confundido algunas veces.» «De todos nuestros defectos—dice La Rochefoucauld,—la pereza es el que estamos más dispuestos á reconocer; nos figuramos que no es un óbice para tener las demás virtudes agradables, y que sin destruirlas completamente, se limita á suspender sus funciones»; pero añade el autor de las *Máximas morales*: «Si consideramos con atención el influjo que en las mismas ejerce, veremos que siempre llega á hacerse dueña de nuestros sentimientos, de nuestros intereses y de nuestros placeres; que es la *rémora* ú *obstáculo* que detiene á los mayores navíos, que es una bonanza ó calma más peligrosa que los escollos y los temporales para los negocios más importantes».

Pero ¿cuáles son las causas determinantes de esa *pereza*, cuya acción tan funesta es á las sociedades como á los individuos? Mr. Descuret las considera como siendo principalmente antropológicas, aunque sin desconocer la existencia de otras, según varios escritores, las han considerado como físicas, algunos cual exclusivamente sociales, y no pocos entienden que responden al medio ambiente físico, al medio ambiente social y á la constitución orgánica de los individuos afectos, opinión la última á la que nos inclinamos. «La constitución que más predispone á la pereza—dice—es indudablemente la *linfática*, la cual se halla caracterizada por la atonía de los sistemas y por una falta más ó menos completa de energía. Los sujetos muy obesos ó de estatura muy alta, que tengan los miembros delgados, son más apáticos que los pequeños y rechonchos. Casi no puede decirse absolutamente en qué sexo hay más perezosos; el género del trabajo ó la profesión, la colocación y la posición social, contribuyen á que sea muy difícil apreciar el resultado variable de todas estas circunstancias. Sin embargo, me inclino á creer que entre los pobres

las mujeres son más esencialmente trabajadoras que los hombres y que sucede lo contrario con las acomodadas. En la clase media de la sociedad me parece que hay un equilibrio perfecto de actividad en ambos sexos: aunque no admito, como mi agudo y sabio cofrade el doctor Munaret, «que la gente del campo no conoce ni comete más que seis pecados capitales», no podré menos de confesar que los habitantes de las ciudades tienen mucha mayor inclinación á cometer el séptimo que los del campo, en quienes el *aire libre robustece el cuerpo y el hábito convierte el trabajo en un placer*. Los extremos del frío y del calor nos ponen en un estado de *estupor* y de *torpeza* que puede detener las ruedas de nuestra organización y hasta llegar á ocasionarnos la muerte. Y aun algunas comarcas, no obstante no hallarse situadas por bajo del ecuador ni ser las inmediatas á los polos, tienen también una *temperatura que favorece la dejadez, la indolencia y la haraganería*, siendo ya proverbiales la indolencia de los orientales, la inactividad de los criollos, el *sacrosanto far niente* de los italianos.»

Mr. Descuret concluye esta parte interesantísima de su estudio de las causas de la pereza, que sumadas á estas y á otras varias, como las emanadas del hábito, de los ejemplos, de ciertas enseñanzas, etc., pueden hacerse extensivas y aplicarse á la *ociosidad*, y de consiguiente, al vago, á muchos vagabundos y á todos los mendigos válidos y voluntarios; concluye, decimos, esta parte con varias atinadas y exactas consideraciones á las que asentimos. «Nadie ignora que muchas enfermedades empiezan por una sensación de malestar general, acompañada de hostezos, esperezos y de una dejadez que no nos permite que hagamos el menor ejercicio. El mismo efecto producen también el tiempo borrascoso, la constitución médica tifoidea y algunas enfermedades crónicas. En la época de la pubertad se presenta asimismo en la mayor parte de los jóvenes de ambos sexos una apatía que no puede atribuirse sino al desarrollo crítico que se está verificando en ellos.

Señalaremos también, entre las muchas causas de la pereza, el *influjó de los Gobiernos despóticos, del fatalismo y del*

vasallaje, la falta de civilización y el trato con personas viciosas, haraganas y disolutas.

Se ve, pues, que el ilustre médico, anticipándose á los antropólogos de la moderna escuela positivista italiana, consideró á la pereza como resultado de tres distintas clases de factores, antropológicos, físicos y sociales, si bien, y en esto se identifica todavía más con dicha escuela, nacida bastante después de escrita y publicada su *Medicina de las pasiones*, da preferencia, concede mayor influjo al factor antropológico ó individual. Respecto del vago y del mendigo, el mayor influjo es, á nuestro entender, el del factor social. Ambos se manifiestan por su pereza, por su dejadez y por su haraganería, lo cual no suele acontecer en cuanto al vagabundo, cuyas energías son mayores que las de muchos de aquéllos, á quienes casi por completo faltan, y que no carece de cierta actividad, aunque la ejercita en forma muy distinta del verdadero trabajo. Pero también se revelan en ellos, en bastante mayor grado, las influencias del abandono en los primeros años de la vida, de la falta absoluta de educación, de la educación viciosa, de los ejemplos que tengan á la vista, del hábito, que se convierte en necesidad, etc., etc. En todos los vagos y mendigos profesionales se descubre al perezoso: sin la pereza no hubiesen llegado á serlo, y su mal carácter hubiera tomado dirección distinta. Por eso para conocer con exactitud los caracteres distintivos del vago, del vagabundo y del mendigo por hábito, es preciso conocer antes los del perezoso, del dejado y del haragán, así como sus causas ó factores determinantes.

Mr. Descuret, á continuación de las causas eficientes de la pereza, ha investigado también los caracteres del perezoso. Según expresa, éste, «al igual de los animales *tardigrados*, que asimismo se llaman *perezosos*, se conoce por su aspecto triste, por su mirar pesado, su andar dejado y la lentitud habitual de todos sus movimientos, por pequeños que sean; el perezoso suda estando en descanso». Á esto agrega que «el solo instante del día en que se puede sorprender en él alguna agitación es el momento de acostarse, pues entonces verdaderamente se da prisa, siendo su sueño largo y profun-

do, y despertándose lentamente». Afirma que «entre todos los hombres es el que más se deleita en que vaya pasando el tiempo, y el que posee el medio más seguro de arruinar á la familia ó dejarla en la miseria». Manifiesta igualmente, y en ello aparece clarísima su conexión con el vago, con el vagabundo y con el mendigo, y con el criminal de oficio ó por hábito adquirido, que «generalmente es tragón, jugador y vicioso, egoísta, irresoluto, desordenado, embustero, ingrato, y tan fácil de enojarse como de enojar á los demás». Por último, resumiendo estos caracteres del perezoso, dice que «bajo cualquier aspecto no puede considerarse en él más que á un hombre malo, ó á lo más mediano, porque cuidando poco de lo presente y guardándolo todo para el día de mañana, se queda siempre con la mera intención de hacerlo».

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

ORGANIZACIÓN MILITAR DE MÉXICO

PRÓLOGO

Desearía en pocas palabras exponer ante mis compañeros el reputado concepto del Ejército mexicano, presentando de relieve las glorias logradas por sus soldados á fuerza de cruentos sacrificios; de este modo expresaría mi gratitud á la brillante oficialidad de la República de México, cuyo patriotismo y virtudes militares hállanse dignamente representados en su ilustrado Ministro de Guerra y Marina, General Reyes, al que debo los datos que me han servido para la ordenación de este trabajo.

Mas, utilizando una de las valiosas obras con que ha tenido la bondad de obsequiarme el mencionado General, autor de la titulada *El Ejército mexicano*, voy á tomar de ella los siguientes párrafos, rindiendo de esta manera homenaje de respeto y consideración al distinguido escritor militar con cuya dedicatoria honro mi modesto trabajo:

«Hemos pasado por las amargas pruebas que nos impuso la ley ineludible de nuestros antecedentes históricos, de los atavismos de las razas de que somos la resultante, de la ebullición de sangres enemigas, que se mezclaron con sus odios y sus energías contrarias; y al fin, depurados por el fuego de todos los tormentos, acrisolados, después de sufrir el martirio de tremendas luchas, nos podemos presentar ante el mundo' con un Ejército que ha sabido, sacrificándose, formándose entre la matanza, salvar la independencia y la libertad de la Patria, formidablemente amenazadas en un luctuoso período de sesenta años de constantes guerras.

»Aquí está, pues, este Ejército mexicano, con sus 26.000 soldados en la paz, con sus 160.000 soldados en la guerra, teniendo por historia la que hemos trazado, por norma el deber y por religión el honor.

»Para saber cómo este Ejército ha venido á formarse, hemos asistido á la gran epopeya de la República y hemos visto á sus héroes luchar, remontándose gloriosos á la luminosa región de los inmortales.

»¡Qué cuadro el que hemos presentado! Se esboza el campo con su maleza bravía, su arboleda sombrosa, sus montañas y sus torrentes salvajes; el flechero cazador allí es el guerrero que disputa la presa ensangrentada, y alza el chuzo con nervioso empuje y lo hunde en el pecho del contrario.

»Aparece la tribu, armada de lanza y arco, que defiende un campo en que hizo brotar la planta noble que brinda el alimento tan buscado. Se advierte la ciudad embrionaria, que se apresta á la lucha por su sosiego, en que anhelante trabaja por su bien, y que turba la atrevida hueste ávida de botín. Se mira la Nación, la raza, que reúne sus contingentes, y que forma las falanges guerreras, que defienden la tierra en que se extiende y se sustenta, la tierra en que su vida desarrolla, ó que se lanzan á dar más amplitud á las fronteras, á buscar para su acción nuevos países.

»Es la raza azteca esa raza, y se la ve asentarse en el Anáhuac, sobre un valle cubierto de lagos y arboledas; se la ve combatiendo con los vecinos, y organizando un ejército asombroso; pero hombres extraordinarios, cubiertos de hierro, invulnerables á las armas de los aborígenes, y que disponen del fuego y del rayo (el arcabuz y el cañón), aparecen por el Oriente, aliados con sus innúmeros y antes vencidos enemigos, y ahogan á sus guerreros en su sangre, y sujetan al pueblo subyugado á largo cautiverio.

»De la mezcla de conquistadores y cautivas, nace una nueva y ardorosa gente, que arroja al fin á los advenedizos, que, siempre engreídos, conservar quisieron el dominio, cansándolos, venciéndolos en cruenta, prolongada guerra; y entonces se forma una nacionalidad heterogénea, la na-

cionalidad mexicana, de distintos orígenes y aspiraciones, de ilustración diversa; y luego esa Nación es campo de anarquía: conmueven por sesenta años su tierra la pelea y la lucha contra propios y extraños. ¡Cuánta sangre y qué vitalidad para soportar las terribles constantes hecatombes!

» ¡Qué época la de nuestras guerras! ¡Los batallones que combaten, y sus restos ensangrentados que son vencidos ó que triunfan; los escuadrones arrebatados por el vértigo de la carga, que caen destrozados; los cañones que truenan é iluminan siniestramente; los estandartes flotando, corriendo como llamas encendedoras, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronces, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas; tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!

» Y así, despedazados por ellas, nos agobia la invasión anglo-sajona, y luego, más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada nos agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República gloriosa; se yergue al cielo, por nuestro Ejército sostenida, la nacional bandera mexicana.»

División militar del territorio de la República.

Militarmente considerada, la República mexicana hállase dividida en diez zonas, tres comandancias militares y nueve jefaturas de armas; hé aquí los Estados que comprenden y la residencia de los cuarteles generales:

Primera zona.—Estados de Sonora, Sinaloa y territorio de la Baja California, teniendo su cuartel general en Hermosillo.

Segunda zona.—Estados de Durango y Chihuahua, con el cuartel general en la capital del segundo.

Tercera zona.—Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, con el cuartel general en Monterrey.

Cuarta zona.—Estados de Jalisco y Colima, teniendo el cuartel general en Guadalajara.

Quinta zona.—Estados de San Luis Potosí, Zacatecas y Aguascalientes, con el cuartel general en la capital del primero.

Sexta zona.—Estados de Querétaro, Guanajuato y Michoacán, con el cuartel general en León.

Séptima zona.—Estados de Puebla, Tlaxcala y Guerrero, con el cuartel general en la capital del primero.

Octava zona.—Oaxaca, excepción hecha de los distritos de Juchitán y de Tehuantepec, con el cuartel general en la capital del Estado.

Novena zona.—Estado de Chiapas, distritos de Juchitán y de Tehuantepec, del de Oaxaca, y cantón de Minatitlán, de Veracruz, con el cuartel general en Juchitán.

Décima zona.—Estados de Tabasco, Campeche y Yucatán, con el cuartel general en Mérida.

Comandancia militar de México.—Estados de México, Morelos é Hidalgo, y Distrito Federal, con el cuartel general en la plaza de México.

Comandancia militar de Veracruz, con jurisdicción en todo el Estado, excepción hecha del cantón de Minatitlán.

Comandancia militar de Acapulco, con jurisdicción en la plaza de ese nombre.

Jefatura de armas de Matamoros, dependiente de la tercera zona en que está comprendida, con jurisdicción en el distrito Norte de Tamaulipas.

Jefatura de armas de Tampico, con igual dependencia á la anterior y con jurisdicción en el distrito Sur de Tamaulipas.

Jefatura de armas de Tabasco, dependiente de la 10.^a zona, con jurisdicción en todo el Estado y con su cuartel general en San Juan Bautista.

Jefatura de armas de Campeche, dependiente de la 10.^a zona, con jurisdicción en todo el Estado, teniendo su cuartel general en la capital del mismo.

Jefatura de armas de Michoacán, dependiente de la sexta zona, con jurisdicción en todo el Estado y teniendo su cuartel general en Morelia.

Jefatura de armas de Tepic, con jurisdicción en todo ese territorio; dependerá directamente de la Secretaría de Guerra.

Jefatura de armas de Sinaloa, dependiente de la primera zona, con jurisdicción en todo el Estado y con el cuartel general en Mazatlán.

Jefatura de armas del distrito Norte de la Baja California, dependiente de la primera zona, con jurisdicción en ese distrito y su cuartel general en Ensenada.

Jefatura de armas del distrito Sur de la Baja California, dependiente de la primera zona, con jurisdicción en ese distrito y el cuartel general en La Paz.

Composición del Ejército permanente

El Ejército permanente se compone de:

El personal y material en activo servicio.

El personal de Jefes y oficiales en disponibilidad.

El personal de clases y tropa de complemento.

El material almacenado correspondiente al personal complementario.

El Ejército permanente se divide en:

Plana mayor.

Cuerpos tácticos.

Cuerpos técnicos.

Cuerpos y servicios especiales.

La plana mayor, considerada siempre en activo servicio, se compone de:

Generales de división.

Generales de brigada.

Generales Brigadieres.

Los Generales, procedentes únicamente de los cuerpos tácticos ó técnicos, ocupan estas situaciones:

En mando de fuerzas armadas.

En disponibilidad.

En comisión en la Secretaría de Guerra, en el Supremo Tribunal militar y en las dependencias del Ejército.

Los cuerpos tácticos son:

La infantería.

La caballería.

Las tropas de artillería.

Las tropas de ingenieros.

Son cuerpos técnicos:

El Estado Mayor.

Los artilleros constructores.

Los ingenieros constructores.

Constituyen los cuerpos y servicios especiales:

El cuerpo de Sanidad militar.

El cuerpo de Inválidos.

El servicio de administración.

El servicio del ramo judicial.

El servicio de gendarmería militar.

El Depósito de oficiales y tropa.

Las zonas y mandos militares.

El Palacio Nacional.

Las escuelas militares.

INFANTERÍA

Grados, situaciones y procedencia de la oficialidad.

Grados.—La escala jerárquica es la siguiente:

Coronel.

Teniente Coronel.

Mayor.

Capitán primero.

Capitán segundo.

Teniente, y

Subteniente.

Situaciones.—Los Jefes y oficiales se consideran:

En servicio de armas.

En comisión.

En disponibilidad, y

En reserva.

Pertenecen á la primera los que prestan servicio en las tropas del Ejército.

Á la segunda situación, los empleados en la Secretaría de Guerra, en los Tribunales militares, en cargos de elección popular de la Federación y en las Legaciones como agregados militares.

Á la tercera, los designados por la Secretaría de Guerra para el desempeño de ciertas comisiones y los que por acuerdo de la Secretaría estén comisionados en la Administración pública.

Á la cuarta pertenecen:

1.º Los que, una vez cumplido el tiempo reglamentario en servicio activo ó en disponibilidad, soliciten el pase á la reserva.

2.º Los que obtengan licencia temporal por más de seis meses.

3.º Los que con permiso de la Secretaría de Guerra ocupen puestos civiles que no sean de elección popular.

4.º Los que obtengan licencia ilimitada..

Los comprendidos en la primera y segunda situación son considerados como en activo servicio y gozan del haber íntegro que les corresponda; exceptúanse los que desempeñen cargos de elección popular.

Los de la tercera disfrutan el sueldo de disponibilidad.

Los de la cuarta carecen de sueldo, y sólo tienen derecho al uso de uniforme.

Prccedencia.—Los Jefes y oficiales de Infantería provienen:

1.º Del Colegio militar, siempre que cumplan con las condiciones del reglamento respectivo, ó del Naval, cuando con el examen y pruebas prácticas acrediten los conocimientos exigidos á los anteriores.

2.º De las clases del Ejército, acreditando, después de llenar ciertas condiciones, la suficiencia teórica y práctica que indica el reglamento.

3.º De los ciudadanos que además de cualidades físicas y morales tengan los conocimientos teórico-prácticos que son necesarios.

Grados, situaciones y procedencia de las clases y tropa.

Grados.—En las clases y tropa son:

Sargento primero.

Sargento segundo.

Cabo.

Soldado.

Situaciones.—Pueden considerarse en una de estas dos, aunque de servicio activo:

En servicio de armas.

En comisión.

Pertenecen á la primera los que se hallan prestando servicio en cualquiera de las unidades armadas, y á la segunda los empleados en las demás dependencias del Ejército.

Procedencia.—Las clases y tropa del Ejército mexicano se constituyen:

1.º Con los voluntarios, que ingresan en clase de soldado por un período de tres, cuatro ó cinco años.

2.º Con los contingentes que reclutan los Estados de la Unión, según las leyes vigentes, por un período de cinco años.

3.º Con los reenganchados por períodos de dos, tres ó cuatro años.

Gratificaciones de las clases y tropa.

De cumplidos.—Tiene lugar esta gratificación, con cuatro pesos anuales:

1.º Cuando los sargentos, cabos y soldados enganchados cumplan sin interrupción el tiempo de su compromiso.

2.º Cuando, verificado el reenganche, el reenganchado cumpla cada uno de los períodos señalados en la ley orgánica, sin tener la restricción señalada en la cláusula anterior.

3.º Cuando, inutilizado algún individuo fuera de los actos del servicio, no tenga derecho á retiro.

De reenganchados.—Se concede esta gratificación cuando la clase ó soldado se reenganche llenando estas condiciones:

1.^a Acreditar, mediante reconocimiento militar ordenado por la autoridad competente, vigor físico para el servicio.

2.^a No exceder de cuarenta y cinco años, á no ser que, por su buen estado de salud, lo acuerde la Secretaría de Guerra, teniendo á la vista el certificado médico.

Por cada reenganche, la gratificación es de 20 pesos si el período de servicios fuese de cuatro años, de 15 pesos si dicho período es de tres años y de 10 pesos si de dos años.

De sobresueldos.—Gozan de esta gratificación:

1.^o Los sargentos, cabos y soldados que se reenganchen por un período de dos, tres ó cuatro años sin haber perdido un solo día de servicio.

2.^o Los cabos y soldados que encontrándose en campaña deban continuar su servicio aun después de cumplido con su compromiso; en iguales condiciones se hallan los sargentos que puedan solicitar su licencia al terminar su tiempo.

La gratificación de sobresueldo es de cinco centavos diarios á partir del día siguiente al en que cumplen cinco años de servicio no interrumpidos; esta cantidad se aumenta luego por cada nuevo período de cuatro años, cualquiera que sea el número de reenganches.

Los que ingresen en el Ejército como reemplazos, reciben con la licencia absoluta la gratificación correspondiente por el tiempo personalmente servido.

Los reenganchados que procesados por los tribunales militares hayan cumplido condena, si volviesen al Ejército á completar su compromiso, tienen derecho al abono del sobresueldo que disfrutaban al iniciarse el proceso, á menos que por la sentencia hayan perdido su tiempo de servicios. En igual caso se considera á los procesados civilmente, siempre que la pena impuesta no exceda de un año.

Organización de la infantería en tiempo de paz.

La infantería mejicana en épocas normales consta de:
28 batallones.

4 cuadros de batallón.

2 compañías regionales.

Batallones.—Numerados de 1 á 28, cubren las guarniciones que les están asignadas y tienen dos situaciones denominadas «Pie reducido» y «En alta fuerza».

Consta cada batallón de cuatro compañías, y el efectivo de una de éstas es el siguiente:

	Pie reducido.	En alta fuerza.
Capitán primero	1	1
Capitán segundo.....	1	1
Tenientes.	3	3
Teniente depositario.....	1	1
Subtenientes.....	3	3
Sargento primero	1	1
Sargento segundo, ayudante del primero. . . .	1	1
Sargentos segundos.....	8	8
Cabo portaguión.....	1	1
Cabos	18	18
Banda	6	6
Soldados	110	190
Mulas.....	7	7

Cada compañía está dividida en tres secciones, cada sección en dos pelotones y cada pelotón en tres escuadras.

De los soldados «en pie reducido» se sacan estos destinos: cuatro para camilleros, tres para conductores y ocho para asistentes de los oficiales de la compañía y de la Plana Mayor. «En alta fuerza», los destinos son: cuatro para camilleros, seis para conductores y ocho para asistentes.

En cada compañía se forma un grupo de exploradores, á razón de un soldado inteligente y buen tirador por cada escuadra; cada grupo explorador de compañía, cuando trabaje aisladamente, irá á las órdenes de un sargento y dos

cabos igualmente escogidos, mas cuando maniobren los cuatro grupos del batallón, dirigirá la enseñanza un capitán segundo y dos subalternos elegidos por el Jefe del cuerpo. Es decir, que cada compañía cuenta con 36 soldados exploradores, conociendo perfectamente el servicio de exploración de la infantería; estos soldados disfrutan de un peso mensual de gratificación. Los soldados exploradores, á su vez, inician al resto en las prácticas que ellos ejecutan.

La Plana Mayor del batallón es la siguiente:

	En pie reducido.	En alta fuerza.
<i>Personal:</i> Coronel	I	I
Teuiente Coronel.....	I	I
Mayor.....	I	I
Capitán primero ayudante.....	I	I
Capitán segundo depositario.....	I	I
Subtenientes, subayudantes.	2	2
Sargento primero de banda.....	I	I
Sargento segundo de banda.....	I	I
Cabo de banda.....	I	I
Sargentos segundos.....	2	2
<i>Personal:</i> Cabos.....	8	8
Obrero de segunda, armero.....	I	I
Cabo de conductores-arrieros.	I	I
Conductores-arrieros	6	9
<i>Ganado:</i> Mulas	10	29

Cuadros de batallón.—Existen cuatro, numerados del 1.º al 4.º, y considéranse en dos situaciones, denominadas «en cuadro» y «en pie reducido»; en el primer concepto tiene dos compañías cada cuadro de batallón, y en el segundo, cuatro.

El efectivo de la compañía en ambas situaciones es el siguiente:

	En cuadro.	En pie reducido.
<i>Personal:</i> Capitán primero	»	I
Capitán segundo.....	I	I
Tenientes	I	3
Teniente depositario... ..	»	I
Subtenientes.....	2	3
Sargento primero... ..	I	I
Sargento segundo, ayudante del primero.. ..	I	I
Sargentos segundos.....	3	8
Cabos portaguión.....	»	I
Cabos.....	9	18
Banda.....	3	6
Soldados.....	54	110
<i>Ganado:</i> Mulas.....	5	7

La compañía en cuadro se divide en nueve escuadras, teniendo cada una un soldado-explorador gratificado con un peso mensual; como para la instrucción de compañía el efectivo de una resulta muy pequeño, se unen las dos cuando salen á ejercicios de tal índole.

Los destinos de una compañía en cuadro son siete: dos camilleros, tres asistentes y dos conductores.

La plana mayor del cuadro de batallón consta de:

	En cuadro.	En pie reducido.
<i>Personal:</i> Coronel	»	I
Teniente Coronel.....	I	I
Mayor.....	I	I
Capitán primero, ayudante.	»	I
Capitán segundo, ayudante.....	I	I
Subtenientes, subayudantes	»	2
Sargento primero de banda.....	»	I
Sargento segundo de banda.....	I	I
Cabo de banda	I	I
Sargento segundo.....	»	2
Cabos.....	»	8
Obrero de segunda, armero.....	I	I
Cabo de conductores-arrieros.....	I	I
Conductores-arrieros.....	3	6
<i>Ganado:</i> Mulas.....	6	10

Cuando los cuadros de batallón pasen á constituirse en batallones con las situaciones ya indicadas, toman el nú-

mero correlativo y se organizan las compañías en la forma expuesta anteriormente.

Compañías regionales.—Son dos y se denominan: compañía fija Norte de la Baja California y compañía fija Sur de la Baja California. Su organización es análoga á la ya indicada para las compañías de batallón, y su denominación y personal es:

Capitán primero.....	1
Capitán segundo.....	1
Tenientes....	3
Sargento primero.....	1
Sargento segundo.....	7
Cabos.....	18
Banda.....	6
Soldados..	108
Conductores-arrieros.....	2

El ganado de cada compañía son 10 mulas.

Los destinos son 12: cinco asistentes, cuatro camilleros y tres conductores.

Organización de la infantería en pie de guerra.

Batallones.—Cada batallón dobla sus efectivos, formándose entonces el regimiento compuesto de dos batallones.

El Coronel toma el mando del regimiento y del primer batallón.

En la plana mayor del primer batallón continúan el Mayor, el capitán segundo con funciones de ayudante, un subayudante, el sargento primero de banda, el cabo de banda, dos cabos, un sargento segundo escribiente, el obrero-armero, el cabo de conductores y los nueve conductores; auméntase un conductor.

El Teniente Coronel del batallón en pie de paz toma el mando del segundo batallón, y pasan á la plana mayor de éste el capitán primero primer ayudante como jefe del Detall, un subayudante, el sargento segundo de banda, un sargento segundo escribiente y los dos cabos; auméntanse un cabo de conductores y 10 conductores.

Los cuatro capitanes segundos de las compañías del ba-

tallón toman el mando de las del segundo batallón; pasan á éste cuatro tenientes de las compañías, los cuatro oficiales-depositarios y cuatro subtenientes; para completar el personal de subalternos de las compañías, que es de dos tenientes y dos subtenientes por cada una, se acude al Depósito, se ascienden á subtenientes sargentos primeros, ó bien salen del Colegio militar los cuatro subtenientes que hacen falta.

Ocho sargentos segundos y cuatro cabos sobrantes del primer batallón pasan al segundo; los 16 sargentos segundos que se necesitan se obtienen ascendiendo igual número de cabos, y para el completo de éstos se acude igualmente á los soldados; para constituir el pie veterano de la tropa del segundo batallón, pasan del primero á éste 20 individuos de compañía á compañía.

La compañía en pie de guerra queda constituída en esta forma:

	Primer batallón.	Segundo batallón.
<i>Personal:</i> Capitán primero.....	1	»
Capitán segundo.....	»	1
Tenientes.....	2	2
Subtenientes.....	2	2
Sargento primero.....	1	1
Sargento segundo, ayudante del primero... ..	1	1
Cabo conductor.....	1	1
Sargentos segundos.....	6	6
Cabos.....	18	18
Cabo porta-guión.....	1	1
Cornetas.....	4	4
Tambores.....	2	2
Soldados.....	190	190

El ganado de cada compañía consiste en seis mulas.

Por cada escuadra habrá un soldado de primera, gratificado con un peso mensual.

Los destinos de cada compañía son los siguientes: cuatro camilleros, seis conductores y seis asistentes para los oficiales de la compañía y plana mayor del batallón.

Tanto en pie de paz como en el de guerra, las clases y

tropa perciben una asignación para lavado y gasto común.

Los asistentes son elegidos entre los mejores soldados que hayan terminado su instrucción militar; los Jefes y oficiales que empleasen á sus asistentes en otras funciones distintas de las marcadas pierden su derecho á ellos (artículo 284 de la ley orgánica).

La Plana Mayor del regimiento se compone de:

	Primer batallón.	Segundo batallón.
<i>Personal:</i> Coronel.....	I	»
Teniente Coronel.....	»	I
Mayor.....	I	»
Capitán primero, Jefe del Detall.....	»	I
Capitán segundo, ayudante.....	I	»
Teniente, ayudante.....	»	I
Subteniente, subayudante.....	I	I
Sargento primero de banda.....	I	»
Sargento segundo de banda.....	»	I
Cabo primero de banda.....	I	»
Cabo segundo de banda.....	»	I
Sargento segundo, escribiente.....	I	I
Cabos.....	2	2
Obrero de segunda, armero.....	I	»
Cabos de conductores.....	I	2
Conductores.....	10	10

Las mulas en cada batallón: 33.

Cuadro de batallón.—El cuadro de batallón «en cuadro» pasa primero á ser batallón «en pié reducido», luego al de «alta fuerza» y, por último, se pone en pie de guerra, con arreglo á lo ya indicado.

Además de los útiles que conduce el parque de cada batallón, cada cabo y soldado de infantería está dotado de uno portátil de zapa.

CABALLERÍA

Organización de la caballería en pié de paz.

Grados, situaciones y procedencia de la oficialidad, de las clases y tropa.—Son exactamente iguales á las indicadas para infantería.

Regimientos.—En el Ejército mexicano sólo existe una clase de caballería, compuesta en épocas normales de:

14 regimientos.

4 cuadros de regimiento.

Los regimientos se numeran del 1.º al 14.º, y se dividen en cuatro escuadrones cada uno de ellos; el escuadrón se fracciona en tres secciones, la sección en dos pelotones y el pelotón en dos escuadras.

Cada regimiento de caballería tiene, como en infantería, dos dotaciones denominadas «pié reducido» y «en alta fuerza».

El efectivo del escuadrón en ambas situaciones es el que sigue:

	Pie reducido.	En alta fuerza.
<i>Personal:</i> Capitán primero.....	1	1
Capitán segundo	1	1
Tenientes.....	3	3
Subtenientes.	3	3
Sargento primero.....	1	1
Sargento segundo, ayudante del primero	1	1
Sargentos segundos.....	8	8
Cabos.....	12	12
Banda.	4	4
Mancebo	1	1
Soldados.	78	114
<i>Ganado:</i> Mulas.....	8	8
Caballos.....	105	141

Los destinos en cada escuadrón son: cuatro conductores, dos camilleros y siete asistentes de la oficialidad y Plana Mayor del regimiento.

En cada escuadrón existe organizado un pelotón de zapadores que conducen en una de las acémilas destinadas á municiones de reserva del escuadrón los siguientes útiles: tres zapapicos, tres palas, tres hachas, tres barretas pie de cabra, tres llaves de tuercas y tres pares de tenazas de cortar alambres.

La plana mayor del regimiento es la siguiente:

	Pie re- ducido.	En alta fuerza.
<i>Personal:</i> Coronel	1	1
Teniente Coronel	1	1
Mayor.	1	1
Capitán primero, ayudante.....	1	1
Subtenientes, subayudantes....	2	2
Sargentos primeros, mariscales.....	2	2
Cabo mancebo	1	1
Sargento primero de banda.....	1	1
Sargento segundo de banda.....	1	1
Cabo de banda.....	1	1
Sargento primero, talabartero.....	1	1
Obrero de segunda, armero.....	1	1
Cabo de conductores	1	1
Conductores.....	5	5
Asistentes.....	3	3
<i>Ganado:</i> Caballos	17	17
Mulas.....	10	12

Cuadros de regimientos.—Existen cuatro, que se enumeran del primero al cuarto, estando en una de éstas dos situaciones: «en cuadro» ó «en pié reducido». En el primer caso, el regimiento consta de dos escuadrones y de cuatro en el segundo.

El efectivo de un escuadrón en ambos estados es:

	En cuadro.	En pié reducido.
<i>Personal:</i> Capitán primero.....	»	1
Capitán segundo.....	1	1
Tenientes.	3	3
Subtenientes	2	3
Sargento primero.....	1	1
Sargento segundo, ayudante del primero.	1	1
Sargentos segundos	6	8
Cabos	6	12
Banda.....	3	4
Mancebo.....	1	1
Soldados.....	54	78
<i>Ganado:</i> Caballos.....	71	105
Mulas	6	8

Los destinos del escuadrón «en cuadro» son: dos conductores y seis asistentes. «En pié reducido»: cuatro conductores, dos camilleros y siete asistentes.

El escuadrón «en cuadro» está dividido en seis escuadras, de nueve hombres cada una; en cada escuadra se nombra un soldado de primera, gratificado con un peso mensual.

La Plana Mayor del regimiento, en las dos situaciones que puede tener, es la siguiente:

	En cuadro.	En pie reducido.
<i>Personal:</i> Coronel.....	»	1
Teniente coronel	1	1
Mayor.....	1	1
Capitán, primer ayudante.	1	1
Subtenientes, subayudantes.....	»	2
Sargento primero de banda.....	1	1
Sargento segundo de banda.. ..	»	1
Cabo de banda.. ..	1	1
Sargentos primeros mariscales	1	2
Cabo mancebo.	1	1
Sargento primero talabartero	1	1
Obrero de segunda armero	1	1
Cabo de conductores arrieros..	1	1
Conductor arriero.....	1	5
Asistentes	»	3
<i>Ganado:</i> Caballos.....	9	17
Mulas	5	10

Cuando los cuadros de regimiento pasen á ser regimientos «en pie reducido» ó «en alta fuerza», toman la numeración que les corresponda, dividiéndose entonces los escuadrones según queda ya indicado al hablar de los regimientos.

Organización de la Caballería en pie de guerra.

Regimientos.—El pase del pie de paz al de guerra se verifica de esta manera:

Los cuatro Capitanes segundos se distribuyen así: dos toman el mando de dos escuadrones que se aumentan á cada regimiento y los otros dos pasan á la Plana Mayor, en concepto de segundos ayudantes.

Vimos que en cada escuadrón en pie de paz había seis

subalternos, tres tenientes y tres subtenientes, ó sea en total veinticuatro; como la organización en pié de guerra sólo marca cuatro subalternos, dos tenientes y dos subtenientes, no hay necesidad de aumento, distribuyéndose los existentes entre los seis escuadrones.

Se ascienden dos sargentos segundos á primeros, seis cabos á sargentos segundos y treinta soldados á cabos, quedando cada escuadrón con seis sargentos segundos y doce cabos.

Cada escuadrón facilita diez soldados para que, con los cuarenta así formados, se forme el núcleo veterano de los dos nuevos escuadrones.

El efectivo, pues, de cada escuadrón será el siguiente:

<i>Personal:</i> Capitán primero ó segundo.....	1
Tenientes... ..	2
Subtenientes.....	2
Sargento primero.....	1
Sargento segundo, ayudante del primero...	1
Sargentos segundos....	6
Cabos.....	12
Cabo aposentador.....	1
Trompetas.....	4
Mancebo.....	1
Soldados.....	114
<i>Ganado:</i> Caballos.....	140
Mulas.....	8

Los destinos del escuadrón son: cuatro conductores, cuatro camilleros y seis asistentes.

De los seis escuadrones, cuatro son mandados por Capitanes primeros y dos por Capitanes segundos.

Con los seis escuadrones administrativos pueden formarse también ocho maniobrereros.

La plana mayor del regimiento es la que sigue:

<i>Personal:</i> Coronel.....	1
Teniente Coronel.....	1
Mayor.....	1
Capitán primero, primer ayudante.....	1
Capitanes segundos, segundos ayudantes...	2
Subtenientes, subayudantes.....	2
Sargentos primeros, mariscales.....	2
Cabo mancebo.....	1
Sargento primero de banda.....	1
Sargento segundo de banda.....	1
Cabo de banda.....	1
Sargento primero, talabartero.....	1

Obrero de segunda, armero	I
Cabo de conductores	I
Asistentes.....	4
Conductores.....	5
<i>Ganado:</i> Mulas	12
Caballos.....	18

Cuadro de regimiento.—Para pasar al pié de guerra se convierten primero en regimiento de pié reducido y luego en regimiento de alta fuerza, como queda ya expuesto.

Respecto á la caballería mexicana, bastante podíamos indicar, y que seguramente no es conocido entre nosotros; mas no dejaré de llamar la atención hacia el uso de los petardos de dinamita, cuyos resultados han sido satisfactorios, y sobre todo á los ejercicios de picadero y largas marchas al trote y galope en distintas formaciones. He aquí algunos ejercicios que se siguen en los saltos de picadero:

- 1.º Con filete ó bozal, en pelo y de uno al frente.
- 2.º De dos al frente.
- 3.º De cuatro al frente.
- 4.º En filas de á ocho.
- 5.º En las mismas formaciones, con los caballos embridados.
- 6.º Como en el número anterior, con sable en mano.
- 7.º Iguales movimientos, lanzando estocada al efectuar los saltos.
- 8.º Repetir los mismos ejercicios poniendo montura á los caballos.
- 9.º Hacerlos con carabina en guardia.
10. Verificarlos haciendo fuego después del salto.
11. Ejercicios con montura, sólo una vez por semana.

ANTONIO GARCÍA PÉREZ,

Capitán de infantería.

(Continuará.)

LA CATEDRAL DE CUENCA

Son los viejos monumentos que rodearon nuestra cuna algo como un pedazo de nuestra alma: caen los vetustos edificios, y el templo hundido, la torre desplomada, la atalaya que se derrumba ó el muro que se desmorona cambian la línea que limitaba antes el horizonte natal y nos dejan el vacío y la tristeza, la soledad que experimentaríamos el que ante una conmoción de la tierra viese desaparecer los montes que cierran el valle donde está la casa de sus padres, ó torcerse el curso del río de alegres riberas, testigo de los juegos de la infancia.

¡Y qué dolor cuando el edificio que se hunde es el campanario! El campanario es la patria de la ciudad, como la bandera es la patria del Estado. Quizá sus lenguas de metal sonaron alborozadas saludando á Dios, que se alzaba en el altar, el día de nuestra primera comunión; quizá doblaron, piadosas, llorando la muerte de nuestros padres...

¡Qué elocuente su silencio en las luctuosas fiestas del Jueves Santo y del Viernes Santo, y qué triste su doblar, entre las brumas de Noviembre, recordando la oración por los muertos!

¡Qué alegres las campanas cuando voltean en Sábado de Gloria, en medio de los campos que la primavera despierta, celebrando á Dios que resucita é inundando de alegría el aire tibio en que las aves ensayan sus primeros trinos!

Las campanas no sólo cantan los dolores y las alegrías del hogar, no sólo proclaman las fiestas augustas de la religión sacrosanta, sino que son la voz de la patria en las grandes solemnidades: cuando la bandera, en días de luto, descende en el asta y el cañón retumba

lento en las salvas funerarias, las campanas doblan; cuando la bandera flamea en lo alto y se suceden rápidos los cañonazos de los días de gala, las campanas inundan el aire con alegres é incesantes repiques.

¡Extraños seres de bronce que parece que tienen alma! ..

Las campanas de la Catedral de Cuenca estaban en lo alto de la torre, hoy desplomada, desde el siglo XVII; y allí en la cumbre, dominando la ciudad pintoresca que ciñen Júcar y Huécar, saludaron, unas veces para bien de España y otras para su desgracia, los monarcas de cuatro dinastías: Austria, Borbones, Bonapartes y Saboyas.

Allí lloraron con lúgubre tañido la desaparición en el sepulcro de Inocencios, Alejandros, Clementes, Gregorios, Benedictos, Píos y Leones que gobernaron la Iglesia durante doscientos años, y desde allí recibieron con bullicioso alborozo la serie de prelados conquenses desde Pimentel á Sangüesa.

Vieron pasar desde lo alto de la torre los bandos de Felipe V y el Archiduque Carlos; sollozaron el día de Trafalgar y el 2 de Mayo, y rieron cuando brilló el sol de los Arapiles y el Callao; repicaron como locas celebrando Wad-Ras, Tetuán y los Castillejos, Peralejo y Punta Brava; y doblaron, solemnes y doloridas, por los muertos de Cavite, de Santiago y del Caney.

Todos los años se llenaban de júbilo festejando á San Julián, ó, recordando amargas tristezas, se condolían de aquel 15 de Julio de infausta memoria.

¡Pobres campanas! ¡Hoy yacen entre los derruidos muros que dominaron doscientos cincuenta años, oscilando unas para caer, rotas y maltrechas las otras entre el polvo de los escombros!

*
* *

¡Los escombros!... Siempre es terrible el espectáculo de la desolación y de la ruina; pero nunca tanto como en estas ocasiones en que los sillares trágicos están en-

sangrentados y ocultan pechos hundidos, cabezas magulladas, músculos deshechos y huesos triturados.

Entre las víctimas figura una hermosa joven de veintidós años, en la plenitud de sus gracias y atractivos, en la edad dichosa en que el himno de amor susurra al oído dichas inefables y no distingue la vista sino lontananzas color de rosa y oro... ¡Pobre niña!...

.....

Otro muchacho, Francisco Requena, fué extraído vivo y sano, aunque con la cabeza desollada, de un alto montón de escombros.

¡Bravo joven! ¡Tipo sublime de valor y de arrogancia! Sólo estos benditos campos de Castilla, donde la sierra abrupta alterna con el llano inmenso, y donde al invierno crudo sucede el verano riguroso, ofrecen estos caracteres impertérritos, indomables.

Yacía bajo un hacinamiento de escombros de más de un metro, y no perdió la tranquilidad ni la sangre fría ante el espectáculo del horrible derrumbamiento ni ante la perspectiva de una muerte inminente.

Cuando la torre flaqueó sobre sus cimientos (1), pensó con calma propia de un héroe: «Yo conozco la torre; las paredes que se derrumban son las que miran á la hoz del Huécar y á mi casa (hacia el callejón donde está lo principal del escombros), y me salvaré en la fachada que da á la plaza.»

Allí se colocó aquel niño de quince años con la misma decisión que un general conocedor del sitio seguro de la fortaleza; pero refugiado en el hueco de un balcón, no

(1) Hemos visitado á Francisco Requena en su domicilio: á pesar de la debilidad que le produjo la pérdida de sangre ocasionada por las heridas de la cabeza, estaba en pie y sostuvo con nosotros una conversación de una hora, sin permitir que le tratásemos de usted, y mostrándose tan inteligente y afable en la conversación, como valeroso é impertérrito en la catástrofe.

Se lamentaba profundamente de que se hubiesen dado noticias equivocadas sobre su salvamento, quejándose de que no se citase el verdadero nombre del joven que lo libertó del escombros, y que, según Requena, se llama Hermenegildo Cruz Lozano. Afirma que todos los que removieron el escombros en que yacía eran obreros.

llegó á prever que aquel albergue también se hundiría, y cayó envuelto entre las jambas y el dintel que le sirvieron de refugio.

«Estaba entre dos vigas, dice; la sangre me corría copiosamente envolviendo la cara y la cabeza; ví caer el Giraldillo y creí, *por el vuelo que llevaba* (sic), que iría á parar contra las casas, pero cayó cerca de mí. Junto á mi cabeza tenía el vaso de una campana y un sillar, encima las dos vigas y sobre una pierna otro sillar que me oprimía las costillas y poco á poco me iba privando de respirar, porque descendía más y más á cada momento. Calculo, añade, que si no acuden, me quedaba vida para diez minutos.»

Un joven heroico, Cruz Gómez Lozano (1), ayudado de algunos obreros, removi6—con inmenso peligro— las piedras que cubrían á Requena, el estoico joven sepultado en vida, y logró sacarlo sano, sin más que leves lesiones en el occipital y en la frente.

Y Francisco Requena, al salir de entre el esc6mbro en el que estuvo á punto de ser sepultado, no pensó más que en el disgusto que podían sufrir sus padres por si había perdido alguna prenda: «¿Y mi capa? ¿Dónde está el llavín de mi casa? ¿Y mi pañuelo? ¿Y mi cortaplumas?...» Estas fueron las palabras primeras que dirigió á sus salvadores. Y después, ya en casa, se encaminó por su pie á la cama por no disgustar á sus padres y á su hermano Ovidio.

La serenidad de este joven extraordinario sirvió para

(1) Á pesar de lo manifestado por Requena, damos al salvador de éste el nombre con que lo ha designado la prensa local y los corresponsales de los periódicos madrileños.

Es necesario que la Junta de autoridades y los técnicos que presenciaron el trabajo de los obreros avergüen los nombres de todos los trabajadores y los clasifiquen por orden de mérito para distribuir las recompensas honoríficas á que haya lugar y el dinero que se esté reuniendo para gratificar á tan beneméritos ciudadanos.

El senador D. Juan Correcher ha puesto á disposición del Gobernador civil, Sr. Gurrea, 2.000 pesetas para que se recompense á los obreros que más se han distinguido, D. Estanislao Redondo 100 con el mismo objeto, y los Sres. Conde de San Luis, Casanova y Catalina han ofrecido su concurso para cuanto sea necesario.

dar luz que dirigiese los trabajos de salvamento de las de más víctimas: él indicó de manera clara dónde, vivas ó muertas, se encontrarían.

¡Pobrecillos!... Además de la infortunada joven y del animoso Requena, cinco niños habían sido sorprendidos por el desplome.

«¿Por qué mueren los niños? Solemos, ante un niño muerto, interrogar con el alma á las sabidurías de la tierra.»

«Y la ciencia enmudece: la filosofía se encoge de hombros, y el arte, ó suspira triste, ó cuando más murmura una nota elegíaca: sólo la religión se atreve á contestarnos que la muerte de un niño es un decreto de Dios...» (1).

El dolor de un padre es el más inmenso de los dolores: todas las lenguas tienen una palabra para designar al hijo que pierde á sus padres, en todas se traduce la palabra «huérfano»; pero no hay lengua en que se exprese el vacío del padre que llora á sus hijos, y es que este vacío es insondable, es indecible.

Amamos á nuestro hijo mucho tiempo antes de que exista, y soñamos con él cuando la mujer amada nos entrega la flor de azahar que deshojamos: seguimos con impaciencia el curso del astro de los amores, esperando que nueve veces, amoroso, bese el seno de la madre, para precisar el instante en que, entre queridos dolores y velos de púrpura que se desgarran, lanza el primer vagido aquel niño que ya tanto y tanto había llamado á las puertas de nuestra alma

Los oímos balbucir la primera palabra; guiamos sus primeros inciertos pasos; presenciamos el alborear de su inteligencia como saludamos el rosa y nácar de la aurora... y de pronto, aquel ser de nuestro ser, que sonríe, que juega, que es todo alegría y todo esperanzas...

(1) Estas elocuentes palabras son del precioso artículo que á la memoria de mi malogrado hijo José María Regino Pedreira Deibe dedicó el poeta D. Joaquín Aguilera en *La Tribuna*, de Ciudad Real, en 5 de Febrero de este año.

muere; y el padre se siente herido como si le arrancaran el corazón palpitante.

Dos niños se salvaron vivos de los escombros; los dos salieron pensando en sus padres y preguntando si les reñirían por su travesura de jugar en la torre... y uno de ellos, por la travesura mayor de... sacar rotos los pantalones. Esto lo decían á los héroes que los salvaron.

*
* *

El primero de esos héroes es el Obispo, es D. Wenceslao Sangüesa: sin su autoridad y sin su presencia de ánimo, la catástrofe sería una sombra, una pena, un cuadro sin claro-oscuro y sin grandeza... Algo fatal é irremediable.

Pero allí estaba él; y con él, la fe; y con la fe, el esfuerzo.

Cuando llegó el momento horrible del derrumbamiento, cuando parecía que toda la Catedral iba á hundirse, y polvo densísimo impedía conocer la magnitud del desastre, el sucesor de San Julián no piensa en ningún auxilio humano, ni trata de huir obedeciendo un natural instinto; se postra de rodillas y pide á Dios misericordia. El cabildo le acompaña.

Seguramente, ante el espectáculo de una catedral que se derrumba y un Obispo y un clero que rezan, amenazados de muerte, sin abandonar el sagrado recinto, se estremecieron en las tumbas de las capillas los huesos venerables que allí descansan; y desde lejos las sombras de D. Rodrigo Jiménez de la Rada (que consagró esta Santa Iglesia, Arzobispo compañero de Alfonso VIII), y de Gil Carrillo de Albornoz, que aquí aprendió piedad y ciencia, se irguieron en sus sepulcros, ciñeron el arnés, montaron en sus épicos caballos y, alzando el férreo brazo, sostuvieron con su lanza de combate las apuntadas bóvedas de la Catedral de Cuenca.

Y al par de las sombras augustas de aquellos varones

preclaros, velaron desde el cielo por la conservación del templo cristiano los ruegos de San Julián y el espíritu del vencedor de las Navas—conquistador de Cuenca y fundador de Catedral tan grandiosa,—intercesión bien merecida por la piedad del pueblo conquense y por las virtudes de su ilustre Obispo, que no se separó un momento del lugar de la catástrofe, prodigando oraciones á los muertos, consuelos á los que perdieron seres queridos, auxilios y dinero á los heridos, excitaciones y consejos á los obreros.

Bien es verdad que estos héroes no necesitaban estímulos de ninguna clase: se presentaron voluntariamente; trabajaron, primero sin más herramientas que sus brazos, y después con instrumentos de su propiedad, abandonaron sus faenas y sus intereses, se colocaron muchas veces en peligro de muerte entre las movedizas y peligrosas piedras del escombros y bajo el amenazante muro y las pesadas campanas que quedaron en el alto al derruirse el resto de la torre; y, como si esto fuese aún poco, excavaron cerca del mismo cimiento de los caídos paredones, para penetrar en el portal, de donde sacaron con vida los dos pobres niños que se salvaron (1).

(1) Ínterin no se depuran los méritos de cada uno de los que tomaron parte en el salvamento, hacemos nuestro el siguiente cuadro de honor que publicó *El Imparcial* (17 del mes pasado): «Los heroicos salvadores de Alejandro Mena y Gregorio López son: Vicente Cantero y sus hijos Benito, Pablo y Eugenio; Francisco Cantero, Domingo Alba, Plácido, Julián y Segundo Mozo, Florencio Cantero, Francisco Martínez, Juan Torre, Lucio Cantero, Gil Calvo, Segundo Patón, Joaquín Cantero, Crispulo Polo, Tomás García, Nicolás Calvo, Ciriaco de las Muelas, Saturio y Eduardo Blanes, Basilio Godoy y los niños Lucio Patón Felipe Herráiz, Federico Montero y Bruno García.

Dos de los que he visto trabajar con más denuedo y constancia son: Cruz Gómez Lozano y el guardia de seguridad núm. 5, Andrés Leganés, quienes se han hecho merecedores de la cruz de Beneficencia, aparte de las demás recompensas que á todos deben otorgarse.

Igualmente se han hecho acreedores á premio los capataces Eduardo Roibal, Sixto Sáiz, Mariano Cerrillo; los trabajadores Sotero Palomo, Domingo Martínez García, Sebastián Lozano Pérez, Pedro Fernández, Pedro Castellanos Ortega, Gregorio Montero, Ciriaco de las Ruedas, Domingo Magro; los guardias civiles Eleuterio Alamo y Julián Niño; el inspector de policía D. Francisco Sanz García y los agentes Basilio Torres y Bernabé Regidor.

Asimismo merecen los mayores elogios por su comportamiento los

Mostraron los hortelanos conquenses, y especialmente los vecinos del barrio del Castillo, la abnegación, el desinterés y el valor que fueron siempre característicos del genuino pueblo español... ¿Cómo no? Ellos también habían jugado en la torre cuando niños, también habían repicado las campanas que ahora yacen en el escombros... y quizá, cuando la suerte de soldado los llevó lejos de su ciudad natal, allá en la espesura de la manigua ó en los lejanos campos de Filipinas, entreveían la figura de la patria ausente en la forma del alto Giraldillo y las sonoras campanas que tanto recuerdo atesoraban.

Ningún afecto íntimo, ningún elevado cargo obligaba á ejecutar actos extraordinarios á otro de los héroes de la catástrofe, al arquitecto municipal D. Luis López de Arce: llegado al lugar del hundimiento tan pronto como tuvo noticia de la horrible desgracia, no se apartó de los escombros ni aún para comer durante muchas horas; trabajó en ocasiones como si fuera un obrero, se colocó en los sitios de mayor peligro, evitó con su energía que los generosos y abnegados salvadores de los niños pereciesen víctimas de su humanitario ardimiento sepultándose bajo el paredón que quedó en pie, y que hubiera caído indudablemente sino se pone coto al temerario impulso de obreros y hortelanos; y finalmente, cuando llegó el caso de ser él mismo temerario, cuando se sintió hablar á los niños en el portal de la torre, encendió una linterna, penetró en aquel lugar, el más espantoso de las ruinas (que fácilmente pudo convertirse en sepulcro de los que allí entraron) y contribuyó al salvamento de aquellos ángeles enterrados en vida (1). Y todo esto lo

Gobernadores civil y militar, el señor Obispo, el juez Sr. Torres, los ingenieros, el Alcalde Sr. Ballesteros, el industrial D. Juan Verde, el administrador de Correos Sr. Toscano, el teniente alcalde Sr. Merchante, los médicos Sres. Lumbreras y Ballesteros, el Vicepresidente de la Diputación provincial Sr. Izquierdo y otros particulares y autoridades cuyos nombres no es posible citar por no retenerlos la memoria, pero que de buen grado consignaría en este cuadro de honor.»

(1) Tanto á Francisco Requena como á D. Luis López de Arce les parece lo más natural del mundo la serenidad extraordinaria que demostraron en los terribles momentos de prueba. El último hasta llegó

hizo López de Arce apenas sin hablar, sin excitarse, sin gritar, como si asistiese á un simulacro de ruinas y no á una catástrofe real. Si no supiésemos que el heroico arquitecto lleva en sus venas sangre anglo-sajona, lo hubiéramos adivinado en su impasibilidad verdaderamente británica.

*
* *

Quizá pesaba en el ánimo de López de Arce, conocido su exquisito temperamento de artista, el peligro que corría la bellísima Catedral, verdadera joya de nuestra arquitectura, y las pérdidas que experimentó la hermosa capilla del Monumento, dechado de primores platerescos, como obra afortunadísima del inmortal Jamete.

Cuanto amamos el arte sentimos, al par de las desgracias personales, los desperfectos de la hermosísima capilla y el peligro que corre la magnífica Catedral, que eleva al cielo, á semejanza de una oración, las airoas ojivas, rematadas en ligeros vértices aéreos y místicos como espirales de incienso.

Nos parece imposible que podamos perder los tesoros artísticos de la Catedral de Cuenca, y sin embargo, nada más fácil: cayeron el Partenón y el Capitolio, incendióse el templo de Diana en Efeso y desapareció el sepulcro de Mausolo, que eran maravillas del mundo; hizose pedazos el coloso de Rodas y bajó de su pedestal el Júpiter Olímpico que Fidias cincelara.

«Cuanto la mente admira
ceniza es nada más que el polvo hiere;
pues la creación, radiante y soberana,
bajo la muerte dormirá mañana;
y no puede ser grande lo que muere.»

LEOPOLDO PEDREIRA.

á afirmar en letras de molde (*Progreso Conquense*, 18 Abril) que no había hecho nada extraordinario. Ambos merecen una recompensa: no se olvide que Requena señaló el camino que había de seguirse en las excavaciones, y á él se debe, en primer lugar, la vida de los otros dos supervivientes.

VIDA Y SUCESOS PROSPEROS Y ADVERSOS
DE
DON FRAY BARTOLOMÉ DE CARRANZA Y MIRANDA

ARZOBISPO DE TOLEDO (1)

*Escribiólos el Dr. Pedro Salazar de Mendoza, canónigo
penitenciario de la santa Iglesia de Toledo.
Anotólos F. O. R.*

CAPÍTULO XLIV

*Cosas que pasaron en Toledo mientras se sustanciaba en Roma
el proceso del Arzobispo.*

Este mismo año de 1572, el gobernador Sancho Busto de Villegas, que, además de ser muy consumado jurista, tenía muy particular noticia de otras letras, que suelen realzar á los que las profesan y á los profesores, sabiendo que en algunas puentes y edificios de Toledo se mostraban muchos letreros en lengua arábiga, olvidados desde el tiempo en que estuvo la ciudad en poder de los moros, los hizo leer y traducir. Halló en ellos muchas alabanzas á Mahoma, y otros grandes desatinos que no se podían disimular, y menos á vista de los moriscos que acababan de llegar de Granada, que los entendían y descifraban. Uno de la puente de Alcántara decía: *Dios grande. Oración y paz á todos los fieles que creen en el mensajero de Dios y profeta Maho.*

(1) Véase la pág. 485 de este tomo.

ma. A la entrada y á la salida digan: Dios ensalce y guarde al señor Jacob y siempre vaya adelante con sus enemigos. Él es el Rey sobre todos los reyes. Otro de la puerta del Cambrón: No hay Dioses en el mundo, sino un Dios y Mahoma su mensajero. Todos los fieles que creen en nuestro profeta Mahoma, y continuasen besando las manos y los pies del morabito Muley Aldazar, todos los días, serán sin manla; no se verán ciegos, ni sordos, ni mancos, ni heridos; y recibiendo de él su bendición, cuando llegase el tiempo de su muerte, estarán sólo tres días enfermos, y en muriendo irán con los ojos abiertos al paraíso, y perdonados de todo pecado. Otro de la puerta de la Cruz decía así: La oración y la paz sobre nuestro Señor y profeta Mahoma. Todos los fieles cuando se fuesen á acostar á la cama, mentando al faquí morabito Aldazar y encomendándose á él, en ninguna batalla entrarán que no salgan victoriosamente; y en cualquier batalla contra cristianos, al que untase su lanza con sangre de éstos y muriese aquel día, irá vivo y sano y abiertos los ojos al paraíso; y quedarán sus sucesores hasta la cuarta generación perdonados. En la parroquia de San Román, en la nave de la mano izquierda del altar mayor, estaba en el suelo una piedra sobre la sepultura de uno llamado Golondrino, con letras arábicas, que decía: Dios es grande; la oración y la paz sobre el mensajero de Dios. Esta piedra es traída de la casa de la Meca, tocada en el arca que está colgada donde está el zancarrón; todos los que pusiesen las rodillas en ella para hacer la zalá, ó adorasen en ella, ó besasen en ella, no cegarán, ni se tullirán é irán al paraíso abiertos los ojos. Fué presentada al señor Rey Jacob en testimonio de que no hay más sino un Dios.

Dió aviso el gobernador al Rey, suplicándole mandase quitar estas inscripciones, y que en su lugar se pusiesen los santos patronos, y en el puente de Alcántara de la ciudad esta letra:

«S. Q. P. T.

Catholico Regi. Epigrammata arabica impietatem gentium ad huc in turribus portarum ostentantia; Philipus 2 Hispaniarum rex, auferri, et inscriptionibus antiquis substitutis, Divos urbis

patronos inculpi: anno Domini MDLXXIII Joanne Guterrio Tello præfecto nobis. »

Este año de 1573, á 27 de Mayo, se presentaron bulas del arcedianato de Talavera en favor de D. Juan de Mendoza, hermano del Duque del Infantado. Después fué deán, y murió en Roma siendo Cardenal. El día siguiente las presentó de un canonicato D. Pedro Carvajal, natural de Plasencia, que le sucedió en el decanato y es Obispo de Coria.

También dió cuenta el gobernador al Rey de que en la iglesia colegial de Santa Leocadia, arrimada por el Mediodía á los alcázares de Toledo, estaban enterrados los dos Reyes godos Flavio Recesvinto y Wamba. Aunque había rastro de esto, el gobernador pretendió con su diligencia que se reconociesen los reales cuerpos, y se pusiesen con mayor decencia. Todo lo hizo el Rey por su persona, hallándose presente la del gobernador. Estaban envueltos los huesos de los Reyes en paños de seda, en unas cajas de madera pequeñas dentro de otras de piedra.

La traslación de Wamba es cosa cierta que la hizo el Rey D. Alfonso el Sabio por mano de D. Fray Juan Martínez, Obispo de Cádiz, de la orden de San Francisco, desde el monasterio de Pampliega, entre Burgos y Valladolid, donde se mandó enterrar. Lo mismo se cree de Recesvinto, porque el Rey D. Alfonso el Sabio tuvo devoción de mejorar de sepulturas á los Reyes sus predecesores; así sabemos que trasladó á los Reyes D. Pelayo y D. Bermudo el Diácono. Estuvo enterrado Recesvinto en Gerticos, un lugar que hoy se llama Bamba, cerca de Palencia (1).

La iglesia colegial de Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona y natural de Toledo, fué la cárcel donde estuvo presa y murió. Aquí se muestra una cueva con una cruz en una piedra, que es tradición muy antigua haberla hecho esta santa con el dedo, estando allí encerrada. Celebráronse en esta iglesia muchos Concilios nacionales y provinciales, razones todas por las cuales es tenida por un santuario muy venerable.

(1) *Bamba* pertenece al presente á la provincia de Valladolid, y de esta población está más cerca que de Palencia.

Dos cosas pudo considerar el Rey D. Alfonso para estas traslaciones: además de su buen ánimo, que Recesvinto se había hallado al milagro cuando se apareció Santa Leocadia á San Ildefonso en la otra iglesia colegial que tiene en la Vega, y dió al Rey el cuchillo para cortar el pedazo de velo que se guarda en el Sagrario; y en cuanto al Rey Wamba, haber sido bienhechor de Toledo, como lo testifican los muros y otros edificios de la ciudad labrados por él.

CAPÍTULO XLV

Truenco de la dehesa de Varciles por las tierras de las Bergonzas.

Tratando en el capítulo XIV de la dotación, que hizo el Rey de una fiesta por la batalla naval de Lepanto, dije que se había dado para ello una demasía de lo que valieron más las Bergonzas que la dehesa de Varciles; lo cual y el haberse permutado en este tiempo del Arzobispo esta dehesa después de muchos años que la poseía la fábrica de la iglesia, requiere y obliga á que se diga cómo haya esto pasado.

Varciles se llama una dehesa entre los prados de la casa real de Azeca y la vega de Añover, y al Mediodía tiene el río Tajo. Es toda, ó la mayor parte, de pasto no muy grande, y pasa por ella el arroyo Gadaten; es una de las primeras cosas que el Rey D. Alonso, el que ganó á Toledo, dotó á esta fábrica de la iglesia. El Arzobispo D. Rodrigo, libro VI, capítulo XXXIV, pone á Varciles en segundo lugar, después de Brihuega, que es el primero, y luego pone otras poblaciones, de donde se entiende que era lugar poblado. Plinio hace memoria de los varcilenses y del lugar Varciles, diciendo que estaba en la ribera del Tajo.

También consta que haya sido lugar según una escritura otorgada entre la ciudad real de Toledo y Bernardo de Meneses, hijo del doctor de la Parra, médico de cámara del Rey Católico D. Fernando, que fué Obispo de Almería. Sobre el truenco de las dehesas de Valparaíso, unos pedazos de tierra

que le había dado la iglesia por Varciles, pone en la dicha escritura algunas tierras que se dieron á Toledo, por lugares que se habían despoblado, por el suelo, ejidos y otros aprovechamientos comunes. Vino esta dehesa a poder del Rey para juntarla con los prados de Azeca, y luego con Aranjuez; á la iglesia le estuvo mejor, porque se le dieron las tierras de las Bergonzas, que son de labor, con pastos, con dos riberas del Tajo y Guadarrama, poco más de á dos leguas de Toledo, camino de Talavera, confinantes con hacienda del Cabildo que llama el vulgo la Mazarabedas, Meycaraveydela se llamaba cuando la Infanta D.^a Urraca la dió al Cabildo.

Antiguamente estuvo entera esta dehesa de las Bergonzas, y fué de Alonso Tenorio de Silva, adelantado de Cazorla, progenitor de los Condes de Cifuentes, que la hubo en dote por D.^a Guiomar de Meneses, su mujer. Casó á su hija doña María de Silva con D. Pedro López de Ayala, primer Conde de Fuensalida, y dióle la mitad y la otra mitad se quedó en la casa de Cifuentes, y desde entonces por estar divididas se han llamado las dos Bergonzas. Este primer conde de Fuensalida tuvo una hija que se llamó D.^a Leonor de Ayala, que casó con Diego López de Haro, Señor de Serbas y Lubrín. Su hija D.^a Aldonza de Haro y su marido D. Pedro Laso de Castilla, en 17 de Septiembre de 1505, la vendieron al comendador Alvaro de Escobar, vecino de Toledo, para su hermano Francisco de Rojas, en un cuento y medio de maravedís; la otra mitad vendió el Conde de Cifuentes D. Fernando de Silva y su madre D.^a Catalina de Toledo al dicho Francisco de Rojas á 11 de Marzo de 1520 por el precio de dos cuentos, 4.320.116 maravedís. De esta manera quedó vinculada esta dehesa en el mayorazgo que fundó Francisco de Rojas. Siendo de sus sucesores, la dieron al Rey con otros más bienes por la villa de Mora que hoy poseen. El Rey la dió á la fábrica de esta muy santa iglesia por la dehesa de Varciles el año de 1574, siendo obrero mayor D. García de Loaysa Girón, arcediano de Guadalajara y canónigo, y después Arzobispo de Toledo Montaban mucho más las Bergonzas que Varciles, y por eso dejó el Rey en la dotación de Naval que la fábrica distribuyese aquel día 100 ducados

entre los beneficiados por la demasía que hubo en el trueco de Varciles y las Bergonzas.

El mismo año de 1574, á 20 de Agosto, presentó bulas de la abadía de San Vicente D. Andrés Pacheco, hermano del Conde de Montalbán. Fué Obispo de Segovia, y lo es ahora de Cuenca.

CAPÍTULO XLVI

Diligencias en Roma y en España sobre el negocio del Arzobispo.

Las cosas del Santo Oficio se tratan con tanto tiento y consideración, con tanto cuidado y acierto, que lo que parece alarga su resolución, suele ser para mayor bien y mejor despacho de los que en ellas son interesados. Ofreciéronse en esta causa del Arzobispo algunas dificultades, que si bien Gregorio deseaba fenecerlas y había dado de ello buena intención, después que fué creado Romano Pontífice, no se pudo, por más priesa que se daban él y todos los que en ella intervinieron. El Inquisidor general D. Gaspar de Quiroga, Obispo de Cuenca, y el comisario de la general Inquisición enviaron de España al maestro Fr. Diego de Chaves, natural de Trujillo, confesor que había sido del Príncipe D. Carlos y después lo fué del Rey su padre; al maestro Fr. Juan de Ochoa, consultor del Santo Oficio de Sevilla, que murió en Roma; al maestro Fr. Juan de la Fuente, todos de la orden de Predicadores, para resolver algunas dudas que resolvieron, como era menester, por el parecer de tan grandes teólogos, como lo eran todos.

Demás de esto, para cosas que el fiscal alegó, fué necesario en España hacer algunas diligencias, y en esto necesariamente se hubo de consumir mucho tiempo. El Arzobispo sentía esta dilación y se desconsolaba; mas él mismo se consolaba con un extraño y raro ejemplo de paciencia que daba á sus criados, que eran los que estaban más impacientes, especialmente Fr. Antonio de Utrilla. Cuéntase de él que luego que

fué preso el Arzobispo, estuvo tan melancólico y falto de sueño que no durmió en diez y nueve noches, y se temió perdería el juicio; mas con los medicamentos que se le aplicaron, y sobre todo con las buenas amonestaciones del Arzobispo, se reformó y quedó libre de esta indisposición, y con nuevo aliento de perseverar *usque in finem*, como lo hizo con admirable entereza. Por cierto con mucha razón puede este religioso entrar en estacada con los más insignes en fidelidad, constancia y amor á sus amos, á sus amigos ó á sus compañeros, como cada uno quisiere que sea Fr. Antonio del Arzobispo. Celebra la antigüedad fiesta muy solemne á Metrodano Lampsaceno por haber seguido y acompañado diez y siete años á su maestro Epicuro, que, como todos sabemos, fué tan regalado y curioso en comer y glotonería, que dejó su nombre á los que se dan al vicio de la golosina; á éste, pues, le llaman fidelísimo amigo de Epicuro porque le siguió en sus convites y regalos. Fr. Antonio de Utrilla acompañó y asistió de día y de noche al Arzobispo por espacio de diez y siete años, menos los que hay desde el 2 de Mayo, en que murió el Arzobispo, hasta el 22 de Agosto que fué preso en Torrelaguna. Estuvo con él, no en regocijos ni banquetes, sino en cárcel de inquisición, y tan apretada como dijimos. Jorge Muñoz de Carrascosa estuvo con el Arzobispo más de catorce años, desde que fué preso hasta el último de Agosto de 1573, pero no merece menos gloria que Fr. Antonio de Utrilla, pues no quedó por él, ni le faltó voluntad y perseverancia, sino perseverancia á la voluntad. Supo el Arzobispo que era casado y formó escrúpulo de que no hiciera vida con su mujer, y pidió al Papa le diese licencia para volver á España, y dióselo señalándole 30 escudos al mes, y que los gozase en su tierra. Dicen que en este tiempo le enseñó el Arzobispo la lengua latina, y que la escribió y habló extremadamente. Entró en su lugar Alonso de Baroja, natural de Cornago, grande escribiente, criado de D. Juan de Navarra y Mendoza, hijo de la casa del Conde de Losada, Señor de Buñuel, que fué capiscol y canónigo en esta muy santa iglesia de Toledo. No les aconteció ni á Fr. Antonio ni á Jorge Muñoz lo que á las aguas del mar, á quienes se comparan los falsos amigos, porque al

paso que la luna creciente de la prosperidad mengua, ellos se disminuyen: fueron un Arachites y un Acathes, el primero de David, y el segundo de Eneas, sin despedir de sí los fierros, como la imán de Etiopía, símbolo de los falsos amigos.

(Continuará.)

LIDIA

Gimes, y en vano á la cerrada puerta
llamas de Cloe, que al divino fuego
de amor nunca ha cedido;
duerme y no la despierta
ni el más ferviente ruego
ni el más hondo gemido...
Vete, cual Cloe; fría
está la noche, y en la niebla bruna
ya su disco de plata
tiende á ocultar la luna.
Huye de Cloe, dándola al olvido,
y busca otra *deidad* menos ingrata...
¡Ay! Yo también herido
fui como tú; también de Cloe el daño
lloré; pero va un año
que de Lidia me tiene el talle airoso;
siervo de Lidia soy, y soy dichoso:
fácil Lidia me ama,
fácil al ruego y al amor se inflama;
¡y es, en las frías noches, más ardiente
Lidia que el oro en el crisol candente!

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

México 1900.

TEATRO DE LA PRINCESA

El día 15 del mes pasado se puso en escena *La Charra*, de Ceferino Palencia. Esta bonitísima comedia fué, como siempre, aplaudida, y María Tubau, también como siempre, hizo gala de su extraordinario talento y de su gracia incomparable.

El día 18, *Luisa Parquet*, de Armando Duratin y de Dumas (hijo), traducida por Pedro Bofill, hizo las delicias del distinguido público. Sólo diré, por lo que respecta á la Sra. Tubau, que su labor, meritisima, fué digna de su nombre y de su fama. La Sra. Badillo interpretó admirablemente el papel de Carmen, mostrando verdadera ternura é inocencia angelical. Del mismo modo, Amato en el papel de Arturo de Sableuse y Prado en el de Conde merecieron justos aplausos, siendo digno de especial mención el Sr. Juárez en el de Aventín. El señor Juárez es un actor de cuerpo entero. No es posible retratar con más perfección á un abogado, si inteligente, marrullero; si conocedor de todos los artículos del Código civil, maestro en los enredos curialescos.

Desde el día 27 del pasado mes de Abril, el escogido público del teatro de la Princesa ha aplaudido, con notoria justicia, el hermoso drama de Alfonso Daudet intitulado *La Arlesiana* y traducido con bastante esmero por Rodrigo Soriano. Declara Daudet que su obra fué estrenada en el año 1872 y no obtuvo la aprobación pública; pero, puesta en escena trece años después, logró, entre nutridos aplausos, 200 representaciones. Severo censor ha escrito en popular periódico «que la estructura y los procedimientos escénicos de *La Arlesiana* resultan un tanto anticuados y, por tanto, fuera de las co-

rrientes del gusto moderno.» En mi humilde opinión, el mérito extraordinario de la obra consiste en que todo lleva en ella el sello de la novedad, lo mismo en el fondo que en la forma, lo mismo en la exposición que en el nudo y en el desenlace, lo mismo por sus ideas ó conceptos profundos que por sus sentimientos purísimos. Es también una novedad no presentar en escena á la mujer prostituída (la Arlesiana) para que no se inficione la pureza del ambiente que se respira en toda la genial producción dramática. Acerca de la música, sólo se dirá que el autor es Bizet; gusta más cada día la dulce y delicada música del inspirado autor de *Carmen*. La traducción y arreglo están perfectamente hechos; el señor Soriano no sólo es escritor distinguido, sino verdadero artista.

Con respecto á la interpretación, la Sra. Tubau en el papel de Rosa estuvo á la altura de su fama, y el público, entre nutridos aplausos, mostró diferentes veces su entusiasmo. Lo mismo la Sra. Badillo que la señora García, la primera en el papel de Rosita y la segunda en el de Inocente, ayudaron de un modo magistral á la Sra. Tubau. Entre los actores se distinguieron principalmente González (Baltasar), Reig (Federico), Sánchez-Bort (Marcos), Amato (Mayoral) y Prado (el Abuelo). González tuvo momentos felices. La orquesta y los coros, muy bien.

Algunas representaciones lleva *La Arlesiana*, pero merecía más, bastantes más. El público, aunque no tan numeroso como era de esperar, ha premiado, con señaladas muestras de cariño, la laboriosidad de la excelente compañía.

La corte de Napoleón, de Sardou, viene representándose hace días, con no poca satisfacción del distinguido público. El Sr. González ha estudiado á conciencia y desempeña con admirable propiedad el difícil papel de Napoleón.

J. O. R.

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

Los gubernamentales más optimistas no pueden negar el visible dualismo que divide al actual Gabinete. Las tendencias individualistas del Sr. Moret, contrastando con las opiniones socialistas que parece mantener el Sr. Canalejas, la actitud vacilante, dudosa del Presidente del Consejo, aferrado á su política de equilibrio, é ilusorio armonizador de las opuestas fracciones que acaudilla, todo contribuye á romper la necesaria unidad que debe regir la marcha de un partido político y especialmente la orientación de un Ministerio, si éste se propone acometer alguna empresa práctica.

Hasta aquí, no obstante el requisito del programa, que parecía asegurar el cumplimiento de mil ofrecidas reformas, hostilidades intestinas malogran los buenos propósitos que seguramente impulsan á algunos consejeros.

Los achaques y los años que inutilizan al Sr. Sagasta, contribuyen también poderosamente á mantener el estado anárquico que reina entre las huestas de la mayoría y el desconcierto imperante en el banco azul. Pocas veces se verá un Ministro combatido por diputados afines con mayor encono que por los contrarios; y menos frecuente es aún que una agrupación política ocupe el poder sin que su jefe determine y concrete los principios que han de constituir su dogma, mucho más en casos como el actual, en que aquéllos son motivo de interpretaciones divergentes por parte de los que han de convertirlos en hechos desde las columnas de la *Gaceta*.

Tal es el espectáculo que las sesiones de Cortes han ofrecido estos días.

La posibilidad de que la jefatura del partido liberal

quede vacante en breve anima el fragor del combate entre los que á ella aspiran, y los esfuerzos de la mayoría y las oposiciones parecen, consciente ó inconscientemente, aunados para allanar al Sr. Moret el camino hacia el elevado puesto á que aspira. Se desconoce que, prescindiendo del talento reconocido y la indiscutible elocuencia del Ministro de la Gobernación, su versatilidad y ligereza como político le hacen peligroso, y que en parte por su imprevisión, mostrada recientemente en las Cortes por el General Primo de Rivera, y en parte por la ciega fatalidad de los hechos, el nombre de Moret y el de nuestra catástrofe colonial marchan unidos en tristísimo consorcio.

Hombres que hayan vivido más en contacto con la opinión, y que puedan presentar ante ésta su historia sin que la empañe ninguna página desdichada, es lo que el partido liberal necesita para ser núcleo poderoso de compactas fuerzas y firme sostén de la Nación.

*
* *

En Barcelona ha sido silbada la bandera española por algunos de los que asistían á los juegos florales, y la patriótica enseña no ha tenido una voz amiga que clame por sus ultrajados fueros, exceptuando la intervención oficial.

Tal suceso, si ya no existiesen otras pruebas, acredita la magnitud del riesgo latente en ese regionalismo, que, comenzando por *dilletantismo* literario, se extiende y ramifica por el terreno político, hasta ser un constante clarín de guerra contra la integridad nacional.

Nuestra constante frivolidad, que se burló del filibusterismo cubano, que hizo á Maceo personaje de sainete y puso en caricatura el mercantilismo de los *yanquis*, se ha limitado también á buscar la nota cómica en las algaradas del catalanismo, ridiculizando desde las barreretas de su indumentaria hasta *Els segadors*, su himno, y desde su lengua y acento hasta su pretendida di-

visión de *patria grande* y *patria chica*; pero no se ha fijado seriamente la atención en lo arraigado de los odios, en la vehemencia y generalidad de las protestas y en la probabilidad inminente de un movimiento demasiado brusco en esa fuerza centrífuga que va separando á Cataluña del centro de España.

No con chistes ni desprecios se podrá contener el mal, como no se contuvo en Filipinas y Cuba, sino con estudio profundo de sus causas y propósitos sinceros de ponerle enmienda.

La descentralización que nuestras colonias ultramarinas reclamaban, hubiera sido, aplicada en oportuno tiempo, un dique tal que hubiera refrenado más radicales y tumultuosas aspiraciones. ¿No servirá tan severa lección de escarmiento y norma á nuestros políticos?

*
* *

La isla de Cuba ha realizado, aparentemente al menos, su dorada ilusión de independencia. El 20 del actual será arriado el pabellón americano del castillo del Mórro, enarbolándose en su lugar la bandera de la isla, y el Presidente, Sr. Estrada Palma, realizador de aquella obra que costó ríos de sangre á españoles y antillanos, dispónese á inaugurar una política amplia y conciliadora. El entusiasmo reina en toda Cuba, que ve roto el último lazo que existía entre América y su antigua metrópoli. Sin embargo, tales regocijos son prematuros. Ley histórica, raras veces desmentida, es que el pueblo que comienza por auxillar termina en conquistador. Lo olvidaron los cubanos, y en breve tocarán sus consecuencias, porque si un resto de respeto á anteriores declaraciones y promesas hace á los Estados Unidos simular un abandono en la dirección política de Cuba, los depósitos de carbón, las estaciones navales y la inspección que en las relaciones de los cubanos con el extranjero se apropian los yanquis, reducen la pretendida independencia á un pueril simulacro, hipócritamente sos-

tenido por los que se fingieron campeones de la libertad, la civilización y la justicia.

No menos se muestra la mala fe, la *fe púnica*, que podría decirse, de esta Cartago moderna en sus relaciones con el archipiélago filipino. El cambio de señor es para éste el cambio de un yugo relativamente suave por una argolla feroz que le oprime y sujeta. Los norteamericanos que, con justicia alguna vez y con apasionamiento siempre, nos echaron en cara nuestra férula inquisitorial de tantos siglos, parecen haberse infiltrado el espíritu de Torquemada para torturar á los infelices tagalos.

Y es que la fiebre dominadora ha destruído siempre los más humanitarios y filantrópicos sentimientos.

*
* *

La situación interior de Rusia agrávase de día en día. Ningún país posee partidos revolucionarios tan exaltados ni pensadores tan ultrarradicales como el imperio ruso, precisamente porque las ideas arraiganse y se determinan en actos tumultuosos al compás de las represiones que sufren.

El triste fin de los Czares sacrificados por la secta nihilista debiera convencer á Nicolás II del resultado contraproducente que lleva consigo el régimen del terror.

Más aún: el socialismo agítase en el viejo imperio moscovita en actitud más temible que en país alguno, y el poder de la fuerza se ha estrellado ante la actitud de buena parte del ejército que se niega á disparar sus fusiles contra las masas populares.

Tal es el fruto de la activa campaña filantrópica realizada por Tolstoi, cuya importancia no podrá desconocerse.

*
* *

La paz entre Inglaterra y el Transvaal parece á punto de realizarse. Aún alardea imprudentemente Salisbury del prestigio que la Gran Bretaña ha conquistado en

esta última empresa militar; pero en el ánimo del pueblo inglés se halla fija la idea del recelo y el odio que tal aventura ha despertado en toda Europa y la necesidad de llevarla á una pronta solución.

*
* *

El pequeño Estado de Albania se halla en abierta lucha contra su señor el Sultán de Turquía.

No es éste un acontecimiento fortuito, sino un hecho necesario que continúa la serie de emancipaciones iniciada por Grecia en la batalla de Navarino y proseguida más tarde por Servia, Rumania y Montenegro.

En cinco siglos de dominación en Europa el imperio turco ha perdido aquella fuerza militar que le hizo temible en el siglo XVI, se ha desorganizado y debilitado con sus convulsiones intestinas, y el barniz de cultura europea de que recientemente se ha revestido no le borra la marca de estacionario y decadente que pesa sobre todos los pueblos representantes hoy de la civilización musulmana.

No sabemos si triunfará la candidatura de nuestro compatriota Aladro para esa proyectada monarquía albanesa; pero es indudable la desaparición de la media luna en Europa, sólo mantenida desde la *campana de Crimea* hasta hoy por ese inestable equilibrio que la diplomacia impone, condenada á morir por incompatible con el desarrollo de la civilización moderna.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Tres virtudes fin de siglo (Fe, Esperanza, Caridad), por D. A. AGUILAR Y MORA, con ilustraciones de J. Lloret.—Precio, una peseta.—Madrid, 1902.

En los intencionados y bien escritos cuentos *Fe, Esperanza y Caridad* no se sabe qué admirar más, si la corrección y galanura de la forma, ó el detenido estudio que hace el autor de asunto tan importante. Seducen y encantan dichas narraciones, siendo de notar, que bajo sencillas apariencias, se hallan profundas verdades y positivas enseñanzas. Recomendamos á nuestros lectores la obrita *Tres virtudes fin de siglo* y afirmamos desde ahora que encontrarán en ella las mismas bellezas, que nosotros, con tanto gusto, hemos saboreado.

*
* *

Las soluciones prácticas del problema social, por D. CAYETANO SOLER, presbítero.—Barcelona, 1902.

Estudia el Sr. Soler la cuestión obrera, social y proletaria, y expone, después de los graves males de que adolece su situación actual, los medios para su reforma. Si en algunas particularidades no estamos conformes con el Sr. Soler, no cabe duda de que muchas de las soluciones por él propuestas son, no sólo prácticas y convenientes, sino justas y necesarias. Acerca de la cuestión obrera, la más importante sin duda, aboga por la organización de las masas en corporaciones profesionales, con la asistencia de Jurados mixtos dotados de atribuciones bastantes para resolver todas las dificultades y conflictos que se verifiquen entre el capital y el trabajo, y manifiéstase igualmente partidario de la asociación de estos dos elementos, bajo las formas inscritas en el *programa católico italiano*.

*
* *

Pequeñeces de los grandes, por D. U. GONZÁLEZ SERRANO.—Madrid, 1902.

Dice el Sr. González Serrano, con mucho acierto, que todos los grandes hombres han tenido en su vida grandes pequeñeces. Con efecto, en la historia de los sabios, al lado de innovadoras ideas ó trascendentales hechos, se hallan flaquezas ó debilidades,

que muy bien pudieran llamarse *niñerías*. Dar á conocer éstas en Kant, Proudhon, Schopenhauer, Moreno Nieto y otros, es objeto del presente folleto, en el cual, aunque sin pretensiones de ninguna clase, se muestra el talento del insigne maestro de Psicología y Lógica. «No equivale, dice el Sr. González Serrano, al descubrimiento de Mediterráneo olvidado, por demasiado conocido, señalar las pequeñeces, flaquezas y debilidades de las grandes figuras históricas, literarias, sociales ó científicas; supone afirmar la convicción de que el hombre (y aun el super-hombre, si llega á aparecer como anuncia Nietzsche) gravita con inmensa pesadumbre hacia su condición terrenal, en medio y á pesar de sus alientos geniales.»

*
* *

Estilo románico-bizantino en Zamora.—Sus principales monumentos.—*Discurso leído por D. ANTONIO CASES ALEMANY en el acto de recibir el grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras.—Alicante, 1902.*

Es el Sr. Cases Alemany en esta Memoria, no sólo un escritor correcto y atildado, sino un verdadero artista. Los templos de la histórica ciudad de Doña Urraca se hallan descritos admirablemente, aquilatando el mérito del discurso algunas noticias nuevas é interesantes. Reciba hoy nuestra enhorabuena el ilustrado doctor, como antes la recibió del sabio tribunal de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

*
* *

Resumen acerca del estado del Instituto de San Isidro de Madrid en el curso de 1899 á 1900.—En cumplimiento de las disposiciones vigentes, y como secretario del Instituto, el señor Alfaro ha publicado una Memoria que comprende los resultados obtenidos en la enseñanza y los datos estadísticos durante el curso de 1899 á 1900. Felicitamos al Sr. Alfaro por su trabajo y le agradecemos el ejemplar que ha tenido la bondad de remitirnos.

*
* *

Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años de 1898 y 1899.—*Madrid, 1902.*

Las numerosas observaciones meteorológicas realizadas por el Observatorio de Madrid durante los años de 1898 y 1899 han sido coleccionadas en un volumen por dicho establecimiento. Hállanse distribuídas por años, dispuestas con orden, resumidas con esmero y acompañadas de las necesarias explicaciones para facilitar su buena inteligencia. Tanto la ordenación del presente libro como la revisión de las pruebas del mismo han sido llevadas á cabo con laboriosidad digna de encomio por el auxiliar primero D. Miguel Aguilar.

*
* *

Presupuestos generales del Estado para el año 1902.—Damos las gracias al Sr. D. Adrián Mínguez y Ranz, Interventor general de la Administración del Estado, por el ejemplar de los presupuestos generales para el año 1902, que con atento B. L. M. ha mandado al Sr. Director de la REVISTA.

*
* *

Sur les principes de la mécanique rationnelle, por MR. C. DE FREYCINET, del Instituto. — Un volumen de 170 páginas. Precio, 4 francos. — Librairie Gauthier-Villars, Quai des Grands Augustins, 55. — París, 1902.

Oponerse con sólidos argumentos á la corriente moderna, que tiende á hacer de la mecánica una ciencia puramente abstracta, es el propósito que ha guiado á Mr. Freycinet al escribir su hermoso libro *Sobre los principios de la mecánica racional*. Hállase éste dividido en tres capítulos: «Conceptos de la mecánica», «Leyes generales del movimiento» y «Del problema dinámico».

*
* *

Les combustibles solides, liquides, gazeux, por H. J. Phillips. Traducción del inglés por MR. JOSEPH ROSSET, ingeniero civil de minas. — Un volumen de 165 páginas, con 15 grabados. — Precio, 2 francos 75 céntimos. — Librairie Gauthier-Villars, Quai des Grands Augustins, 55. — París, 1902.

Interesante por el fondo y por la manera de tratar el asunto es el libro que acaba de traducir Mr. Rosset. Dar métodos sencillos de análisis de los combustibles sólidos, líquidos y gaseosos é indicar los procedimientos de determinación del poder calorífico, tal es el fin de la obrita que nos ocupa. Los siete capítulos en que se divide llevan por título: «Pesos específicos de los combustibles sólidos, líquidos y gaseosos», «Análisis de los combustibles sólidos y líquidos», «Análisis de los combustibles gaseosos», «Poder calorífico de los combustibles sólidos y líquidos», «Poder calorífico de los combustibles gaseosos», «Análisis de las cenizas de los combustibles», «Cuadro de los resultados obtenidos y de los análisis».

*
* *

La vida orgánica en sí misma y en sus manifestaciones. Conferencias del P. PLACIDO-ANGEL R. LEMOS. — Precio, 3 pesetas. — Madrid, 1902.

El P. Plácido Angel R. Lemos ha tenido la feliz idea de publicar las Conferencias que, con aplauso de numeroso auditorio, dió en el *Ateneo de León XIII* de la ciudad de Santiago. El ilustre franciscano posee, además de una cultura general no escasa, profundos conocimientos en Teología, en Filosofía y en ciencias naturales; expone con orden y método, y trata todas las cuestio-

nes, no sólo bajo el punto de vista científico de los hechos, sino iluminadas por la fe y moral cristianas. El tema de la 1.^a conferencia fué: «Concepto genérico de la vida y su especificación en los seres vivos»; el de la 2.^a, «La vida orgánica»; el de la 3.^a, «Constitución metafísico-física de los cuerpos»; el de la 4.^a, «El hylezoísmo»; el de la 5.^a, «La vida vegetativa»; el de la 6.^a, «La vida sensitiva»; el de la 7.^a, «La sensibilidad en concreto y como característica de la vida animal»; el de la 8.^a, «La vida orgánica en el hombre»; el de la 9.^a, «La generación espontánea»; el de la 10 y el de la 11, «El evolucionismo»; el de la 12, «La biogénesis bíblica»; el de la 13, «Antropogenia bíblica», y el de la 14, «La muerte fisiológica.»

Aunque en el concepto que tiene de la *vida* el sabio hijo de San Francisco de Asís (*el principio intrínseco de la acción inmanente*) no estamos conformes, como tampoco en otras cuestiones trascendentales, obliganos nuestra imparcialidad á decir que *La vida orgánica* es uno de los libros que colocan á su autor entre os hombres que saben *pensar hondo, sentir fuerte y hablar claro.*

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1902